SHOUT
SHARE
IT

AFÁN DE RIBERA.

LOS DIAS DEL ALBAICÍN.

ANÁLISIS HISTÓRICA

LOS DÍAS DEL ALBAICÍN

LS
A2565d

LOS

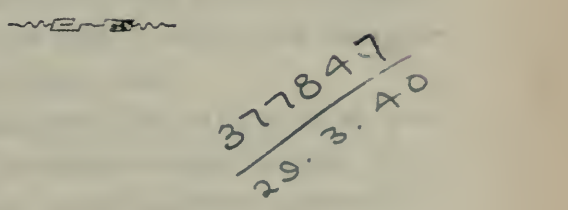
DIAS DEL ALBAICÍN

TRADICIONES,

LEYENDAS Y CUENTOS GRANADINOS

POR

ANTONIO J. AFAN DE RIBERA.



377847
29.3.40

GRANADA
Imprenta de La Lealtad
1886.

Es propiedad y queda hecho el depósito que marca la ley.

INTRODUCCIÓN.

El año anterior se publicó en la córte mi libro, titulado, *Las noches del Albaicín*.

La bondad del público le dispensó favorable acogida, animándome en este género de trabajos.

Despues, siguiendo en mis aficiones y rebuscando apuntes, hallé datos y noticias para más volúmenes sobre el mismo tema.

No es segunda parte, Dios me libre, que no quiero que en mí se cumpla el adagio, sino otra colección distinta que puede completar á la primera.

Como tal la presento, y aunque pálida, sea una hoja más para la corona brillante de las pasadas grandezas de mi patria.

LAS ROSAS AZULES.

Leyenda.

I.

Venid á mi, trovadores, yo os contaré la leyenda del amor recompensado.

Las cuerdas de mi lira modularán acentos armoniosos, que celestial inspiracion anima mi frente.

Voy á relatar la historia de la más linda doncella de las agrestes montañas de Ronda.

De Isabel de Perada, la hija del bravo adalid del castillo de Peñas Blancas, aquel que eleva sus almenas hasta confundirse con las nubes.

Y la de Hamet, el mancebo más galán que usara turbante en la siempre belicosa tribu de los Aldorandines.

Vedlo, la azulada marlota ondula agitada por el viento de la tarde, el suelto alquicel forma elegantes pliegues sobre el erguido talle del guerrero, que

refrena los ímpetus del negro corcel, oriundo de los arenales africanos.

En la aguda lanza lleva pendiente un bordado pendoncillo con esta divisa: *libre*. Frase que forma la desesperacion de las doncellas de la córte del buen Mahomet V, octavo rey de Granada.

Al frente de doscientos ginetes, tostados por el sol, con relucientes ojos y aguda barba, armados de anchos alfanges damasquinos y aceradas gumías, á quienes siguen quinientos peones, de andar ligero, y de excelente puntería en las armas arrojadizas, sale al campo por la puerta de Elvira, dirigiéndose á las fronteras.

Van á talar las tierras enemigas, y solo escenas de sangre y de desolacion dejarán á su paso.

Las sombras de la noche los envuelven, y rápidos como el relàmpago llegan al término de su viaje.

Ocultos en las sinuosidades de un hondo barranco, que en el invierno envía sus corrientes al Guadalhorce, aguardan que la aurora aparezca en la empinada cumbre, para saciar su sed de venganza en los desprevenidos andaluces.

¿Qué importa la fortaleza que á poca distancia se levanta, si desde sus torreones no ha sabido distinguir al enemigo?

La roja cruz de Calatrava que adorna el estandarte colocado en la sala de honor del caudillo, no ondeará sus pliegues en el combate. Sus guardadores ignoran el riesgo que les amenaza, y los soldados apenas si tratan de vestir sus militares arreos,

mientras los labriegos se esparcen por la fértil campiña que á la falda del cerro se dilata.

Rico botin y grandes tesoros, serán arrebatados en cortos instantes.

Los primeros rayos del sol doran el paisaje, y Hamet sonríe y contempla á su hueste, que solo espera sus órdenes.

Antes de dar la señal quiere hacerse cargo del terreno á que como tigres ardientes ha de lanzar sus tropas.

Seguido del esclavo más fiel que le acompaña, sube ocultándose en lo quebrado de la sierra hasta lo más alto del monte, desde donde se domina una gran extensión.

No se conoce la más ligera señal de alarma. Ya se acercaba el moro á sus lábios la bocina de marfil, á cuyo eco respondería en la hondonada ronco grito de exterminio, cuando miró abrirse un postigo de la puerta principal del edificio que iba á combatir.

Cayeron pausadamente las cadenas del puente levadizo; y los guerreros que lo franquearon hicieron un respetuoso saludo con sus espadas, á la pequeña comitiva á que daban paso.

Esta se componía de tres personas.

Marchaba delante un alegre pajecillo llevando en el hombro el halcon encaperuzado y sujeto al brazo con una cadena de plata.

Seguíale una bellísima dama, en la primavera de su vida, que montaba con suma elegancia un pequeño caballo enjaezado con gran primor y que

ufano de su ligera carga piafaba noblemente, obedeciendo la blanda mano que le conducía.

Cerraba la marcha una respetable dueña, asentada en un sillon de respaldo, sujeto á el lomo de una pacífica mula, y que parecía ser la guardadora de los dos jóvenes acompañantes.

¡Qué hermosa era la castellana! Sus rubios cabellos se destacaban bajo de la blanca y rizada toca que con primorosas labores ceñía su frente tapando por detrás su cuello, y la alta y abrochada túnica que ancho cinturón sujetaba, cubría una esbelta estatura y un cuerpo de admirables proporciones.

Menos rojos eran los colores de las amapolas silvestres que florecian en la pradera, que los labios de la jóven; y para más contraste y mayor belleza, sus ojos negros y rasgados, tenian una expresion y una dulzura imponderables. Con razon llamaban á Isabel, el Encanto de la Serranía.

Sin temor al riesgo que no podían preveer, tomaron, guiando el paje, un estrecho sendero que conducía á una vivienda, mitad casa, mitad cabaña.

Allí moraba una pobre viejecita, servidora que fué de la madre de la castellana, y á quien visitaba á menudo para socorrerla y consolarla.

Perdió un hijo en un rebato con los agarenos, y el otro que le restaba, quedó enfermo en el castillo à consecuencia de una caida por librar á su dueño de la acometida de un jabalí.

Pero nunca quiso abandonar el sitio donde na-

ciera, y sola, en el dintel de su vivienda, aguardaba con rostro placentero la llegada de la que era el ángel de caridad de los valles.

Este grupo fué el que divisó Hamet en su improvisada atalaya.

Desde su aparicion, no podía separar los ojos del rostro de Isabel.

El mahometano sentía latir su corazon de una manera para él desconocida, y sensaciones inexplicables y pensamientos extraños invadieron su cerebro. Habló breves palabras con su esclavo, y se deslizaron silenciosamente á la hondonada á reunirse con sus guerreros.

En tanto Isabel se adelantaba alegre á recorrer el largo trecho que la separaba del objeto de su viaje.

Á medida que avanzaba, el astro del dia iluminaba los plácidos sitios, como si el sol se regocijara de contemplar otro astro humano, dechado de pureza y de candor.

Marcelina, la anciana servidora, salió á la puerta, al divisar la visita que tanto anhelara.

Isabel detuvo el paso de su cabalgadura.

Presuroso y con la màs franca sonrisa, el paje se arrodilló para sostener el lindo pié de su señora.

Esta, de un salto, pisó la tierra, yendo á abrazar á la que esperaba esta muestra de cariño con las mejillas bañadas en lágrimas.

Mientras el paje y la dueña disputaban acaloradamente el rapazuelo malicioso no se prestaba á

servir de escalera á la guardiana adusta, y á poco si la derriba en la bajada.

Una frase de Isabel la contuvo, y murmurando fué á recoger las bridas de las caballerías.

—¡Qué gran consuelo experimento al veros, mi amada niña, exclamó Marcelina, sois el vivo retrato de la que á todas horas contemplo como si estuviese á su lado.

—Sosegaos, mi buena aya; vuestro hijo vendrá pronto á habitar aquí como antes, que el capellan del castillo le suministra sus más eficaces medicamentos. ¿Pero, y mi regalo de costumbre? añadió Isabel, mirando á todos lados.

—Allí se encuentra, sobre la mesa, respondió la anciana, pero la humedad de estos parajes hace que las flores no ostenten sus más vivos matices. ¡Ay! sus colores son pálidos, y solo reflejan los tintes de las nubes, hacia las que constantemente elevan sus tallos.

Isabel entró en la casa apareciendo en seguida con un pequeño ramo de flores. Unos amarillos alelíes se destacaban en el centro, y varias campanillas azuladas los rodeaban.

—Pues así y todo, me gustan, mi buena Marcelina, añadió Isabel colocándose el ramo en el corpiño; siempre las llevo en memoria de mi querida madre, y me parece que las gotas de rocío que entre sus hojas me encuentro, son lágrimas que vierte por su hija al pedir á Dios la libre de todos los peligros.

Un grito de espanto obtuvo únicamente por respuesta.

Marcelina vió salir de entre unos espinos que formaban un espeso vallado, las figuras de dos robustos negros, que se lanzaron sobre ella y la otra sirvienta.

El esclavo de Hamet, ágil como una fiera, sujetó al descuidado paje amordazándole y entrélazando sus brazos con fuertes ligaduras.

Todo ello fué ejecutado en breves instantes. Hamet, frenético, jadeante, se arrodilló ante Isabel, diciendo:

—Hourí del verdadero paraiso de los creyentes, única imágen por quien siento amor eterno; pues la fortuna me depara tan inesperada dicha, ven, y serás la reina y única señora de mi harem.

Pálida como el mármol quedó la castellana, en nada pudo apreciar las palabras que la dirigieran, pues desmayándose hubiera caido al suelo, si el agareno no la hubiese sostenido contra su pecho.

En esta situacion, llamó á sus servidores, que aparecieron rápidamente.

—Á caballo, les dijo, plegad las banderas, mis riquezas son vuestras en cambio del botin que os he prometido. Un tesoro por el que diera cien vidas, he conquistado en esta nazarena, ayudadme á conducirla á Granada, y que ni el viento iguale nuestra marcha.

Los guerreros siempre prontos á obedecer á su caudillo, ejecutaron sin replicar sus mandatos.

Hamet montó en su poderoso caballo á la desva-

necida belleza, y cogiendo el ramo de flores, lo llevó á sus labios, lo sujetó enseguida en el turbante, y arrancando el emblema de su lanza, dijo:

—Desde hoy más dejo de ser libre, pues quedé preso en los rasgados ojos de la hechicera cristiana.

Tal habló el caudillo de los ginetes granadinos.

Y rápido como el relámpago, al ejecutar su pensamiento, tomó, seguido de los suyos, sin dejar otra huella sensible de su paso, la vuelta para la ciudad que coronan las nieves del Solair.

Unicamente el halcón rompiendo sus plateadas cadenas, se cernió un momento en los aires, lanzó un lastimero graznido, y fué á posarse en las desiertas almenas del castillo, presagio del dolor que esperaba á sus descuidados guardadores.

II.

En la empinada cuesta de la Alhacaba, enfrente de la *puerta de los Estandartes*, se levanta un magnífico edificio. Es el palacio de Hamet, el walí más poderoso entre los de su tribu.

Pero ya en sus lujosas estancias, y en sus afiligranados pabellones, no reina la alegría que antes.

La tristeza domina por donde quiera, y ni lujosas cabalgatas, ni grupos de activos servidores

salen de ella para dirigirse al alcázar de la Alhambra.

Y no es que el Monarca, siempre generoso con sus valientes capitanes, no le perdonara el poco éxito de su expedicion; antes por el contrario, sabedor de la ardiente llama que abrasara al guerrero, le ofreció un rico presente para la que creía dichosa castellana.

Esta motivaba todos los pesares. Las emociones que experimentó, la rápida carrera sufrida hasta llegar á Granada, y la vista de Hamet siempre á su lado, alteraron de repente su razón y se volvió loca.

Pero su extravío era pacífico, y su dolor mudo, lento, sin darse cuenta de lo que á su lado ocurría, y como si se hubiese trasportado á otro mundo y á distinta naturaleza.

Vagando como una sombra por los hechiceros jardines del palacio de Hamet, seguida de dos esclavas que la guardaban cariñosas y que obedecian á sus menores caprichos, su ocupación consistía en formar incesantemente ramilletes de flores, que á seguida deshojaba como no satisfecha de su obra.

De todas las plantas que allí florecían, los rosales eran á los que mayor atencion prestaba.

Y cuenta que los había de distintas especies y matices.

Pero Isabel los recorría todos: arrancaba anhelante sus mas lozanos capullos, los miraba un instante, una leve sonrisa entreabría sus labios, pero

duraba un solo momento, y despues, los arrojaba desdeñosa vertiendo lágrimas de amargura.

Y el moro, testigo silencioso de tan apenadora escena, se consumía de dolor, y hubiese dado su existencia por devolver la salud á su bella cautiva.

Los más sábios alquimistas, los más famosos médicos de Córdoba la sometieron á sus cuidados, y todo fué inútil. Ni un solo destello de razón volvía al cerebro de la jóven. Pero el verdadero amor procura efectuar milagros.

En fuerza de observaciones, Hamet notó que la manía de Isabel era encontrar una flor tal como ella se la pintaba en su fantasía. Tanto más, cuanto que al recogerlas, alzaba en seguida los ojos al firmamento, buscando un tinte, un colorido que no hallaba en sus hojas.

Entonces, plantó las especies más desconocidas; gastó enormes sumas en la adquisición de rosales de los más remotos paises; y los pensiles de Alejandría fueron tributarios de los jardines del generoso musulmán.

Pero la época de los hielos, envolviendo los campos, detuvo las esperanzas que abrigara; y su pecho lacerado suspiraba ansioso por la vuelta de la dulce primavera.

El trino melodioso del pájaro, emblema de la fidelidad conyugal, fué su mensajero, y las sencillas violetas las primeras florecillas cuyo aroma aspiró con delicia Isabel.

Y ante el influjo benéfico de las auras de Mayo,

los rosales se cubrieron á porfía de expléndidos capullos, y blancos, y encarnados, y rojizos, y amarillentos, y de cuantos colores eran conocidos entonces, se ostentaban lozanos en sus erguidos tallos, saturando el palacio de deliciosos perfumes, y recreando la vista con tan múltiple variedad. Mas las ilusiones del sarraceno fueron disipadas por la más triste de las realidades.

Isabel siguió en su tarea de formar ramos, de escoger lo más selecto en aquel paraiso de verdor, pero sus caprichos no se cumplieron, y al ocultarse el sol en la serena tarde, volvía á caer en un banco, insensible, yerta, teniendo que ser transportada á sus habitaciones en los brazos de las esclavas.

Hamet se consumia de pesar; y no porque la jóven huyese de su presencia, antes al contrario, muchas veces le agarraba de la mano, y le hacía recorrer las vistosas calles de sus jardines fijando sus ojos en los suyos, con una expresión de dulzura y de pena, que conmovía á cuantos la contemplaban.

Así es, que la jóven era querida de todos los que moraban en el palacio, interesándose, aunque en vano, por su salud.

Una tarde en que más preocupada que de costumbre, se entregaba á su ocupacion habitual, un anciano jardinero, el más respetable de todos los sirvientes, y favorito del padre de Hamet, que sentía al par de su dueño el sensible estado de la cautiva, y que por ello seguía sus pasos, la oyó dar un

grito repentinamente, y descubrió la causa. Un rayo de sol, hiriendo de soslayo una nubecilla que flotaba en el firmamento, teñía del color de los cielos un hermoso rosal, cuyos entreabiertos capullos en vez de rojos, aparecían de un suave tinte azul.

Isabel cortó instantáneamente tres ó cuatro, fué á unirlos, pero al mirar deshecha la ilusion de su acalorada fantasía, las lágrimas inundaron su rostro como de costumbre.

El anciano sirviente dispuso que la condujeran á su estancia, y buscando á su señor le dijo:

—Son inútiles todos nuestros esfuerzos, solo Allah, puede volverle la razon. Las rosas azules que la cristiana apetece podrán hallarse en los jardines del paraiso que pueblan las houríes prometidas al cumplido musulmán, pero no existen, noble guerrero, en los de la tierra.

Así habló el viejo; Hamet exhaló un suspiro de inmenso dolor, añadiendo:

—Su vida es la mia; y pues se necesita un milagro para salvarla, yo lo pediré á ese Dios, á quien los ojos de Isabel buscan de contínuo en las alturas.

III.

El sigilo con que el batallador mahometano llevó á cabo la algarada que le hizo ser dueño de la jóven, llenó de honda amargura al castellano de la serranía. En vano los espías y renegados se ocupaban en hacer averiguaciones del paradero de aquella; ninguna noticia exacta recibió que pudiera dar luz á sus planes, y la pena le devoraba, aumentando sus padecimientos. Todas sus esperanzas estaban amortiguadas, cuando una tarde se le presentó la antigua servidora de su esposa, expresando su deseo de hablarle á solas.

El padre de Isabel la recibió en seguida; y no sería desagradable para este la conferencia, cuando desarrugando el semblante y con una alegría en él inusitada, ordenó á su más fiel escudero obedeciese ciegamente sus órdenes.

¿Qué había ocurrido aquella mañana en la cabaña de la pobre Marcelina?

Un arrogante mancebo, vistiendo al uso de los soldados de la córte de Castilla y seguido de un esclavo negro, montados en briosos caballos, se le habían presentado.

Al principio, la mujer denotó el más terrible es-

panto, al encontrarse ante aquellas fisonomías que su cerebro conservaba impresas en un dia de eterno luto, pero tranquilizándose á medida que la conversación se animaba, escuchó los proyectos del jóven, aprobándolos en silencio, y concluyendo por decir:

—La Santa Vírgen de la Consolación nos favorecerá en nuestra empresa. Corramos á ver la amada de mi alma.

IV.

Llevemos nuevamente al lector al palacio de Hamet. En el extremo de los jardines y penetrando en el cerro que los resguarda, existía una oculta mazmorra, donde encerraban á los míseros cautivos. Mas el sitio ha sufrido una transformación encantadora.

En vez de cadenas ó señales de tortura, las paredes están cubiertas de riquísimos damascos, tupida alfombra tapiza el pavimento, y suave perfume llena los ámbitos. En lugar de gritos de desesperación de los que sufren, se oyen ténues, pero dulces voces que murmuran plegarias, y en el fondo, bugías aromáticas iluminan un pequeño altar, donde la imágen de la Santísima Vírgen, presta su divina protección á los que la imploran.

Arrodilladas se encuentran Isabel y Marcelina.

El moro las contempla con afanosa mirada, y á lo lejos el esclavo etiope, desenvainado el alfange, guarda el sitio del misterio, que nadie, bajo pena de su vida, puede descubrir.

Los ojos de la niña demuestran más tranquilidad de espíritu. No los aparta de la sagrada imágen; mientras que la buena anciana cruzando las manos, espera se realice el milagro apetecido.

Ella se levanta de repente, un vivo rubor colora sus mejillas; y arrojándose en los brazos de Marcelina, la dice:

—¿Dónde estoy? Esta no es la capilla de la casa de mi padre, pero mi amada Vírgen y mi buena aya, no me han abandonado.

—Nada temas, hija querida, aquí y en todas partes, su sagrada protección te cobija.

El gallardo musulmán se acercó entonces, sin que Isabel diera señales de temor. Antes por el contrario, señalándole á Marcelina, añadió:

—También recuerdo que siempre habeis querido mitigar mis pesares.

—Y esa será mi ocupación mientras aliente, contestó el enamorado jóven: y suspirando, repuso: Si es que no me aborreceis y me permitís que viva á vuestro lado.

Isabel le tendió la mano. Lentamente le condujo al altar, é inclinándole le dijo:

—Pedid á mi divina Protectora lo que ella únicamente puede otorgaros.

. . . . . .

Pasaron algunas semanas. La bella cautiva reco-

bró por completo la salud, y Hamet, á quien sus deudos suponían encerrado en su vivienda, y sumido en honda amargura, empezaba á gozar de la más inefable de las dichas.

Una tarde, al ocultarse el sol en el lejano horizonte, dorando los altos picos de la sierra de Parapanda, se reunieron en el jardín los jóvenes y la anciana.

—Hoy me despido de mis flores, murmuró ella, y sin embargo....

Hamet tembló como temiendo vacilase la razón de la cristiana, la que lanzando suspiros, aunque débiles, expresaba un deseo que no podía satisfacer.

—Amado de mi corazon, dijo al guerrero; busco una que llevarme como testigo de mi recobrada felicidad, y no la hallo. Tus flores aún no están purificadas. Y una sombra oscureció su frente; y empezó á vagar por las calles de rosales, como en los dias de su fatal locura.

Marcelina caminaba detrás sollozando, y Hamet en el parasismo de su dolor, alzando la vista al firmamento se le oyó decir:

—Santa Madre de los afligidos, haced el milagro que os pedimos, ya que vuestra bondad es infinita.

Cuenta la tradicion, que apiadada la Vírgen del arrepentido musulmán, y para arraigarlo en su fé, hizo que repentinamente bajara una nube envolviendo en ténue y celeste gasa los jardines. Que enseguida, Isabel exclamó:

—Por fin encuentro las rosas azules dignas de

ser colocadas en el altar de la Vírgen sin mancilla. Y apresurándose á formar un ramo, se dirigió llena de placer al oculto oratorio.

Al amanecer del siguiente dia, y ocultándose de todos, un grupo de cuatro personas de distinto sexo, marchaba con rapidez hácia la frontera.

¡Siempre la fuerza del amor ha sido invencible!

El sabio Máhomet perdía una de sus mejores lanzas, y el rey cristiano adquiría en cambio un denodado capitan, que ostentando una roja cruz al pecho, pasaba á establecerse con ricos tesoros, en las comarcas de la otra orilla del Ebro.

V.

Bajando la cuesta que termina en la puerta Monaita, y entrando en la de la Alhacaba, á mano derecha se vé un extenso huerto, poblado de punzantes nopales, y que pertenece á una humilde familia de jornaleros, que lo dejan destruirse poco á poco.

¿Quién había de figurarse hoy ante aquellas miserables ruinas, que en aquel sitio se levantara, hace algunos siglos, el palacio suntuoso del caudillo Aldoradin?

Y sin embargo, nada más cierto. Aún puede verse la oculta cueva incrustada en las entrañas del

cerro á que dá nombre la iglesia de San Cristobal, y donde se supone acaecido lo que se refiere en esta leyenda.

Otros vestigios no se descubren, más señales no pueden aparecer ante la vista; pero bajando, como yo lo he hecho, á las altas horas de medrosa noche, cuando las tinieblas dan al contorno un colorido vago y fantástico, detenéos ante el derruido arco de lo que fuera portón en otras veces, subid un poco hasta las pobres viviendas, y tal vez entre la yerba menuda que brota debajo de las chumbas, descubran vuestros ojos algún olvidado capullo, que os parezca, como á mí, vástago todavía de los rosales azules de Isabel.

¡Y es, que este purísimo color, nunca logrado en la tierra, está reservado solamente para los cielos, donde se halla la verdadera felicidad!

LA CASA DEL ARCO. [1]

Leyenda.

I.

—Si os preciais de caballero,
como lo indica esa banda,
responded á mi demanda
desenvainando el acero.
Que habreis de tener en cuenta,
además de mi razón,
que me abrasa el corazón
la memoria de mi afrenta.
Pues quien comete el delito,
y huyendo su daño agrava,
con sangre el honor se lava,
y yo mi honor necesito.
—Ni huyo, ni me escondo, hidalgo,

(1) Esta leyenda, y las tituladas *La casa de la Yedra*, *La gallina con los pollos de oro*, *La casa del Carnero*, *El portón de Baqueta* y *Los siete duendes blancos*, formaron la colección que obtuvo el premio en el Certámen del Liceo en este año de 1886.

para no ser descubierto:
de la casa estuvo abierto
el postigo para algo.
Y si entré sin vacilar
cuando las doce sonaban,
es porque dentro aguardaban
y no acostumbro faltar.
No me puedo permitir
daros más amplio detalle;
o dejais franca la calle,
ó empezamos á reñir.

De un farol medio apagado
á la mortecina luz
que alumbra á un Cristo en la cruz,
en un nicho colocado,
se arriman para saciar
el encono que los ciega;
más el reflejo les llega
y se miran vacilar.
Tanto, que el que habló despues
le dice, grave y sensato:
—Matadme, yo no combato
con el hermano de Inés.
Y el de la ardiente querella
humilde ya como un niño
responde:—Tampoco riño
con el hermano de Estrella.

Ya no hay acero en la mano
ni en nó pelear mancilla,
en Don Luis de Soldevilla
y en Don Francisco Arellano.
Que cesando en su desvelo
marchan por distinta parte,
mientras la aurora reparte
su claridad en el cielo.

II.

Hace cerca de tres siglos
que en la opulenta Granada,
un mayorazgo vivía
de riqueza y de prosapia.
Para buscar un alivio
en la salud que le falta,
viene á otro clima más dulce
de las leonesas montañas.
Que, caballero ante todo,
riñó muy rudas batallas
en defensa de su Dios,
de su rey y de su patria.
Una vivienda morisca
adquiere, limpia, y restaura
con honores de palacio
y sobrenombre de casa.
Del valle ameno del Dauro

recibe las puras auras,
y la vista se recrea
teniendo enfrente la Alhambra.
Don Pedro de Soldevilla,
profeso de Calatrava,
con Don Luis y Doña Inés
y su séquito se instala.
En su hijo mayor contempla
el sucesor de su raza,
y en ella el vivo retrato
de una esposa á quien amara.
Corto paseo las tardes,
á misa por las mañanas,
visitar en los domingos
y encastillarse á las ánimas,
eran solo los asuntos
que al hidalgo preocupaban,
amén de un catarro crónico
ya con honores de asma.
Aunque enemigo de bodas,
tiene la de Inés tratada
con un deudo aragonés
que con la córte se halla.
No se cuida de Don Luis,
que es mozo de prendas altas;
más bien se opone, que al cabo,
le entretiene y acompaña.
Mas la voluntad del hombre
es débil, porque es humana,
y cuando D. Pedro corre
los cerrojos de su estancia,

sus hijos á sus amores
desvelados se consagran;
por eso se abren postigos
y relucen las espadas.

III.

De San José feligreses,
habitan calle de Bravo
D. Francisco y D.ª Estrella,
muy cariñosos hermanos.
Llevan blasón de hidalguía,
y aunque el caudal no es muy largo,
les basta y sobra; sobra que tienen
órden, modestia y recato.
Antes de morir el padre
fué capitan de caballos;
dejó el servicio, que tiene
casa y hermana al cuidado.
Es de arrogante figura
y frisa en los treinta años,
y á pocos sientan mejor
los arreos del soldado.
Estrella cumple tres lustros
y es de hermosura un encanto,
con sus ojos de gacela

y sus cabellos castaños.
Las negras tocas de luto
sirven de precioso marco,
á la figura de un ángel,
su verdadero retrato.
Niña, que de la inocencia
se envuelve en el rico manto,
y es entreabierto capullo
donde amor no ha penetrado.

En una festividad,
se reunieron los hermanos:
las redes tendió Cupido
y tres en ellas quedaron.
La viva llama se enciende
con un poder soberano,
y devora corazones
al impulso de sus rayos.
Que es D.ª Inés muy hermosa
en su tipo castellano,
y aunque en montañas nacida,
hay un volcán en sus labios.
Don Francisco, más ligero,
logró ser afortunado;
Don Luis pasea la calle,
suspira y se cansa en vano.
Con una sirvienta antigua
anda hace dias en tratos;
quizás entre las cortinas
agradezcan sus cuidados.

Tal era la situación
antes del primer relato,
y ahora nos falta explicar
qué diera á la riña pábulo.

IV.

A deshora en noche oscura
se siente abrir una reja,
un bulto la esquina deja
y en llegarse se apresura.
Pudiéndose comprender,
de un lucero al brillo tardo,
que él es mancebo gallardo
y ella una hermosa mujer.
—Bien mio, dice el galán,
descubro en tus ojos pena;
¿quién la dicha me enagena
y quienes motivo dan?
—Llegó el trance doloroso,
le responde entristecida,
avisó ayer su venida
quien me destinan de esposo.
—¡Don Guillen!
—Ya te advertí
el convenio de años hace.
—Cálmate, otro desenlace

ha de tener para tí.
—¿Cómo?
—Dime sin ficción,
¿soy yo tu amor verdadero?
—Bién lo sabes, que te quiero
con todo mi corazón.
Y aunque á la contraria suerte
otro destino le cuadre,
desobedezco á mi padre,
siendo tuya hasta la muerte.
—Bendita la dulce boca
que me inunda de esperanza;
pon en mí tu confianza
y escucha, que obrar me toca.
Como hidalgo y bien nacido,
ante la cruz de mi espada,
júrame, Inés adorada,
que me aceptas por marido.

Ella la mano sacó
y al amante la confía.
—Tuya siempre.
—Siempre mia,
ece doble repitió.

Ya se acercaba la luz
y hubiera en seguir exceso.
Oyóse el ruido de un beso;
tal vez besaran la cruz.

V.

Es Don Guillén de Moncada
aragonés testarudo,
á quien lo rico y señor
dobla y aumenta sus ímpetus.
Viene á cumplir su promesa
por distracción ó recurso,
y quiere ver andaluzas
antes de echarse los nudos.
En recibirlo, agradables
son padre é hijo los únicos;
la jóven pretexta un mal
y se excusa de saludos.
No se enoja Don Guillén:
descansa, y se viste al punto,
y corre por la ciudad
buscando paisanos suyos.
Por donde mira salir
(que puede el acaso mucho),
á Estrella con su guardiana
de unas compras al asunto.
Verla y quedarse prendado,
obra fuera de un segundo.
—Vengo á casarme, se dice;
mas ahora por mi honra juro,
que ha de ser con esta dama,
aunque arriesgue vida y juicio.

VI.

Junto al átrio de la iglesia,
al oscurecer de un mártes,
se vé una tapada dueña
y un embozado á su alcance.
Cuando se contemplan solos
muy amistosos departen,
y despues para cautela,
á hondo portal se retraen.
—¿Qué noticias?
—Nada buenas.
—Pues cuentalas al instante.
¿Me ha visto desde el balcón?
—Ojalá no le mirase.
—¿Pues cómo?
—Cuando con maña
logré la atención llamarle
al pararos en la esquina,
le dije con mucho arte:
¿Qué os parece el caballero?
y me respondió burlándose:
Me parece un ganapan;
y echó el viso á los cristales.
—Muy bien, mi señora Estrella,
veremos los ganapanes
si no pedís de rodillas,

que desde el lodo os levanten.
Don Guillen, no incomodaros...
—Escuche la dueña, y calle.
Soy rico, como sabeis,
¿cuánto ha de valer la llave?
—Jesus, para que despues
la Inquisición me tostase.
—Eso ha de ser á la postre,
si es más pronto mejor sabe.
—¡Qué bromas!
—Pronto, mi bolsa
ya presurosa se abre.
—No puedo.
—Cincuentas doblas
relucientes y sonantes.
—Me comprometeis.
—Afloja.
Tomad y Dios os ampare.
—Terco, como aragonés.
—Y tú bruja de aquelarre.
—Si lograis vuestra intentona,
por el bien decir, atadme.
—Por eso no pases miedo,
que te apretaré de valde.
—No mucho, que me hagais daño.
—Ninguno; si acaso ahogarte.

Dejó el hidalgo el portal
menos adusto el semblante,
y la vieja salió luego
echando el rosario al aire.

VII.

A la puerta de Arellano
se detiene desde luego,
aquella noche á las doce,
un bulto armado y siniestro.
La llave en la cerradura
introduce como dueño,
cuando súbito se acerca
otro que estaba en acecho.
—A esa puerta no se arrime,
que la defiende mi acero;
dice, cuando desenvaina
y afirma el dicho y el hecho,
—Atrás, responde furioso
el que se acercó primero,
y con la espada en la mano
va á su contrario derecho.
Este le recibe inmóvil,
le dá un quite de maestro,
y atravesándole el brazo
el arma arroja en el suelo.
La pisa y rompe la hoja,
y el herido al conocerlo
vomita una maldición
y huye calando el sombrero.

No trascurren dos miuutos,
y otro bulto ocupa el puesto,
muy decidido también
para introducirse dentro.
Mas antes de que lo logre
sale el primer caballero,
y con grande cortesía
pide le escuche un momento.
—Tomad, le dice, otra llave,
vaya la dueña á un encierro,
que quien descuida su hogar
lo expone á peligro inmenso.
Sé que venís de mi casa,
que estoy en todo el secreto
y he perdonado á mi hermana
en gracia de otros afectos.
—¡Don Cárlos de Soldevílla!
—El mismo soy, conteneos.
Un malvado se atrevió
á realizar un proyecto,
en mengua de vuestra honra
y de un amor que profeso.
—¿Y mi Estrella?
—Nada sabe;
ni de mi pasión lo cierto,
ni el peligro que pasara,
ni el castigo al del intento.
—Tomad, Don Cárlos, mi vida,
y pues soy hermano vuestro,
mi casa que habeis salvado
siquiera honradla un momento.

Pasó una hora, el bullicio
ha sucedido al silencio,
y dueños y servidores
han abandonado el sueño.
Destocada y ruborosa
deja Estrella su aposento,
el amante queda inmóvil,
no hay otro rostro más bello.
—Es Don Cárlos Soldevilla,
dice, el de la casa dueño;
nos ha salvado el honor,
que es la joya de más precio.
De esta noche para siempre
yo como hermano le tengo,
tú si complacerme tratas,
profésale el mismo afecto.
Levantó Estrella los ojos,
púsolos en el mancebo;
si imán tienen las miradas,
allí lo tuvo de cierto.
Que al retirarse la niña
lanzó un suspiro su pecho,
preludios de una pasión
de inolvidable recuerdo.

VIII.

Gustoso se halla Don Luis,
sufre de la tos acceso,
y entre las manos estruja
un billete sin leerlo.
Bién temprano se lo traen,
y dispone que al momento
le despierten á su hijo,
que ha de celebrar consejo.
Acude el mozo, obediente,
y, toma, le dice el viejo;
es un asunto de honor,
mira lo que hacer debemos.

Don Cárlos sosiega al padre,
pues ya se figura el hecho,
y desdoblando el papel,
se entera de sus conceptos.
«Señor Don Luis Soldevilla,
» mi amigo caro y mi deudo,
»no extrañe no fuera anoche,
»y que mude de aposento.
»Herido estoy, y no de amor,
»que Inés no se cuida de eso,
»ni yo, por decir verdad,
»tampoco sufro el tormento.
»En una calle, que callo,

»y por quién, que lo reservo,
»me dieron una estocada
»y no conseguí mi intento.
»Salgo para mi Aragón,
»el trato queda deshecho;
»si ofendí, también ofensa
»he de guardar en secreto.»
—¡Y lo firma Don Guillen!
¡Y tú te quedas tan fresco!
Vamos, el juicio me quitan
estos hombres y estos tiempos.
—Señor, dice con cariño,
abrazándole el mancebo,
descuidad por nuestro honor
que está limpio como el cielo,
y al enemigo que huye
puente de plata le haremos.
—¿Pero cuándo el de Moncada
ha sido enemigo nuestro?
—Vino á cumplir lo pactado
y se olvidó sus empeños,
metiéndose en una empresa
indigna de un caballero.
Inés, por fortuna suya,
no le dedicó su afecto;
no se hable más del asunto,
y olvido, señor, le demos.
—¿Más y la boda?
—No falta;
hermana, ven é imploremos
el perdón de este buen padre,

ayuda y amparo nuestro.
—¿Qué ocurre? Me volveis loco,
hijos, con tanto misterio.
—Que Inés adora á un galán
y yo por su hermana muero,
y que ganais otros hijos
dos enlaces permitiendo.

Quedó trémulo Don Luis
y espera que hable Don Pedro.
Este medita, y pregunta
alzándose en pié derecho.
—¿Son nobles?
—Como nosotros.
—¿Sin tacha?
—Como un espejo,
—¿Él?
—Capitán de caballos.
—¿Y ella?
—De virtud modelo.
—Siempre os adoré, hijos mios;
hágánse los gustos vuestros:
mañana, pídame á Inés;
al otro, sigo su ejemplo.

A los brazos de su padre
se arrojan, llanto vertiendo,
y la alegría establece
en las dos casas su imperio.

IX.

Del celebrarse las bodas
solo han corrido tres años,
y tantas felicidades
casi alivian al anciano.
Se eclipsa mirando á Estrella
y se emboba con su hermano,
y despues en cuatro nietos
que siempre están á su lado.
Ya los mayores le tiran,
ó tragan con desparpajo,
las píldoras de la tos,
los polvos azucarados.
Unas veces les sonríe,
otras los manda al diablo,
mas ni los chicos se van
ni él repite sus mandatos.
Son los esposos felices,
que la ventura han logrado,
porque el amor verdadero
es quien aprieta los lazos.

X.

Por enfrente del aljibe
nombrado de las Tomasas,
aunque ruinosa y deshecha
se puede ver una casa.
En la herradura por donde
tiene la puerta de entrada,
y en el declive del piso,
que su antigüedad proclama,
hace que choque á la vista
y entonces su nombre indagan.
Y que es la *Casa del Arco*
le responden sin tardanza,
cuantos viven en el barrio,
y aquellos lugares andan.

EL PORTÓN DE BAQUETA.

Leyenda.

I.

Es una hermosa mañana de primavera del año de 1569. Vencida la rebelión morisca en la Alpujarra, por el valor de los tercios castellanos, y por la nunca desmentida condición tornadiza y sediciosa de los moriscos para con sus caudillos, Granada vió entrar triunfantes sus huestes, y la calma con tanta razón perdida, volvió á ostentarse en sus ámbitos.

Los sectarios del profeta, que aún no abandonaron sus antiguas viviendas, ocultaban su vergüenza y su espanto en los más ocultos pazadizos, y lágrimas de rabia surcaban sus tostadas mejillas, pensando en el trágico fin de Aben-Humeya, y en la pérdida total de sus locas esperanzas de restauración musulmana.

II.

Al pié de la torre de la antigua parroquia de San Cristóbal, y como respiradero abierto para el monte inclinadísimo que desde aquel edificio bajaba á el arrecife de la Alcazaba, tan cruzado por los ginetes zegríes en las eternas revueltas del Albaicín contra la Alhambra, se hallaba la entrada de una espaciosa cueva que ensanchándose por grados muchas varas en redondo, concluía en una angosta mina, tal vez salida oculta, ó tal vez subterráneo de respiracion desconocida.

No estaba, como las que hoy existen, al borde de una vereda, y sujeta á las miradas profanas; antes bien, una cerca extensa de agudos espinos y punzantes nopales, defendía el terreno de aquella, formando una especie de murado recinto, de vista portentosa desde la altura, y de adorno del cerro por los opuestos costados.

Allí lozanas parras lucían sus ópimos racimos, y por la estación que nos ocupa, la blanca flor de los perales, y la rojiza de los albaricoqueros, perfumaban el ambiente y alegraban la vista, mientras los alelíes jaspeados alentaban á abrirse á los capullos de los rosales, que empezaban á colorarse al sol primaveral.

Una bulliciosa fuentecilla saltando á pocas varas de la entrada repartía su caudal en claros arroyos, llevando la vida y la frescura á los acirates llenos de matas de claveles de todos colores.

Un frondoso limonero, señal inequívoca de lo templado del sitio, á cubierto del helado viento del Norte, se alzaba á la izquierda de la cueva, desde donde un estrecho camino guiaba á la falda del monte, terminando en un grueso portón claveteado de hierro, forrado de baqueta, y encajado en dos gruesos muros de mampostería, única entrada para aquella escondida vivienda.

Y, cosa extraña, el cuero durísimo del forro de la extraña puerta, estaba rayado con signos cúficos, y lo mismo la clavazón, aunque ennegrecida por la intemperie.

Los moradores de aquellos contornos la conocían por *la Cueva del portón de baqueta*, y fuese temor á los reforzados y punzantes setos de su cercado, ó á los ladridos de un terrible alano, guardian feroz de la propiedad extraña, ó á la reputación de los moradores de ella, lo cierto es, que ningún indiscreto se atrevía á dirigir sus miradas ni sus pensamientos al interior.

Veamos si estos temores estaban motivados.

Tres solamente eran los habitantes de aquel sitio.

Un anciano moro, de barba blanquísima, traje limpio, pero modesto; un esclavo etiópe, también en la edad madura, y que se ocupaba en los trabajos agrícolas del recinto y una bellísima jóven

que no había cumplido aun sus diez y siete abriles.

Nada más hechicero que aquel rostro de hourí, ni nada más gallardo que su esbelto cuerpo que se cimbreaba á cada oscilación de su flexible talle, ni otros ojos más negros y seductores se vieron en ninguna de las vírgenes del profeta.

Pero lo que llamaba la pública atención de conquistados y de conquistadores, lo que unía á su hermosura un encanto inexplicable, era el metal de su voz, un dulcísimo acento como los más suaves trinos de los más melodiosos ruiseñores, y que le había valido entre el vulgo el sobrenombre de *Pico de oro*.

Ignoraban los cristianos su orígen, y tenían al moro por un santón de la falsa creencia, fundándose en el respeto que le profesaban los antiguos señores de Granada.

Antes de la rebelión de los monfíes, veíase todas las tardes al anciano acompañado de la jóven, situarse en un ángulo de la muralla de la Alcazaba Cadima, hablando con los peones que llegaban de la vega. Cuando estalló la guerra, el moro fué muy vigilado por la justicia; pero no encontraron nada que perjudicase á su conducta y por otra parte la niña era considerada por todos, por su esmero en cuidar al que creian su padre y por su rectitud y entereza de carácter.

Vencidos los monfíes y muerto el último pretendiente á una corona imposible, Ben-Abdalá que así se llamaba el viejo, devorado interiormente por los pesares, perdió del todo la vista.

Ya no salía de su cármen y solo se aseguraba su existencia oyendo los alegres cantares de la doncella.

Cuando en el siguiente año, en el desastroso mes de Marzo de 1570 fué decretada la total expulsión de los musulmanes, fué con su hija y el esclavo encerrado en el Hospital Real del Triunfo, para hacerle saber la incalificable resolución que tantas ruinas trajo al floreciente comercio y á la portentosa agricultura granadina.

Su misma inutilidad física le salvó, y quizás alguna secreta influencia, pues le achacaban poseer inmensos tesoros.

Presenciando la formación de los grupos de estos desgraciados que habían de ser conducidos á pais lejano, se hallaba D. Alonso de Correa, de una noble familia valenciana y voluntario en los tercios de D. Juan de Austria, de quien trajo una comisión á la ciudad para el Presidente de la Chancillería.

Ver á Fátima, escuchar su argentina voz, y quedar perdidamente enamorado, fué obra de cortos instantes.

Siguió sus pasos, averiguando cuanto le concernía, y sin respetó á su elevada clase y diferencia de razas, solicitó una entrevista con Ben-Abdalá.

—Soy le dijo, pronunciando su nombre, un hidalgo cuyo blason se remonta á D. Pelayo y primogénito de un mayorazgo de los más ricos del pais. Mi padre, impedido como vos por sus achaques, me ha enviado á las órdenes del valiente entre los valientes á cumplir mis deberes de noble, ejercitando

las armas. La guerra está para terminarse, pero yo he quedado cautivo en los ojos de vuestra hija. Si como indica vuestra permanencia aquí, vais á dejar as falsas creencias por la religión verdadera, prescindo de todo, y con arreglo á mi clase os pido la mano de vuestra hija.

Cuando D. Alfonso esperaba plácemes y gratitud, quedó sorprendido de la respuesta.

—Sin duda creeis, hidalgo, que me dispensais merced en vuestra peticion. Os equivocais. Tal vez siendo de tan alto linaje, seais poco para la descendiente de los ilustres almoravides. Sangre de reyes circula por sus venas, y cuando su heróico padre y sus hermanos murieron en la batalla de Lucena, tocó quedar al mio al reparo de vástago tan ilustre. Fátima no es mi nieta, yo soy únicamente el guardian de su descendencia, mas juré por Alá que nunca permitiría se uniese á los enemigos de mi dios y de mi patria. Vuestra nobleza y juventud me han hecho hablar de lo que no debiera; si sois leal, olvidadlo, así como la existencia de unos séres que no volvereis á contemplar. Y envolviéndose en su albornoz conducido por el esclavo, se introdujo en sus habitaciones interiores.

Don Alonso quedó atónito, y cuando meditaba proyectos y temeridades, recibió una órden del Marqués de Mondejar, de que en lo sucesivo se abstuviera de molestar al mahometano.

El favor de este con los poderosos estaba bien á las claras.

Entonces la pasión del jóven, en lugar de apagar-

se con el desprecio, tomó nuevo incremento. Abandonando otras ocupaciones, se le veía errante por los alrededores del encantador paraje, mudo, respetuoso, esperando poder contemplar la bella figura de Fátima, pero sin conseguirlo en infinitas ocasiones.

A ella, le chocaba, al aproximarse á la cerca de rosales que formaban una olorosa guirnalda, que la hacía invisible, descubrir el gallardo caballero, que con su airoso chambergo, su coleto anteado, ceñida la flamante espada de Toledo, y envuelto en roja capa, no quitaba la vista de aquel paraje, siendo objeto de compasión de los moradores del barrio, que sabían que aquel recinto era fortaleza inexpugnable.

Poco á poco se fué acostumbrando á contemplarlo, y áun en sueños se le presentaba su imágen perturbando sin saber por qué su alegría infantil y su reposo.

Algo debiera entender su padre adoptivo, ó bien por indicaciones del esclavo, que Fátima despues de una ligera conversación, no volvió á reaparecer en el cercado.

D. Alonso se sentía desfallecer, ignorando ya de qué medios valerse para poder comunicar con la jóven. Supo que el judío Simuel, que habitaba junto á la mezquita mayor, era banquero y grande amigo de Ben-Abdalá. Llenando un bolsillo de oro se presentó ante él, pintándole con los más vivos colores su respetuoso amor y los fines que le encaminaban.

El israelita, avariento como todos los de su raza, le escuchó con paciencia, respondiéndole:

—Por nada en el mundo haría traición á mi amigo, si no comprendiera que no debe quedar sola y abandonada la noble doncella, orgullo un tiempo de mi país. Al presente, nada más puedo deciros, volved en la semana próxima.

El hidalgo fué exacto á la cita. Nada bueno pudo decirle el judío, asegurándole que una pequeña indicación, había enloquecido de furia al anciano. Lo que ocurre es otra novedad, el negro ha sido enviado á Africa, é ignoro el motivo, y me ha encargado le busque otro, ó un buen servidor.

Una idea cruzó rápida por la mente del jóven.

—Recomendadme, le dijo. Entiendo el árabe, y drogas tendreis y traje, para disfrazar mi fisonomía y mi persona.

—¿Pero os someteréis á esa humillación?

—¿No soy esclavo de mis amores desde que la vi? No vacilemos, estoy dispuesto.

D. Alonso penetró de caballero en la trastienda, y salió enteramente desconocido. El sedoso bigote cortado, así como el cabello, la tez cobriza, y las prendas de vestir en armonía con su nuevo ejercicio. Fué recibido por la doncella, quien leyendo á su padre el pergamino del hebreo, lo dió por admitido.

¡Qué no vencen las pasiones! ¡Quién viera al opulento hidalgo cavar la tierra, y hacer las faenas más rudas y enojosas!

Y sin embargo era feliz. Á todas horas miraba á

la dueña de su corazón, y en adivinar sus más mínimos pensamientos cifraba toda su dicha.

También Fátima era más dichosa. Á poco de la llegada del esclavo, se encontraba en su aposento un cartel firmado por un D. Alonso, que suponía ser el hidalgo que antes la rondara. En vez de enterar á su padre lo guardaba, y con Álí, que tal había dicho llamarse el fingido esclavo, entablaba en la glorieta del huerto, largas conversaciones sobre los caballeros de Castilla, mas sin atreverse á indicar nada que pudiera descubrirla.

Estas frases colmaban de felicidad á D. Alonso, que redoblaba los billetes y las misivas. Solo el anciano, á pesar de los solícitos cuidados de los jóvenes, se entorpecía é iba apagándose por momentos.

Una noche el mancebo se colocó en el ángulo más lejano del jardin, y acompañándose con su laud, cantó al sentir que se aproximaba la morisca, lo siguiente:

En tus ojos brilladores
arde un fuego celestial;
tus mejillas son dos flores
arrancadas de un rosal.

¡Quién al verte no suspira
con ardiente frenesí!
Queda preso el que te mira
en tus labios de carmin.

Ella se detuvo ante aquella inesperada música. ¡Cómo suponer que el esclavo sintiese y se expresara de tal manera! Sin saber qué partido tomar,

retrocedió á su cuarto encontrando otro billete que decía:

—Mañana probará Don Alonso que el amor le hizo esclavo.

La curiosidad mujeril y el cariño que se había despertado por primera vez en su alma, hicieron que Fátima anhelara las nuevas tinieblas.

Á la hora convenida, los preludios de la canción volvieron á escucharse. Ella se adelantó anhelante, y cuál fué su sorpresa al encontrarse á Alí, con el cútis blanco, el cabello rubio, y vestido como el caballero de la capa encarnada, salvo el poblado bigote que sombreaba su rostro.

Este se adelantó y arrodillándose la dijo:

—No temas, hermosa de mi vida, tan esclavo tuyo soy ahora como cuando me presenté para servirte. Mi amor inextinguible, eterno, y la imposibilidad de expresártelo me obligaron á tamaño disfraz. Es una osadía, lo conozco, pero sin ella ya hubiera muerto de pesar.

La jóven no pudo contenerse ante tan grandes pruebas.

—Sí, os amo, le respondió, pero mi padre me lo ha prohibido, y si sabe lo que ocurre se vengará de ambos. Salid de esta casa, es lo primero; despues la Providencia dispondrá de nuestros destinos.

Vencido lo principal, lo accesorio era más fácil. Don Alonso la contaba entusiasmado sus desvelos que la niña escuchaba embelesada, cuando fuertes golpes resonaron en el macizo portón.

El asunto se complicaba. Un escribano y cuatro ministriles acompañaban á un caballero de edad madura, con un rico traje negro, sobre cuyo costado se descubría el hábito de Montesa.

Á las voces de «abrid á la justicia,» que daban de fuera, Don Alonso se asomó retrocediendo al instante.

—¡Mi padre! dijo.

En efecto, D. Fernando de Correa, lleno de pesar por su hijo único, cuyo paradero ignoraba hacía meses, marchó en su busca, y tanto y tan bién indagó, que hubo de hallar el escond.te del enamorado.

Al franquearse la puerta y presentarse D. Alonso, reprimió un movimiento de júbilo, y volviéndose á sus acompañantes, dijo:

—Gracias, señores, he encontrado á mi hijo y lo demás me incumbe. Decid al Sr. Presidente cuánto aprecio sus favores, y alargándoles un bolso, los despidió con gran cortesanía.

Cuando se retiraron se encaró con aquel.

—Corre esos cerrojos, y hablemos de tu conducta indigna del nombre que llevas. Me he enterado dé todo y antes de salir es necesario pidas te perdone esa noble criatura, tanto más digna de respeto, cuanto más carece de protectores.

Al descubrir á Fátima quedó prendado de la pureza y dignidad que emanaba de su persona, y descubriéndose añadió:

—Noble doncella, por el bien de todos llevadme á que departa con vuestro guardador.

La conversación de ambos ancianos no fué larga.

—Estaba escrito, añadía el moro, pero no es posible acceder á vuestra súplica, caballero.

Ni el llanto de Fátima ni las elocuentes frases de D. Alonso le conmovian.

—Lo he jurado, murmuraba, jamás alianza con los cristianos.

Un nuevo personaje se presentó en la escena.

El negro que acababa de llegar de Marruecos.

—Señor, le habló á su dueño. El Caid Abil Hassan, me entrega su anillo como testimonio de que os relevan de vuestro juramento, si ha de causar la eterna desgracia de vuestra pupila.

—Alá Acbar, Dios es grande, no eres mi hija, cúmplase la voluntad del Profeta. Hidalgo, añadió encarándose con D. Alonso, Fátima tiene un dote que apetecería un príncipe, estas son las llaves de los cofres donde se guarda su tesoro, y que ella los entregue á quien haya de ser su dueño.

En seguida se tapó la cabeza con la capucha de su albornóz y no quiso pronunciar más palabras.

Fueron inútiles cuantas gestiones cariñosas le hicieron para que abandonara con ellos la ciudad.

—Aquí he nacido y aquí deseo morir.

La jóven decidió no abandonarlo.

—Mientras aliente soy su hija, repetia.

Su amante y D. Fernando no pudieron menos de alabar esta conducta.

El fin del activo musulman llegó pronto. Agobiado por la edad y el disgusto experimentado espiró en brazos de la jóven y del esclavo.

A los pocos dias despues de entrar con gran ceremonia en el seno de la Iglesia Católica, se verificó la no menos solemne de sus bodas, asistiendo la flor de la caballería de los conquistadores y dándose á conocer el nobilísimo orígen de la convertida.

Las joyas que cubrian su tocado excitaron la admiración universal, y todos envidiaron no haber descubierto á sazón, los tesoros de hermosura y de riqueza que el jóven D. Alonso se llevaba, lleno de felicidad, á su país.

La hacienda y valiosos presentes quedaron con su libertad al negro, que no dejó tampoco el sitio donde viviera.

III.

Quien desde las Vistillas de San Cristóbal baje las cuestas que terminan en la Alhacaba, al examinar en la primer vereda, las cuatro ó cinco cuevecillas con mezquinos huertos que cercan punzadoras higueras chumbas, al registrar aquellos nidos de miseria y desaseo, quién puede figurarse que tan á menos llegasen las grandezas pasadas y la lozanía de aquellos, en otros siglos, encantadores paisajes.

De los restos de la hacienda de Ben-Abdalá, nada existe: la puerta claveteada y los motes y alabanzas del Corán, incrustados en el fortísimo cuero de Tafilete, el tiempo los redujo á menudo polvo. Unicamente una cosa no ha podido destruir; el nombre. Aún en la actualidad se denomina, *El portón de baqueta.*

LA GALLINA CON LOS POLLOS DE ORO.

Leyenda.

I.

Enclavado en aquel célebre valle de *Valparaiso*, resplandeciente de alegría con la flor de los manzanos, perales y cerezos que bordan los costados de sus *tablas* en la primavera, dorado con sus trigos en el verano, adornado con el follaje de sus espesos avellanos en el otoño, y verde siempre con las sabrosas legumbres que brotan de su suelo á pesar de los rigores del invierno, el *pago* de *los cármenes de Darro*, deleitando la vista, y derramando perfumes de vida y de salud, demuestra cuán fundado era el hondo pesar con que lo abandonaron los sectarios del Profeta.

En uno de los senderos que salpicados de casas rústicas baña la acequia de Jesús del Valle, pasado el cármen del Partidor, camino arriba de los pueblecillos de los montes, existía hace doscientos años una hacienda campestre, casi donde hoy se encuentra la que se nombra de Cruz-Torneada, á la que daban sombra unos corpulentos nogales, gala de la finca y del contorno.

Cuántas veces, gozando de la frescura de las

aguas y aspirando el delicioso aroma que al ponerse el sol despiden las flores de los habares, que cierran sus pétalos hasta la nueva alborada, al dirigir mis pasos por el mencionado camino, me sorprendía una especie de cimiento informe, carcomido por los años y la humedad, que colocado al nivel del piso y rozando con un ramal de riego, semejaba una osamenta abandonada que los siglos no habían podido pulverizar, ó el resto desgajado de un coloso edificio, entero aún, para muestra de las pasajeras grandezas mundanales!

¡Cuántas veces de pié sobre el preduzco, al creer descubrir entre sus materiales aquel famoso betún arábigo que trabando la arena y las más diminutas piedrecillas formaba la composición poderosísima que se convertía despues en los inexpugnables baluartes granadinos, cuántas veces, repito, he alzado los ojos como queriendo preguntar á las estrellas qué significaba aquel indicio puesto al paso del transeunte, y qué historia se ocultaba sobre el resto que aún se conserva!

Inútil hubiera sido mi deseo de saber, si un labrador anciano de aquellos alrededores, un verdadero hijo del trabajo, que no se desdeña de descubrir su venerable cabeza para saludar un templo, y que aún reza á Dios, sentado en el sillon de sus abuelos á la derecha del hogar, advertido de mi repetida y muda contemplación, no me dijera entre risueño y confuso:

—Ese es el sitio en que se le apareció á Juan Camisón *la gallina con los pollos de oro.*

Pequeño era el dato, corta la noticia, pero despues de algunas averiguaciones, he aquí el orígen de esta leyenda popular.

II.

En la época y en el paraje ya mencionado, habitaba una familia compuesta de una anciana septuagenaria, casi ciega; una hija de esta, viuda, de cuarenta años, y de cuatro vástagos, tres hembras de corta edad, y Juanillo, que no contaba sus veinte abriles.

El esposo de Mariana, y padre de aquellos, hombre de bien á carta cabal, había muerto á consecuencia de unas calenturas malignas, agarradas en unas plantaciones que fué á disponer en la ribera del Genil, pues excusó las precauciones de recogerse á poblado de noche, creido sin duda en que las humedades de este río, eran tan saludables como las del Dauro.

No quedaba más amparo á todos, que los brazos de Juanillo, pero este, robusto como un gigante, aunque inocente como un niño, los ejercitaba tan á maravilla, y madrugaba y trasnochaba para tenerlo á punto, que la heredad producía el pan cuotidiano, y el hambre huía de la casa solo con descubrir

al muchacho cargado siempre con sus instrumentos agrícolas.

Juan Camisón, que debió este mote á no mucha abundancia de esta prenda, ó más bien, á usar los desechados del autor de sus dias, que pueden figurarse el estado de lucimiento en que los recibiera, era el modelo de los de su clase. De agradable rostro, simpático á primera vista, ni fumaba, ni entraba en los ventorrillos, ni tenía más reuniones que las de su casa. Al principio lo motejaron y hasta quisieron burlarse de su apego á sus deberes, pero la sinrazón por un lado, y por otro que el chico tenía el alma en su armario, y de un puñetazo atontaba á un novillo, hicieron que lo dejasen como cosa perdida, y le guardasen lo que se llama el bulto, cuando lo descubrían.

Además, de su casa no salía mendiga sin ser socorrida en su pobreza con los frutos que producía el terreno, que se multiplicaban á maravilla.

El mayor gusto de Juanillo consistía en acompañar los domingos á misa á su abuela á la insigne colegiata del Sacromonte. Con qué cariño, con qué esmero llevaba de la mano á la cieguecita. En la penosa cuesta, siempre se empeñaba en tomarla en brazos, y aunque rabiaba la abuela, no había más remedio que obedecer al nuevo San Cristóbal, que se daba por pagado con el beso cariñoso que recibía en la frente.

Su conducta edificaba de tal manera, que el señor Abad le hacía sus regalos, y hasta el cabildo, en el anterior invierno, que fué muy crudo, le

compró una capa de excelente paño de Castilla.

Todas las tardes bajaba con su carga de verduras al mercado, ayudando á una pobre burra que solo tenía tres piés, resto de la herencia paterna, pero sin maltratarla ni apresurarla nunca.

—Sirvió bién á mi padre, decía, y si ya no puede más, tendremos paciencia.

¡Y cómo había de volverse á su vivienda, sin comprar en la confitería de San Gil dos cuartos *de cascajillo* para las niñas y sus dos onzas de mostachones para la abuela!

El cuadro que se representaba de noche á su llegada era conmovedor. La madre lo esperaba en el umbral con la gente menuda, y la anciana rezando el rosario porque lo librase Dios de todos los peligros. Las chiquillas se le colgaban á las piernas al repartirse las golosinas, y la menorcilla, de tres años, que no había conocido otro, le llamaba *padre* con infantil alegría. Este dicho les hacía llorar.

Despues entregaba á Mariana el producto íntegro de los frutos, sin reservarse un solo maravedí, y luego llevaba á la ciega su obsequio. Ambos se tenían una pasión sin límites. Muchas veces por jugar con ella, le escondía los dulces en la ropa y despues le preguntaba por el paquete, la abuela rabiaba, interín conseguía sujetarlo, y el castigo era infinidad de cariños que le disputaban los restantes.

A las Animas se rezaba el rosario, y se acostaban á dormir con el corazón sano y la conciencia tranquila.

III.

Una de las noches que más tardó Juanillo en volver, á causa de lo largo de la faena, montado en su burra coja, meditaba sobre el porvenir, algo asustado por dolerle un poquillo las espaldas.

Al llegar al nicho con enverjado de hierro que sitúa al principio de *la Cuesta Empedrada*, Juán se quitó el sombrero, y dijo.

—Vírgen Santísima, protegedme y á lo restante de la familia. Dadme salud para ganarles el sustento, y que no tengan que verse á cara de ningún extraño. Quisiera ser rico, no para volverme un holgazán, sino con el fin de cambiar esta pobre bestia por una buena mula, y comprar zapatos á mis hermanitos. Quisiera meter una zagalona que ayudase á mi madre, que se mata trabajando por nosotros, y tener una renta adelantada en poder del amo, para no estar siempre soñando en si llegará el quince de Agosto y no tendremos el dinero.

Y, porque es preciso decirlo todo, añadimos nosotros, quisiera no ser pobre por cierta Mariquita Pepa, la hija del tio Campanero que vive en el *Santo Sepulcro*, y posee cuatro fincas, y es bonita como un lucero, laboriosa y honesta, y que necesita

cuatro vueltas y media de cordón para sujetarse el pelo de la castaña.

Ya se vé, el amor no repara en clases ni en condiciones, y Juán se sintió herido, aunque guardando cuidadoso su secreto. Pobre y cargado de obligaciones, no iba á procurar mayores cuidados, ó exponerse á una negativa á su pretensión.

Aunque en cuanto á calabazas, habría mucho que decir. María Pepa, no tenía novio, y hablarle de eso, era perder para siempre las amistades. Es más, no asistía á bailes ni se juntaba con las mozuelas de su edad; fuese por acaso ó adrede, siempre se encontraba en su puerta á las horas que tenía que pasar Juanillo, saludándose afectuosamente.

De vez en cuando, este le llevaba un clavel encarnado de los del tamaño de medio duro, que cuidaba asíduamente en una maceta, único trabajo superfluo que el infeliz se permitía.

—¿Quieres esta flor? le preguntaba Juanillo.

—Con mucho gusto, respondía ella, viniendo de tu mano. Y se la colocaba en la cabeza no quitándosela hasta que se secaba.

Pero no se hablaban más palabras y así seguía el cuento adelante.

Terminada la súplica á la Vírgen, le rezó una salve y quedó aliviado y tranquilo.

A la noche siguiente le ocurrió una aventura particular.

Iba por el borde de la acequia y pasado *el molino del vedrío*, sintió ruido en el agua.

Se bajó de la caballería, y pudo ver como un

bulto que zapateaba en la corriente. Con la vara lo atrajo, y cogiéndolo, se encontró con una gallina que le habían atado los piés y las alas para que se ahogase.

—Malas intenciones tienen estos chiquillos, exclamó desatándola.

La gallina al hallarse suelta, dió una voletada y se perdió entre los salves.

—Ganas tenía de libertad, dijo Juán y siguió adelante.

Dos dias pasaron sin tener que acercarse al mercado de la verdura, pero al que hizo tres, preparó una buena carga. Ya oscurecido y al llegar al sitio de la ocurrencia se le antojó esta copla:

Á la puerta de mi novia
me dió sueño y me dormí,
y me despertó su gallo
cantando, quiquiriquí.

Como si hubiera esperado esta alusión, una gallina le respondió cacareando, pero sin demostrarse.

Juán sintió un poco de repeluzno y juró no volver á más cantos gallísticos. Pero el cacareo no cesaba por eso, aunque invisible, hasta que al tropezar con el pedruzco referido, vió con asombro en él subida una gallina como la que salvara, teniendo en derredor hasta dos docenas de pollos de un color extraño, pues eran dorados hasta las crestecillas y los picos.

—Veremos si puedo agarrar algunos, se dijo, pero inútilmente. La clueca y los bichillos echaban

á correr, deteniéndose hasta que se acercaba. Así lo llevaron hasta un paraje del rio que se llama el *barranco de las Tinajas*.

En él, redoblaron sus pios en torno del ave, y se escondieron en un agujero que cubrian unos espesos zarzalones.

El muchacho entróse en su morada sin contar á nadie la ocurrencia, y ya en el lecho, se puso á meditar lo que pasaba.

—Esto no debe ser obra del enemigo. Quién sabe si la Sagrada Vírgen se haya acordado de mí, y quiera socorrerme de esta manera. Cuando llegue la siesta de mañana, me escurriré con un pretexto cualquiera, para ponerme en acecho en el barranco.

Y así sucedió como lo pensara. Juán tendido y oculto sobre un repecho, vió á los pocos minutos salir la gallina con sus hijuelos, los que escarbando con la mayor presteza dejaban al descubierto unas partículas que brillaban extraordinariamente á los rayos del sol. No fué larga la tarea, perdiéndose por el mismo parage.

Juán entonces, se acercó procurando no ser visto, y halló que los objetos brilladores eran nada menos que pepitas de oro, de las que arrastra el Dauro en sus arenas, y que extraen con asiduo trabajo los hombres dedicados á este ejercicio.

Todas las guardó en su pañuelo, volviendo loco de contentó a su casa. Refirió á su abuela y á su madre todo el caso, y las pobres mujeres no se cansaban de alabar á la Divina Providencia.

—Ese es el premio de tu buena conducta, hijo adorado, le dijeron. Guarda en lo más hondo de tu pecho lo que ocurre y comprende que quien pone su confianza en Dios, siempre le recompensa.

Juán que era más listo de lo que parecía, pensó que para evitar interpretaciones, fuera lo más conveniente proveerse de la cazuela de madera para el lavado y del harnero con su palo de gancho sustentor para el cernido de las arenas. Así lo hizo, y como á nadie chocaba que en las horas de descanso inventase alguna faena productiva, pasó desapercibida esta nueva profesión del mancebo.

Á la hora acostumbrada, este se ponía en acecho de la gallina, que, repitiendo su obra, dejaba al descubierto riquísimo botín á su protegido. No pasó una semana, sin vender en el Zacatín una buena parte.

—Chiquillo, le dijo el artífice platero, esto es un tesoro; tráeme á vender cuanto saques, pues su calidad y ley es de lo más puro que se conoce. Has tenido una fortuna y vas á ser *rico*.

Á esta palabra, Juanillo se descubrió involuntariamente, pensando en la Vírgen.

Con el dinero que á cambio le entregaron, compró lo primero una arrogante mula, llevando encima del flamante aparejo una especie de sillón que encontró en un baratillo.

—¿Dónde vas con ese armatoste? le interrogaban. Pero él, muy satisfecho, les decía.

—Son unas *amugas* que sirvieron al ama de un señor canónigo. En ellas llevaré como una rei-

na á la abuela á la misa mayor de la parroquia.

Y efectivamente, que quiso que no, verificó con ella la entrada triunfal en la iglesia.

Aquirida la mula, quisieron comprarle la borriqueja.

—Nunca la venderé, añadió, coma y descanse, en nombre del amo de quien la recibí.

Llenó la casa como una colmena; á los chiquillos tres vestidos nuevos, y á la vieja se permitió el lujo de una mantilla de veludillo. Á su madre puso la criada prometida, y cuando esta le aconsejó que tomara un mozo contínuo para la finca, se negaba repitiendo que mientras pudiera moverse no quería estar ocioso un solo instante del dia.

Otra compra hizo que le sumergía en hondas meditaciones. Al cambiar pepitas en la platería, descubrió unas gitanillas de esmeraldas colocadas en el aparador. La memoria de María Pepa, se le vino á mientes; las recibió en cuenta, y échese usted á pensar como donarlas.

La doncella estaba, como de costumbre, de centinela en su puesto. Juanillo se detuvo casi temblando, él, que manejaba un azadón de treinta libras, y le dijo:

—María, ya sabes que he tenido la suerte de dar con un criadero de pepitas de oro. Me he acordado de tí como siempre, y en lugar de un clavel de los de casa, te traigo estos zarcillos, que te pido de rodillas los aceptes.

La muchacha quedó deslumbrada con el presente, y más que todo con la pasión verdadera con que

se expresaba el mozuelo. Poniéndose encarnada como una amapola le respondió:

—Este es un obsequio que no puede recibirse sino de manos de un esposo.

Juán tembló como un azogado al escuchar esta frase.

—Sin embargo, lo recibo ahora, y á la noche despues que despaches tus quehaceres, te aguardo en la ventana para darte la contestación.

María Pepa, comprendió con ese sagáz instinto mujeril, que con hombres del temple de su enamorado era menester declararse á ellos.

El chico se marchó ébrio de ventura á confiar el secreto á la abuela. Esta ya de sobra lo había adivinado.

—¿Qué tiene mi hijo? interrogaba Mariana á su madre.

—Nada malo. Felicidades presentes, para realidades futuras. Razón es que te veas como yo reproducida en tus nietos.

Y las buenas mujeres se abrazaron sollozando.

Juanillo iba como si llevara alas en los talones. María estaba en la reja al acecho. Apenas cambiaron las primeras ruborosas confesiones de un primer amor, apareció el Campanero en la esquina. Al muchacho se le vino el mundo á cuestas.

Pero el suegro futuro le dijo:

—No te escondas, hombre, que mi hija bien merece un mozo honrado y trabajador como tú eres. Cuenta conmigo, y cuando se haga la boda esta casa será la tuya.

—Eso no, tio José, saltó como una chispa el muchacho. No abandonaré, aunque me costara la vida, á las mujeres que el cielo me ha encomendado. Usted sí que se vendrá con nosotros á vivir y hablará con mi madre y lo cuidaremos con el mayor cariño. Yo cantaré coplas, y tocará el guitarro, y cuando suenen las campanas de la abadía, las niñas llamarán al otro padre que la Providencia les depara.

Al tio José se le saltaron las lágrimas, abrazó á Juán, y abriendo la puerta lo entró sentándolo.

—Una silla te doy en mi casa; que te portes tan bién en ella como el gusto con que te recibo.

Hubo su correspondiente *gaudeamus*, y hasta se bebió por primera vez una copa de guindas, probada antes por los labios de idem de María Pepa.

VI.

La fama de la suerte de Juanillo, corrió por todas las alturas. Las madres lo daban como modelo á sus descendientes.

El número de lavadores de arenas, se aumentó hasta formar un ejército. Pero aunque se ponian en los mismos sitios que aquel, solo obtenian lo de costumbre, un corto jornal.

La gallina y los pollos seguían escarbando, hasta que una noche se la encontró ya en el pedruzco de la primera vez. Detúvose, y las miró que en lugar de dirigirse al barranco, tomaron ligeras el repecho de los cerros contrarios.

No volvieron nunca. Sin embargo, ya había reunido una suma considerable.

Los mercaderes, como las pepitas no podian ser producto de ningún robo, sino de un legítimo hallazgo, se las compraban y pagaban bién.

—Es un filón destinado para este huérfano, es lo único que le repetían. Que hagas buen uso de este don de la divinidad.

En lugar de sentir la desaparición completa de la gallina, Juán se fué á dar gracias á la Santísima Vírgen y á ofrecerla una luz en su ferrado nicho.

Con el dinero junto, realizó todos sus ensueños. La heredad en que naciera le fué vendida por el propietario y además obtuvo tres viviendas para las hermanillas. Pero cuando entró orondo como un prior, fué el jueves, que en la feria se trajo dos vacas con su apéndice de novillos.

—¿Qué has hecho, loco? le decía la madre, ¿dónde vá á caber tanto animalejo?

—Es para que se alimenten ustedes bién. Con la leche se engorda, y quiero devolverle á la abuela la vista.

Del pretexto de cuidarlas se valieron para que admitiese un pobre huérfano como ayuda.

Que se celebró en seguida la boda, no hay para qué decirlo. La mañana de la ceremonia hubo un

pequeño entredicho. No pudieron hacerle que se pusiese una camisa con chorreras, regalo de la novia.

—*Juán Camisón* me llaman, y nadie me quitará el mote, mientras ande sobre la tierra. Venga uno limpio y cosido, pero sin aleluyas, que no trato se rian de mí.

Á la noche la alegría fué estrepitosa. El tio José bailó con Mariana, que no ocultaba sus lágrimas. El nieto se empeñó en que cantase la abuela. Ella accedió con lo siguiente:

La Vírgen de las Angustias
y el patrono San Cecilio,
os echen su bendición,
como á todos os bendigo.

Y con la majestad que prestan las augustas canas y una vida sin tacha, alzó los brazos é hizo el signo de la cruz á los arrodillados concurrentes.

Este fué el término de la fiesta. Juanilio al retirarse con su mujer la decía:

—¿Es verdad que ya estaremos juntos para siempre?

—Calla, tonto, le respondió Pepa empujándole; no ves que sí?

Una sola persona lloró de disgusto. La hermanilla menor, que la quitaron de dormir con *su padre*.

V.

Los ancianos recuerdan haber oido de otros, lo dichosos que fueron los moradores de la hacienda del Nogal, y la descendencia con que se vieron favorecidos.

Y algunas noches del florido Mayo, van los mozuelos del *camino* á pararse en el sitio mencionado. Pero como desgraciadamente no son tan virtuosos y trabajadores como *Juán Camisón*, no se dá otro ejemplo de que se presente *la gallina con los pollos de oro*.

SOL DE NIEVE.

Leyenda.

I.

¿Cuál tienes el pecho?—¿cuál tienes el alma?—¿qué impulso la guía?—¿qué móvil lo arrastra?—El mar proceloso—de espumas se cuaja—apenas el viento—sus olas levanta.—La flor en el prado—que yace agostada—si acude el rocío—con vida se alza.—Y tú, sola, inmóvil—cual recia montaña,—ni amor te combate—ni quejas te ablandan.—¿Es mármol tu pecho?—¿es nieve tu alma?

II.

Siempre fué voluble y revoltosa la condición de aquellas razas del desierto africano, que al invadir la España goda, y derrocar su monarquía en los

campos del Guadalete, se extendieron por la Península, formando á poco tantos reinos como caudillos ambiciosos se presentaban.

Aún la ciudad que fuera despues perla de Occidente, no ostentaba ninguno de sus alcázares y palacios, sino los imponentes castillos de la Alcazaba y de Torres Bermejas; aún existia una *Elvira* más importante que la *Garnathad*, cuando el rey de Córdoba Abdalá, el año 888 de la Era Cristiana, tuvo que salir á campaña á reprimir la gran sedición de sus vasallos muzlitas, árabes y mozárabes, que desde la tierra de Jaen hasta las colinas de Sierra Nevada se habían levantado predicando la ruina y el exterminio.

Suar, Obeidalá y Aben-Suquela, fueron sus más terribles caudillos.

Los siros, fieles á su monarca, tuvieron que evacuar las fortalezas granadinas, donde llevando cautivo al walí Gaad, entraron victoriosos los sublevados.

Pero el derecho triunfó de la injusticia. La batatalla de Elvira causó la muerte de dos de aquellos jefes, y doce mil guerreros tiñeron con su sangre la Vega, que parecia destinada en los futuros siglos á ser teatro de memorables hazañas.

No desmayaron por eso los rebeldes. Nombraron caudillo á Zaide, uno de los *mauludines* más queridos y hermano de Solimán, el famoso poeta, héroe de nuestra leyenda.

Mas no siempre el valor está unido con la fortuna.

Con más arrojo que oportunidad, el nuevo adalid atacó á las huestes reales en los campos de Loja, y hecho prisionero, sufrió el tormento de que le abrasaran los ojos con un hierro candente y que despues de tres dias de martirio fuera enviada á Córdoba su cabeza con el parte de la batalla. Entonces el escarmiento se hizo general, y se recobraron las poblaciones perdidas, y los muchos torreones elevados en las orillas del Dauro y del Genil.

III.

La pena de Solimán no tuvo límites, y quedó siendo la admiración y el orgullo de su raza. Porque era el poeta más enzalzado de su época y el que cantó con mayor energía las proezas de sus amigos.

Así describía el triunfo de Suar: (1)

Ya de la arrancada el polvo
su hueste de pavor llena;
todo el cielo se oscurece
que densa nube se eleva.
. . . . . .
Pregunta á Suar, te dirá

(1) Lafuente Alcántara.

de la encendida pelea
si las cándidas espadas
cercenaban las cabezas,
deshojando á los turbantes
de bandas y cintas bellas.

¡Ay! que Solimán, el descendiente de los ilustres colonos de Calcis, poseía las diez prendas que forman el conjunto de un cumplido caballero árabe.

¿Quereis saberlas? Pues bién, era bondadoso, valiente, modesto, gentil, *poeta*, chistoso, fuerte, diestro en la lanza, firme en la espada y certero en la flecha.

¿Mas por qué con tan brillantes condiciones abandona su venganza y su partido?

Hafsun, el rebelde príncipe de Toledo, aunque sirviendo á unos mismos intereses, le agravió injustamente en su honra.

Solimán, con su acostumbrada nobleza le desafió á singular combate, cediéndole hasta la elección de armas; pero el cobarde Hafsun desoyó las reglas de la caballería y denegó la petición. El poeta hizo pública esta conducta, y encontrando á su enemigo en el campo le castigó severamente, y hubiera muerto á sus manos, sin la intervención de otros guerreros.

Y he aquí por qué las banderas muzlitas pierden al más popular de sus valientes, y el astuto rey lo recibe á su servicio dándole el mando de una hueste en el distrito de Elvira.

IV.

Por entonces los caballeros de Damasco que buscaban en toda Andalucía un cielo y unos jardines como los de su patria, se fijaron en Elvira. Pero doblemente llamaron su atención los valles de la población semítica, y abandonando aquella se vinieron á fundar la *Alcazaba*. Apoyados en el antiquísimo castillo de Iznarromán, formaron las murallas cuyos restos aún se conservan, y echaron los cimientos de una magnífica ciudad.

Varias familias judias de *Garnathad* se vinieron á comerciar con los nuevos pobladores, edificando casas al abrigo de la inexpugnable defensa.

En una callejuela angosta, detrás de la plaza de armas que dominaba la anchurosa Vega, vivía una hebrea por nombre Judit.

Solimán, á pesar de su defección, había sido perfectamente aceptado por los partidarios del Emirato de Córdoba.

Sus bellas composiciones poéticas le ganaban el corazón de las mujeres.

Una hermosa de orígen persa, llamada Fátimah, hija de un jefe de arqueros, fué la reina de sus pensamientos. Verla y amarla, fué obra de cortos ins-

tantes. Por medio de Judit que poesía una ventana lindera al huerto de la bella, le hacía señales y enviaba escritos solicitando entrevistas más cercanas.

Pero alguna tenía que ser insensible á sus prendas personales.

Negativas constantes únicamente obtuvo. Ni los más finos obsequios, ni un pergamino con sus más inspirados versos en que pintaba la hermosura de su rostro y lo insensible de su corazón, lograron ablandarla.

Sol de nieve, que así la denominó, seguía despreciando al gallardo capitán.

Mas supo que una causa oculta motivaba estos desdenes. Aben-Meruan, de la familia de este nombre, era el galán afortunado.

Solimán, ciego de rabia y tan valiente como insensato, compuso y dió á conocer una série de epígramas contra aquellos, llamándolos tímidas gacelas ante el enemigo.

Los Meruan quisieron vengarse sobre seguro de tan grave injuria.

Una oscura noche en que el poeta iba casa de la judía decidido á introducirse en los aposentos de su desdeñosa beldad, al saltar las tapias del huertecillo recibió tres estocadas en el pecho.

No sobrevivió un instante á las terribles heridas, ignorándose sus matadores.

El dolor de sus amigos y soldados fué inmenso. Un poeta de la raza *asedita* escribió la siguiente elegía, como epitafio:

¿Dó yace el que alimentaba (1)
á los pobres desvalidos
y fué su sombra en verano,
y en el invierno su abrigo?
Breves céspedes le ocultan,
pero céspedes floridos;
cúbranles siempre las rosas,
y los jazmines sombríos.
Desde que dá el campo flores,
hoja el campo y agua el rio,
y desde que luce el sol,
ni hombres ni genios han visto
otro que más noble fuese
que el Said aquí escondido.
¡Oh lágrimas de mis ojos,
regad la senda de mirtos!

V.

En la cuesta del Zenete, bajando á mano derecha, existe un cármen cuyas tapias por el lado opuesto tocan á un callejón sin nombre que dá á los muros de Santa Isabel la Real. Allí, según referencias tradicionales, ocurrrió la muerte del célebre trovador *muzlita*, y áun aseguran que á fines del pasado siglo existía una lápida borrosa, conmemorativa del trágico fin del enamorado de *Sol de nieve*

(1) Traducción de Conde.

EL RAMO MILAGROSO.

Tradición.

I.

Entre los más ricos mercaderes de la famosa Alcaicería granadina, figuraba D. Roque Valduendo, natural de Santander, y con relaciones comerciales en todas las Américas españolas.

Su nombre era considerado como tipo de formalidad y honradez, y su casa respetada por todo el mundo.

Desgraciadamente, su hijo único, Jorge, mancebo de poco más de veinte años, había salido el reverso de la medalla de su padre. Enemigo del mostrador y de la aritmética, gustaba más de devaneos y diversiones, que de cuidar los cuantiosos intereses que habría de poseer.

Su madre, D.ª Lorenza, una bendita mujer, lo adoraba con locura, dándole dinero á cada instante, y cubriendo sus faltas y ausencias nocturnas, que D. Roque hubiera castigado severamente.

El jóven era terrible galanteador. De bella figura, rico, y en lo más florido de su juventud, se veía

aceptado de las de su clase, pero gustaba de espigar en diferentes campos.

Por aquel entónces, hace dos siglos, la industria de la lana estaba en todo su apogeo en el Albaicín. Multitud de fábricas ocupaban los edificios más extensos, y telares de operarios menos acomodados, se hallaban en las demás calles. También las mujeres obtenían su parte en los trabajos, dedicándose unas, al hilado de los vellones, y otras, las más muchachas, á bordar flores y cenefas en los paños y capotes. De las más listas, y codiciadas por los maestros por el primor de su obra y la prontitud con que terminaba su tarea, lo era la hermosísima Lucía, habitante en la *Charca,* á espaldas del horno de este nombre, en una mezquina vivienda que de antiguo perteneció á la parienta con quien se recogiera. Huérfana cuando más necesitaba consejos y cuidados, tuvo que reunirse con una solterona anciana, su tia en segundo grado, que la admitió con gran cariño, y para quién la bordadora fué despues la providencia. En efecto, con su jornal se mantenían ambas con decencia, y la laboriosa niña, modelo de honradez y cordura, no salía jamás sola, y su puerta estaba cerrada siempre á visitas y pueriles pasatiempos. Y era de una belleza singular. Alta, esbelta, de ojos y cabellos oscuros, con un color moreno claro, y una gracia y una pureza en el rostro, que la comparaban á una imágen cuando salía con el traje de fiesta, las pocas veces que sus quehaceres la daban lugar. No se la conocían novios, y con gran prudencia y recato desechó más

de un buen partido para su clase, saliendo los desahuciados agradecidos encima, por el tono y comedimiento de la respuesta.

Pues allí puso Jorge sus pensamientos. Escudriñando la parte más pobre del barrio, una tarde vió sentadas en el umbral á la tia y la sobrina en sus ocupaciones cuotidianas. Quedó prendado del perfume de aquella humilde violeta, y resolvió su conquista sin vacilar.

Hizo á otro dia su declaración en forma, acompañando un presente, y se lo devolvieron con la negativa de costumbre. Es más, Lucía se ocultaba, si el jóven aparecía en la plazoleta.

Esta conducta interesó doblemente al, hasta aquí, fácil conquistador.

Acechó á la tia Petra cuando en la plaza compraba sus menesteres; se valió de otras mujeres, madres de muchachas que trabajaban con Lucía, para que ensalzaran sus prendas, y fingiéndose hijo de un acomodado tratante de granos, hizo las mayores protestas y se sometió á las más difíciles pruebas, hasta lograr entrada en la vivienda de la muchacha. Su gentileza y amable fisonomía hablaban en su favor, y la Petra tuvo la mayor culpa en que se principiasen las relaciones. Todas las noches, de oración á ánimas, llegaba al portal de la humilde vivienda, y allí departían los tres, cambiando de vez en cuando una palabra amorosa.

Lucía empezó á sentir los efectos de la primera pasión; pero su honradez y crianza la retenían siempre en los límites más irrepochables. Jorge co-

noció que de aquel modo no podía saciar sus intentos, habló de próxima boda para hacer presentes y adquirir confianza, pero le respondieron que ni en un año tendría su ajuar listo la mozuela, ni recibirían lo más pequeño sino despues de corridas las amonestaciones.

Entónces concibió un proyecto diabólico. Aguardó con paciencia una ocasión y esta la obtuvo al celebrarse el Santo de la tia. No era cosa de desairar una mezquina libra de dulces, que haciéndose el indiferente les ofreció, y que, al repartir, se seguardó con disimulo su parte.

No bién había trascurrido un cuarto de hora, cuando una invencible soñolencia se apoderaba de las dos mujeres, cayendo como insultadas. Jorge cerró la puerta y cometió la mayor de las infamias, marchándose enseguida.

Por los recuerdos de una escena horrible que bullía en su lastimado cerebro, y por el aire de dueño, y exigencias que se atrevió á proponer Jorge á la noche siguiente, concibió Lucía toda la extensión de su infortunio.

Entonces con la dignidad de una reina, y reprimiendo su inmenso pesar, le dijo:

—Eres un hombre vil, indigno del nombre cristiano que llevas. Si con un brebaje has abusado de mi honra, conociendo que no tengo padre que me defienda, la Vírgen vengará este ultraje, y sabe que desde hoy te aborrezco. Sal de la humilde vivienda que has manchado y no vuelvas á acordarte de que existo.

Jorge quedó al pronto confuso, pero despues le respondió con burla.

—Ya te se pasarán esos fueros y tendrás buén cuidado de llamarme. Sabe que no soy el artesano que te figuras, sino Jorge Valduendo, el hijo del más rico mercader de la ciudad.

En seguida se alejó.

Las infelices mujeres se echaron llorando la una en brazos de la otra.

—Yo soy la culpable, repetía la Petra, enteraré al señor Corregidor de esta infamia para que nos proteja y haga justicia.

—Silencio, tia, le replicaba la jóven, nadie conoce mi pena, que quede sepultada entre nosotras.

La vida de las pobres criaturas fué bién triste. Trabajando por único consuelo, y rezando antes de acostarse para no dormir, no queriendo hablar con los vecinos sino lo más preciso, eran encima motejadas, y con especialidad la niña, de orgullosa y ridícula, por haber despedido un novio de tan buenas condiciones, sin causa ni pretexto, pues el mundo entero ignoraba lo sucedido. Mas tenian que aumentarse los pesares. Lucía conoció que llevaba un ser en sus entrañas. La rabia de Petra no tuvo límites. Hablaba de vergüenza, y de obligar al villano á que remediase su daño.

La jóven le respondía.

—Será voluntad del Señor. Nos iremos á ocultar nuestra desdicha á otra tierra; pero en cuanto al inicuo, no podría tolerar un instante su presencia.

Este paseaba de vez en cuando la calle, pero sin

conseguir que se abriese un postigo. Lucía quedó invisible, y Petra echando doble llave, llevaba los bordados y compraba los comestibles. Las curiosas comadres se deshacían en conjeturas.

Al oscurecer de una noche de aquel otoño, Petra iba á la fábrica que situaba en la calle del Lavadero de Santa Isabel. En una esquina frente á las tapias de la huerta, existía un grande nicho, ó más bién una pequeña capilla donde se veneraba la imágen de Cristo crucificado. Además del farolillo encendido delante del enverjado de alambre, adornaban la efigie unos grandes ramos de azucenas contrahechas.

En aquel sitio encontró la anciana á Jorge, que iba de paso en busca de nuevos galanteos.

Con el corazón palpitante lo detuvo, y disimulando su ira, en sentidas frases le contó el estado de Lucía, suplicándole hasta de rodillas que devolviera su honra á su desgraciada é inocente sobrina.

Jorge la recibió con mofa, contestándole:

—No sermonea mejor el Prior de los Agustinos; yo hice mi gusto de bueno ó de mal grado, y he sufrido únicamente desprecios. Pues sabed, doña Vieja, que me casaré con la chica cuando esas azucenas de trapo sean naturales y olorosas.

Y señalaba con impiedad al bendito simulacro.

Petra se santiguó horrorizada, alejándose de aquel parage.

Jorge iba á imitarla sonriendo, cuando un poder sobrenatural lo detuvo. De la capilla salieron conducidos por manos invisibles, los ramos de azuce-

nas, convertidos en frescas y lozanas flores, cuyo aroma perfumó todo el espacio, oyéndose una voz que decia:—Blasfemo, impío.

El jóven aterrorizado, yerto, con la vista errante, sin darse cuenta de lo que le pasaba, sufrió una terrible conmoción en todo su ser.

Cuando á la mañana siguiente, fué á despertarle su cariñosa madre, Jorge no pudo responderle. Estaba mudo, y como paralítico.

II.

Júzguese la pena de los autores de sus dias.

Los médicos más famosos no atinaban con el remedio de la dolencia, y como el jóven no podía hablar ni escribir, todo era conjeturas y consideraciones inútiles. Unicamente el más antiguo de los doctores dijo.

—Esta enfermedad es un misterio, nuestra ciencia no alcanza á descubrirlo. Solo donde halló el mal pudiera encontrar el remedio. Que su familia indague y despues nos consulte si le parece.

D. Roque empezó entonces una serie de averiguaciones, y derramando oro obtuvo la confesión del boticario que preparó les confites, ignorando para quién serviría el brebaje, y por último la del criado de su confianza, que dió pelos y señales de la conquista del Albaicín.

El comerciante creyó estar en vias de profundizar el secreto, atribuyendo á malas artes la enfermedad de su hijo, por lo que se decidió á personarse en el sitio que se le indicaba.

Sorprendidas quedaron las infelices mujeres al escuchar una mañana repetidos golpes en su puerta. Asomose la Petra, descubriendo un anciano que se bajaba de una poderosa mula, que sujetaba un page, y en cuya fisonomía contrastaban la severidad y la tristeza.

Abrió temblando, y apenas se introdujo en la pequeña habitación, al ver las dos personas, dijo:

—¿Estamos solos?

—En mi casa nunca ha habido más que nosotras, le respondió la tia.

—Pues bién, repuso el recién llegado. Soy el padre de Jorge y vengo con este sagrado derecho á enterarme de lo qne entre vosotras haya sucedido.

—Tiene usted por hijo un infame, saltó como una víbora la Petra; y si mi sobrina me lo hubiera permitido, la justicia es la que le preguntaría si es lícito deshonrar inocentes por la fuerza, y blasfemar del Santo Nombre de Dios.

Quedóse aturdido D. Roque.

—No se moleste usted, caballero, añadió la sobrina, quiero olvidar la traición de que he sido víctima. Estoy acostumbrada á respetar las canas en quien las ostenta, pero le respondo lo mismo que hace tres meses á su hijo. Quítese en seguida de mi presencia. Y señalando la calle, subió las escaleras de su dormitorio.

El mercader que se pensó iba á ser objeto de súplicas y exigencias de dinero, estaba alelado y confuso. Por fin, con buenas razones pudo convencer á Petra que le relatase cuanto ocurriera entre los jóvenes.

Le interesó que ablandara á la sobrina, que ya recibirían noticias suyas, y marchó á visitar al señor Cura, quien le aseguró lo tocante á honradez y laboriosidad de su feligresa. Por otra casera que compraba géneros en su almacén, supo así mismo algo de los amores de Lucía, las señas del novio, y la extrañeza que ocasionara la brusca despedida de tan arrogante mancebo.

Con las orejas gachas volvióse D. Roque y dijo á su esposa:

—La chica es un tesoro de hermosura y de dignidad. Hacía meses que despidió á Jorge, y no habían vuelto á recibirlo. Su daño viene de otra parte, salvo que no sea un castigo del cielo. Y le refirió el crimen cometido con Lucía.

—Es menester repararlo, darle cuanto pida, que nada falte á esa desdichada niña.

—Pero es el caso, que me ha puesto en la calle, y no hay medio de que reciban nada que nos pertenezca.

—Yo la veré, entre hembras se arreglan mejor estos asuntos.

—Pues en tí confío, y manos á la obra, que nuestro hijo único se muere por momentos.

D.ª Lorenza, con esa intuición propia de una ma-

dre, se encerró con el enfermo. Cuando salió se la conocía un rayo de esperanza.

—Roque, dijo á su esposo, hay que intentar su salvación. Una lágrima ha brillado en los ojos de Jorge al pintarle su crimen y el estado de su víctima.

III.

Repetidas veces una señora conducida en una litera entraba casa de la bordadora, deteniéndose largo tiempo. En el barrio todo eran deseos de averiguar el objeto.

Nosotros tenemos precisión de saberlo.

Si huraña y desdeñosa se mostrara Lucía con don Roque, lo mismo fué con su esposa. La herida había sido cruel, y sus primeras ilusiones muertas en flor.

D.ª Lorenza, con una sagacidad admirable, se ganó primero la confianza de Petra, y despues entró en la difícil conquista de la sobrina. Esta no se daba á partido.

—No quiero ver esa gente, repetía. Es más, en cuanto reuna otra pequeña cantidad, abandonarémos á Granada para siempre.

—Perdona, hija, le contestaba su parienta. Dios perdona á los pecadores.

—Pero me ha herido á traición. Es un villano.

—Olvida las injurias, Lucía, la señora dice que está muy enfermo y arrepentido, que no abandona el lecho, y harto hacen en rogarnos con tanto comedimiento.

—¿Que pretenden, decidme?

—Que abandonemos estos sitios donde las murmuraciones no cesan, bajando á una morada cerca de la suya. Que cuando recobre la salud se casará contigo, y que se remediarán olvidándose los disgustos pasados.

—No me fio, puede ser con fines siniestros.

—De ningun modo, D.ª Lorenza es una santa.

—Siquiera por el ser que llevas en tus entrañas.

Lucía prorrumpía en gemidos y era necesario suspender el diálogo.

Por fin, avergonzada la jóven de su prolongado encierro, y de ciertas hablillas que llegaron á sus oidos, accedió por último á la mudanza.

La madre de Jorge la condujo á una preciosa casa, frente de la que ella habitaba. Allí sin lujo, pero con gran comodidad se instalaron; sirviéndoles comida y todo lo necesario de la primera.

Á los tres dias doña Lorenza quiso hacer una prueba. Condujo á Lucía al balcón, con el pretexto de que examinase los edificios comarcanos. Don Roque con su hijo estaban al acecho ocultos tras de unas cortinas. Al ver la jóven el mancebo dilató expresivamente el semblante, y con las pocas fuerzas que tenía para sostenerse, hizo ademán de marchar en su busca.

El padre le hizo señas de que se calmara bajo

promesa de que lo llevarían al dia siguiente. Se le conoció la inmensa alegría que experimentara, y el sosiego con que se colocó en el sillón de brazos, vuelto hacia los balcones.

—Si hay remedio para mi pobre Jorge, está, despues de Dios, en manos de Lucía.

—Cálmate, esposa, le contestaba D. Roque, mayores imposibles ha vencido el amor. Lo que ahora importa es que lo reciba bién en la primera entrevista.

—Ya está prevenida y de su buen corazon nada temo. ¡Á qué ángel fué Jorge á escoger como víctima de sus iniquidades!

—Bién lo sufre. Respetemos los altos juicios del Altísimo.

El enfermo, apenas le dieron de comer á la tarde siguiente, demostraba ansiedad por marchar casa de Lucía. Sin embargo, esperaron á que oscureciera. Entonces los padres lo condujeron agarrado de los brazos. Ver á Lucía y hacer ademán de arrodillarse todo fué uno. En cambio la niña, al mirarle tan enfermo, sin fuerzas, sin voz, el enojo que la cegaba acabó inmediatamente, dando entrada á la más generosa compasión. El cariño, comprimido por el justo resentimiento, que ya no tenía razon de ser ante tan grande castigo, brotó en su pecho, y las miradas de sus ojos, al cambiarse con las del mudo, fueron un dulce bálsamo para ambos corazones. Rezadas las Ánimas se marcharon, teniendo que prometer en alta voz, para sosegar á Jorge, la vuelta á la velada siguiente.

Así trascurieron otras muchas. Ningún reloj más fijo que el enamorado mancebo para avisar las Oraciones. Los gritos inarticulados que lanzaba eran un especial aviso. Lucía lo sentaba á su lado con el mayor cariño, lo acercaba á la lumbre, y le limpiaba el llanto que brotaba de sus ojos ante aquellas pruebas de afecto.

El doctor aseguraba á los padres que había escapado de las garras de la muerte, que lo restante era necesario esperarlo del tiempo y de la Providencia.

Llegó el momento esperado con ansiedad, en que Lucía iba á ser madre.

El médico y D. Roque tuvieron una larga conferencia. Aquel se encargó de la asistencia de la doliente.

Á Jorge lo dejaron en la habitación inmediata, presa de una terrible agitación nerviosa, cada vez que escuchaba los gritos de dolor de su amante. D.ª Lorenza le tenía asidas las manos sujetándolo.

Un gemido mayor que los anteriores sonó en la alcoba. Á los cortos instantes, se oyó la voz del médico que empujando á Petra le decía:

—Llevad el chico á que lo vea el enfermo.

Esta obedeció maquinalmente.

Jorge al contemplar aquella inocente criatura que le debía el ser, recorrió su cuerpo como una emoción electrica, rompió á llorar, y en seguida extendiendo los brazos, rota la trabazon de su lengua ante aquella emocion más poderosa, dijo.

—¡Hijo mio! prenda de mis entrañas, tú me has salvado!

En efecto, la curación se realizaba. El sabio doctor había acertado con su propósito.

La alegría no mata. Antes bién es una excelente medicina. Al siguiente de la cuarentena la Iglesia bendecía los esposos, y celebraba el bautizo del nuevo Jorge de Valduendo. El jóven, por completo restablecido, confesó á su madre su blasfemia y el castigo instantáneo recibido. Nadie, ni áun su esposa, tuvo revelación del milagroso suceso.

Á partir de aquella fecha, la buena señora cuidaba que desde la primera á la última vara de blancas azucenas que se criaban en los jardines, fuese á adornar la milagrosa imágen.

El público comentaba tan constante regalo, y mil versiones distintas corrieron de boca en boca (1). La devoción del Cristo tuvo un aumento considerable, sostenida por los sucesores del rico mercader.

Todos fueron felices bajo tan divino protector, no habiendo más discordias que las de D.ª Lorenza,

---

(1) Refiere el padre Chavarría, sin dar al caso época, ni el hecho por cierto, que estando rezando un hombre ante la imágen, como le importunara un mendigo, le respondió que no lo haría hasta que reverdecieran las azucenas, obrándose el milagro, y denominándose así el Cristo en adelante. Tengo por más exacta mi tradición, pues atendidos aquellos tiempos, y la piedad en quien se detiene á rezar ante una efigie no es de suponer blasfemara, ni menos respondiese desabridamente á un pobre en aquel piadoso ejercicio.

y Petra, sobre cuál había de tener por más tiempo en brazos al chicuelo. Hubo de intervenir D. Roque, poniéndolas á turno y banda, como los riegos de la Vega. Cuando despues se aumentaron los vástagos hubo para todos, aunque no consta si llegaron á cansarse de las gracias infantiles.

V.

Cuando la invasión francesa en 1811, se demolió, como tantas otras, este emblema del catolicismo español, y el cuadro venerando del *Santo Cristo de las Azucenas*, fué adquirido por una piadosa señora de aquella familia, que le siguió rindiendo el más fervoroso culto.

RUISEÑOR.

I.

¿Por qué llora Leonor?

Es la bella hija de D. Diego Vitoria y de Beatriz de Sandoval, tan favorecidos por los Reyes Católicos á causa de sus leales servicios.

Á este le premiaron con el nombramiento de *Jurado* de la ciudad de Granada, dándole magnífica casa en la colación de San Juan de los Reyes, en la esquina opuesta á la *mezquita de los Conversos*, purificada por Fray Hernando de Talavera.

Aquel edificio tenía un precioso jardín árabe, que cercaban por detrás los lienzos de muralla de la puerta de *Bib-albonut*, yendo á caer por Mediodía sus paredes, á la cuestecilla de frente de la plazoleta.

En el centro arraigaba un copudo ciprés, cerca de cuyo tronco un receptáculo de mármol, más grande que un pilón, y más pequeño que una alberca, recibía las cristalinas aguas, de un tomadero oculto en una gruta con honores de cueva, incrustada en el testero del costado.

Á este jardín, daba un elegante Mirab ó corredor

descubierto, sostenido su piso y su calada techumbre, por una serie de delgadas y primorosas columnas de Macael, con cifras y calados en las cornisas. Un blanco jazmín lo ceñía en parte, y un verde limonero contrastaba su perfumado azahar con el aroma de la planta enredadora.

Cuando en las noches de primavera la clara luna filtraba su luz velada por entre las picadas hojas del jazmín y un rayo hería la pura frente de la hermosa jóven, semejaba que un ángel la enviaba celestial saludo, ó que el astro de la noche la felicitaba como una hermana.

Pero sin embargo, por sus mejillas corren perlas de dolor.

Sus ademanes sin concierto, sus frases vagas é incoherentes, demuestran lo perturbado de su razón.

¡Loca, sí, loca, la castellana más apuesta, la rosa más admirada de los pensiles de Valladolid!

¿Qué lo motiva? Oidme, es una leyenda dulce como el aroma de la violeta, y triste como el suspiro del niño que vuela al cielo desde los brazos de su madre.

II.

Cuatro meses habían transcurrido desde que ocupaba con sus padres la nueva morada.

Los antiguos dueños, que pertenecían á la ilustre familia de los Aldorandines, no habían querido aceptar capitulaciones, retirándose al reino de Fez, donde fueron perfectamente recibidos.

Un pariente suyo, morador allí cercano, había quedado en el encargo de realizar los bienes que les restaban.

Era la estación de las flores.

La jóven gustaba de asomarse á la preciosa galería, contemplando por un lado los huertos y elevados edificios del Albaicín, y por el otro, los hechiceros adarves que como un cinturón de verdura rodeaban el alcázar y fortaleza nazarita.

Su imaginación vagaba placentera ante tan risueñas perpectivas, sin detenerse en un punto fijo, ni observar si era el blanco de curiosas miradas.

Solo le sorprendía que á las pocas veces de ocupar su sitio de recreo, el canto del ruiseñor llegaba hasta sus oidos.

Al principio era lejano, como de las alturas detrás de las antiguas murallas, y despues se iba acercando hasta resultar los trinos como desde las ramas del ciprés. Le chocaba lo sostenido de aquellos, impropios de tan débil pajarillo, y que además

eran precursores de una suave música de guzla, que resonaba en el mismo sitio donde sonaba el canto. Es más, si su madre ó su hermano, se presentaban en el mirador, todo ruido cesaba, como indicando que á Estrella únicamente se rendían aquellos homenajes.

Lo cierto es que ella aprovechaba cuantas ocasiones tenía de asomarse sola, para gozar de las misteriosas armonías.

Una tarde, ya cerca de ponerse el sol, tuvo curiosidad de descubrir si la canora avecilla, guardaba sus gorgeos para las noches. Presentóse al descubierto, y á pocos minutos un silbido modulado y penetrante se escuchara. Dirigió la vista al sitio de donde saliera, que fué en el torreón cercano, descubriendo sobre su plataforma un gallardo mancebo con traje morisco, que la saludó profundamente.

Estrella se ocultó ruborizada, pero desde el ramaje dirigía miradas escudriñadoras á su jóven vecino, teniendo como una interior complacencia en examinarlo.

El ave, como disgustada de la desaparición de la bella, cerró el pico, no escuchándose sus cánticos.

Aquella noche no, pero á la siguiente, bajo pretexto de una leve enfermedad se acostó más temprano, pero fué para asomarse en cuanto se recogieron los suyos.

El vigilante ruiseñor la aguardaba. Sonaron sus amorosos acentos, pero no ya en las murallas, sino al pié mismo del elevado ciprés.

Y aún le esperaba otra sorpresa; el musulmán que la saludára la tarde anterior, se hallaba, sin saber cómo se introdujo, en las ramas del florido limonero.

—Perdonadme, divina sultana, le dijo en lengua de Castilla, soy un atrevido en presentarme ante el nuevo sol que alumbra mi desventurada ciudad. Pero no temais un ultraje: jamás un servidor más respetuoso pudiera besar vuestras plantas. El amor que me devora es la causa; vuestra hermosura nunca vista me impele. Sois dueña de mi vida, respondedme si debo morir.

Estrella quedó confusa, trémula. En su aturdimiento solo acertó á contestarle:

—Idos, pueden castigar vuestra osadía. No me vereis más si os encuentro en el jardín. Entonces avisaré á mis padres.

—Pues como recuerdo eterno de mi primera ventura, dadme un ramo de esos jazmines, menos blancos que vuestros dedos angelicales.

—Tomad y marchaos.

El morisco se echó de un salto al pavimento. Besó con transporte las flores, y le añadió:

—Cuando el amante ruiseñor entone su cantinela, será seña, ídolo del alma, que necesito de tu presencia.

Y dirigiéndose al tronco del ciprés desapareció cual por encanto.

Estrella permaneció clavada en el sitio, muda de asombro, sin darse cuenta de lo que pasaba, no saliendo de su éxtasis, hasta que el trino del pájaro

se escuchó de nuevo en el torreón y el atrevido galán desde su elevado recinto le enviaba una cariñosa despedida.

III.

Transcurrieron bastantes semanas. La pasión todo lo vence, todo lo avasalla, y á sus ímpetus se borran las distancias, y se unen los más opuestos caractéres.

Estrella y Ben-Said se amaban como el ave que fué su emblema, y la pureza de sus palabras era igual á la fidelidad de sus juramentos. El jóven prometía abjurar su falsa creencia, y ella ser suya ó de nadie.

Semejante situación no podía ser duradera. Los padres extrañaron el estado de su hija, conviniendo en que estaba enferma ó enamorada.

Pedro, su hermano, alférez de piqueros, quedó en descubrir el enigma.

En sus primeras centinelas, escuchó sin comprenderlo el diálogo de los amantes, y conoció la raza del atrevido.

¿Cómo se introducía en el jardín? Las puertas estaban cerradas. En las tapias no se halló seña de escalamiento ni rozadura.

—Con paciencia todo se alcanza, se dijo el soldado.

Decidió ocultarse en la cueva del fondo del jardín. Á media noche el trino de un ruiseñor hendió los aires.

—Muy fuerte es el sonido para tan pequeña garganta. ¿Será una seña? Los infieles imitan diestramente los cantos de las aves, añadió Pedro, prestemos doble atención.

Acto contínuo Estrella apareció en la galería, y un bulto saliendo como del tronco del ciprés, se aproximó á ella.

Se oyó el ruido de un ballestazo y un grito de dolor mal reprimido.

La jóven cayó desmayada al ver á su hermano que salía del escondrijo blandiendo la espada. El aparecido despues de sus ayes de angustia, se perdió en el instante. Á las voces del alférez, acudiéron los criados con hachas.

Registraron hasta el último rincón, pero en vano. Unas manchas de sangre al pié del árbol y en la pila de mármol fué su único hallazgo.

—Esperemos la luz del dia para seguir nuestras investigaciones. Esta sangre nos servirá de rastro.

Así lo hicieron. D. Pedro, que era despreocupado como pocos, y ducho en las artes de sus enemigos, sospechó que la entrada del galán tenía que ser por un camino subterráneo.

Al asomar la aurora notó que el agua de la pila estaba turbia, y una de las losas conmovida y sangrienta.

—Dí con la clave, murmuró. Introdujo la hoja de la espada en una junta y saltaron unos resortes, dejando descubierta la entrada de una mina.

Pedro sin abandonar la espada, y seguido de dos escuderos que llevaban antorchas, bajó la estrecha escalera hasta penetrar en el subterráneo. No fué largo el camino. Unas cien varas anduvieron subiendo la pendiente, hasta tropezar con una compuerta de hierro, que franquearon, pues estaba cerrada. Se hallaron en el recinto de una de las torres que defendian el amurallado recinto interior, y de allí á pocos pasos en una estancia amueblada y con ricos tapices, donde en un lecho se veia al jóven morisco rodeado de sus servidores, que echaron mano á sus puñales al divisar los que llegaban. Un médico árabe, les hizo un signo de espera, y dirigiéndose al alférez, le dijo:

—Si buscais á Ben-Saib, ya es tarde. La ciencia es impotente para salvarle.

Los castellanos se detuvieron entristecidos.

—Te perdono mi muerte, hermano; estaría escrito; hubiera sido muy dichoso con la hermosa nazarena.

Poco despues, espiró.

Pedro volvió á su casa y contó á sus ancianos padres el triste desenlace de la aventura.

Estrella, al volver de su desmayo, manifestó los primeros síntomas de su enfermedad. Su locura era pacífica, pero incurable, hasta que murió una noche, como una luz que se consume, al pié del ciprés, sin sufrimientos y sin conciencia de su estado.

Cuando la rebelión de los Monfies, Pedro era ya capitán. En el combate de Dúrcal, un moro de los que servían á las órdenes del *Xabá*, atropellando las filas castellanas llegó á él atravesándolo de un saetazo. El arma decía: «Venganza por Ben-Said.» Los soldados hicieron pedazos al fanático.

IV.

Generaciones de vivientes se han hundido en el polvo. Reyes y soldados, damas y caballeros, trajes y costumbres, todo ha desaparecido. Y sin embargo el *ciprés encantado* se conserva erguido á través de los siglos, y el torreón se levanta aunque carcomido y desmoronado, indicio eficaz del espacio que ocupaba la primera muralla de la Alcazaba. Solo el camino subterráneo no existe y la casa del repostero de D.ª Isabel I es casi una ruina. ¿Quereis examinarla? Pues en el lado contrario de la Iglesia se descubre. Un pilarillo que parece un agujero se infiltra en su ángulo. El árbol de la tristeza eleva su copa sobre los escombros que lo circundan, y parece se inclina al sitio donde morara el enamorado ruiseñor humano, en cuya antigua vivienda solo el pájaro de la muerte reposa en las noches oscuras, lanzando su lúgubre y fatídico silbido.

EL PADRE ETERNO.

Leyenda.

I.

En la placeta de Santa Inés, subiendo la cuesta de este nombre y al número 7, se encuentra una antiquísima casa, cuya construcción pasa desapercibida á los naturales, pero no á los extranjeros.

Su orígen árabe se descubre con solo mirar el arco que la sirve de puerta de entrada; y los calados é inscripciones de encima, medio ocultos por una prosáica ventana de hierro, hacen fijar la vista á los anticuarios que descifran las sentencias de Corán que contienen.

Bastantes particularidades existen dentro. El techo del salón principal tiene las ensambladuras é incrustaciones de la época, y dos torres de áspera subida denotan sus muchos siglos de existencia.

Este edificio, donado cuando la conquista á mis ascendientes, ha sufrido las injurias del tiempo y la falta de habitarlo sus dueños, hasta hace poco que salió de nuestro poder.

Pero lo que llamaba extraordinariamente la aten-

ción de cuantos entraban en el patio, era una especie de cuadro pintado al fresco, representando ó queriéndolo representar, que es lo mismo, al Supremo Hacedor teniendo al globo terráqueo junto á sus rodillas, y señalando un sitio ambiguo, pues no se sabe si es á la derecha ó á la izquierda. Á pesar de las humedades, la pintura no está borrosa y se conserva bastante visible. La mayoría, creyendo que es señal de un tesoro oculto, han abierto infinidad de catas y agujeros en daño de la finca, pero nadie hasta la fecha tropezó con lo codiciado. Tal vez cuando las ruinas derriben sus cimientos, puede ser que haya algún afortunado mortal que dé con el sitio á que verdaderamente mira la figura.

¿Quién mandó colocarla? Lean y se enterarán los que gustaren.

II.

Don Lucas del Rincón y Zornoza, era el año de 1600 el decano y primero de los escribanos de la sala de hijosdalgos de la Real Chancillería de Granada. Sus emolumentos, sus chanchullos en los pleitos de nobleza y de cruzamientos, además del producto de fincas que disfrutaba en el campo de Criptana, le hacían pasar por uno de los curiales

más ricos y desahogados de cuantos manejaban la pluma en aquella bonancible época para los de su clase. Pero sin embargo, su morada, que es la que hemos descrito, y que llevaba en alquiler, servía de prototipo de la miseria y de la avaricia.

Su mujer, una castellana vieja, raquítica y enflaquecida, se había muerto; los murmuradores decían que de hambre, pues á instancias de su digno esposo, ayunaba todo el año, más que por ejercicio cristiano, por no comer y ahorrarse el gasto consiguiente. Quedóse D. Lucas con una sobrina recién traida de su tierra, á quién su robustez y poca edad ayudaban á soportar las privaciones, y la mandadera sorda que verificaba las pocas compras que en aquel tugurio ocurrían.

En el entresuelo, con comunicación al portal, se hallaba la escribanía, donde dos infelices mozalbetes garrapateaban de lo lindo, con prohibición expresa de comunicarse con el interior, así les faltara la vida, ó se ahogaran en el polvo que de la fecha de cada rótulo de legajo existia para delicia de su principal. Si tenian sed iban á apagarla al pilar de la calle de S. Juán, y si faltaba la luz y no había terminado su jubileo el escriba, entónces tenían órden de sentarse en los escalones de Santa Inés, hasta ser llamados despues de aviado y encendido por sus pecadoras manos el *belón de Lucena* de cuatro mecheros, que les ayudaba á quedarse ciegos por las noches. Brasero en invierno, Dios lo de; había una tarima como adorno, y todo el lujo que se permitía con sus dependientes en aquellos dias en que los

dedos de las manos no podían *hacer el huevo*, y menos por lo tanto escribir, era traerles cuatro ó cinco ascuas en la enorme copilla de hoja de lata, receptáculo inmenso de ceniza, pero con la condición expresa de que apagadas volverían al fogón de donde salieron.

Uno de los muchachos tenia quince años, una enorme cabeza y escasas facultades físicas é intelectuales, siendo únicamente una máquina de escribir. Su soldada la entregaba á su madre, y esta le tenia lo mejor mirado en lo posible. El otro, llamado Pablillo Luque, era más espigado y revoltoso. Cumplía sus diez y ocho primaveras, sino que la falta de recursos, pues eran muchos de familia le tenían espelerido y con remendados hábitos, y amén de lo triste del lugar, su frente no podía alzarse con dónaire ni permitirse el lujo de un barbero que lo restaurase.

En aquel antro es donde se hallaba á sus anchas el D. Lucas, y contemplando á los satélites, se consolaba algo de su fealdad, pues el escribano era de los que, como vulgarmente se decía, que le *daban un susto al miedo*.

Pocas veces conversaba con ellos, solo para designarles el trabajo, ó para censurar el lujo y despilfarro de otras escribanías que empleaban escobas y sacudidor de vendo, pendiente de su clavo detrás de la puerta. Los dependientes se aguantaban como estátuas, y el sermón concluía con unas frases de elogio á la dieta, que eran contraproducentes en los pobres chicos, á quienes hablar de comer, era

para, con una série de bostezos, dar seña y sazón de la carencia de panes que tenían sus estómagos.

Cuando falleció la cónyuge, descansaron de la esclavitud el novenario y hasta recibieron un pedazo de tafetan negro para corbatas de luto. Mas luego se volvió con doble ahinco á la carga, y á la vida monótona y sedentaria, hasta que un acontecimiento inesperado fué objeto contínuo de hablillas y comentarios.

La sobrina, que desde que murió su tia empezara á cobrar algunos ánimos, hizo presente al vejestorio, que era indigno de su cargo recibir á tanto caballero de título en el cubil de la escribanía, y que era necesario habilitar el estrado, y que un basurero se llevase á toda costa la mugre almacenada en las habitaciones.

Por poco si D. Lucas la golpea, ante aquella inesperada y extraña invitación; pero Mariquita de las Nieves, que era el nombre de la muchacha, amenazó con irse, reconviniéndole que contaría en su tierra que el señor golilla habitaba en una pocilga, en vez de una casa de séres racionales.

Este consintió al fin, suspiró hondo y se fué á la Audiencia á despachar, para no ser cómplice de semejante desaguisado.

Á la vuelta notó que se habían fregado las escaleras, y en la sopa un sabor nuevo y agradable. Era que se había partido, para darle sustancia, un jamón monumental, regalo de un futuro santiaguista, y espejo donde se miraba con delicia. Dos lágrimas humedecieron sus gafas verdes, pero no hubo

regaño ni anatema; antes bién, se engulló dos magras y fuese á dar el cuotidiano paseo al Aljibillo.

¿Había ocurrido también novedad en el escritorio? Principio quieren las cosas para concluirse.

Solos estaban los gárrulos, cuando un ruido inesperado vino á sorprenderlos.

En un ángulo del testero principal sonaron los primeros golpes. ¿Quién pudiera figurarse que existiese allí el más pequeño ventanillo? Pues junto al techo se encontraba. Mas las pocas luces, las telarañas inmensas que formaban una capa impenetrable, y la suciedad que cubría los agujeros de la rejilla de alambre, le daban el aspecto de un macizo torreón sarraceno.

Á los envites del sacudidor cayeron sobre la esquina de la mesa moscas antidiluvianas y restos de materiales desconocidos, y cuando los asombrados escribientes no acertaban á explicarse el suceso, se oyó una voz sonora que decía:

—Mancebos, ayudad por ese lado golpeando aunque sea con la bayeta de limpiar las plumas.

Pablo, como más ágil, se subió en los brazos de un antiquísimo sillón de baqueta y ayudó al tragín, penetrando una luz desconocida hasta entonces; pero cuando más absorto se encontraba en desempeñar su cometido, abrió desmesuradamente la boca, y bajándose exclamó:

—Ruperto, vaya una sobrina que tiene el principal. Sus mejillas chorrean sangre, como las sandías del Soto, y tiene unos brazos como mis dos piernas, y despues unas...

—Calla, calla, endiablado, si D. Lucas sabe que miraste para adentro, nos lleva á la Inquisición. ¡Ave María Purísima!

El muchacho se aquietó entonces, pero sin apartar la vista de aquel extremo. De pronto se eclipsó la luz y un paño ó trapo oscuro tapó perfectamente lo deshollinado, volviendo la cueva á sus tinieblas acostumbradas.

Los jóvenes recogieron la basura en unos papeles inútilles, para que no se conociese el acto, la arrojaron al sótano, y siguieron copiando genealogías y hazañas más ó menos verdaderas.

III.

Cuando D. Lucas volvió á las oraciones á su casa, se halló que de la puerta interior adentro todo estaba brillante y metamorfoseado. Su alcoba olía á espliego y el lecho ostentaba unas sábanas limpias, lo que demostraba un atrevimiento sin límites. El corazón quería saltársele del pecho. Echó la llave para reflexionar á sus anchas y entabló el siguiente monólogo.

—Nieves me arruina. Esto no debo tolerarlo de ningun modo. Verdad es que la comida ha sido excelente, y qué cuando uno se acostumbra á los

buenos olores, ya no hay recurso, sino dejarse arrastrar hasta el abismo. Que se vuelva á la montaña, y me acomodaré con la Dorotea. ¿Qué diría la que se pudre ante tanto despilfarro? Muy mísera era; más que yo, que es cuanto se puede asegurar; pero así juntamos este oro que tanto me encanta. Me pasaré sin ella, me decido. Pero algo se ha de conceder á los pocos años. Mi costilla con su flato ardiente estaba hecha un almacén de huesos, y esta sobrina es tan fresconaza y ardilosa. Durmamos, que el sueño es buén consejero, y el Señor dispondrá.

El vejete se introdujo en el lecho blando y desahumado murmurando:

—Yo estoy ágil aún, no he cumplido los setenta y el dinero hace milagros. Tendría que verme con algún pequeñuelo en la falda.

Este extraño pensamiento le hizo producir en una mueca que aumentó su fealdad y se quedó dormido frotándose las manos de placer.

IV.

El cambio verificado en el domicilio de D. Lucas fué el pábulo en mucho tiempo de las conversaciones curialescas. Le dirigian sendas pullas que se tragaba impasible, y se vengaba en acceder á cuan-

tas peticiones y gastos le exigía la María de las Nieves.

El acontecimiento de un domingo, fué verle en misa mayor con la sobrina. Estaba desconocido. La peluca era flamante y hasta con rizos, y la casaca y chupa que tenían un color de ala de mosca, raida y mugrienta, se cambió en un completo traje de paño de seda, con zapatos charolados y medias sin señales de celosías. Hasta se desenterró del arca una caña de Indias con puño de macizo oro, y los anteojos se cambiaron en cristales ahumados sin guardapolvos. El sombrero de candiles estrenándose, y si al escribano se le hubiera podido añadír otra fisonomía menos repulsiva, fueran las cosas tortas y pan pintado.

—Ya chochea el buen hombre, decía un alguacil mayor, con quien tuvo malas cuentas. Esto huele á boda y despues á cementerio; que casamientos, caidas, etc., son el punto final para los ancianos.

—Déjele usted, D. Blas, respondía un receptor chancero, como toda su vida ha comido de vigilia, ahora quiere saborear la carne, y en eso hace bién.

—Y la muchacha no tiene viejo ni para empezar. Será pobre y tendrá que apechugar con todo. Es guapota y saludable.

—Y ordinaria, amigo mio; camina como las vacas de su país. Pero que quien la ha de besar que la busque la boca; nosotros los que tenemos tratos y contratos con D. Lucas, hemos ganado dos cosas; una, que está de mejor humor hace algunos meses,

y otra, que no hay que echarse en legía como antes al salir del escritorio.

Y era verdad cuanto se expresaba en este diálogo.

¿Qué lo motivaba? Los acontecimientos futuros lo irán explicando.

También los consejos, ó ya casi las órdenes de la nueva señora, habían alcanzado á la oficina. Aunque suspirando, pues era cruel el sacrificio, les había llevado á los escribientes dos escobas de caña, un plumero y unas rodillas, y órdenes de barrer y asear diariamente, ayudados por la mandadera. ¡Lo que salió de escombro en los primeros dias! La atmósfera de la placeta se nublaba y el vecindario acudió en memorial al Corregidor con sentida queja. Por fin se limpió el nuevo establo de Augías, y los ánimos recobraron la calma.

Puesto en el precipicio, el avaro quiso hacerse amar de los suyos. Aumentó la soldada á los amanuenses, y les regaló un traje para las fiestas. Por fin Pablo, pudo dedicar algunos maravedises al barbero, y arreglada su desaliñada cabellera, y lavada su vera-efigie, se presentaba un mozalvete talcualejo, salvo el hocico de zorro, que lo designaba siempre como tipo de astucia y malignidad.

¿Pero á qué milagro ó hechizo se debían estas asombrosas variaciones? «Todo lo vence el amor,» dijo algunos siglos despues el galan de la comedia de magia, *La Pata de Cabra*; pues bién, ese niño vendado é insconsciente era el autor de semejantes calaveradas. El gusanillo roedor se metió en el pe-

cho de don Lucas y la imagen de la sobrina no podía salir ni á tres tirones de su mente. Tomó una determinación heróica: decidióse á contraer segundas nupcias.

—La Nieves, se decía, es simplota; no está baqueteada en amoríos ni devaneos, y ante las amarillas que le enseñaré, y el deseo que manifiesta de echarla de ama, no digo un sí, sino una docena dará presurosa. ¿Pero debo hacerlo? ¡Toda una vida de privaciones para despues este derroche! Lo principal es pasarlo bién, y ya es una necesidad para mí la muchacha. Que murmuren cuanto gusten los de la *Casa grande*, yo tendré una esposa jóven y pasaré alegre el resto de mis días.

Una semana estuvo en estas vacilaciones. La sobrina triunfaba y gastaba, pero relucía el casaron, y era una delicia el tufo que exhalaban las hornillas.

Despues de los oficios de un domingo, D. Lucas la llamó á su gabinete.

Á cualquiera otra le hubiera impresionado el aspecto del escribano, pero la lugareña había aprendido en poco tiempo las lecciones de su consejera áulica la mandadera, que no perdonaba su parte del botín, y se presentó sonriente como una diosa, aunque de tercer órden.

—Sobrina, le habló con un tono como si cantase vísperas. Un asunto gravísimo he de comunicarte: se trata de tu honra, de la mía.

—Señor, me asusta usted. Pues si no se abre un resquicio de ventana sin su permiso.

—Ya lo sé, cálmate. No se trata de eso. Cuando

vivía la parienta (Q. E. P. D.) nadie tuvo derecho para murmurar. Pero hoy, tú eres jóven y bién parecida (esto lo dijo relamiéndose los únicos tres dientes que le quedaban), yo soy un hombre aún fresco, y... vamos, esta situación es insostenible. He resuelto por hacer una obra de caridad contígo, que nos casemos segun manda la Santa Madre Iglesia, dentro de dos meses, siempre que tú lo aceptes gustosa, y no por el porvenir que te aguarda, porque serás muy rica, sino por contento de mi persona. Te doy tres dias de término para que lo reflexiones y des respuesta. Entonces escribiré al pueblo y se pondrán todas los diligencias al corriente.

Nieves se echó á llorar mitad de regocijo y mitad de pena, pero reponiéndose le dijo:

—Bién le consta la gratitud que le profeso. De esto al cariño solo hay un paso: Si usted ampara una pobre huérfana, yo no olvidaré nunca el beneficio. Bién ha experimentado ya cuánto le cuido y lo venero.

Como se ve, la palurda no se mordía la lengua. Don Lucas se infló de júbilo como una esponja y sacando de su papelera una caja con una preciosa gargantilla de corales, se la entregó diciendo:

—Toma, principia á constituir tu ajuar, y desde ahora puedes reputarte como el ama de cuanto poseo.

Nieves cerrando los ojos se echó en sus brazos, y luego se fué corriendo como avergonzada de su acción, ó, más bién, á consultarlo con su amiga. El

futuro marido la vió salir, y asomándose á un espejo que le servía para rasurarse, exclamó:

—¡Lo que hermosea el dinero! Bién hice en conservarlo para estas ocasiones.

¿Pero sería por afecto al vejestorio, por sus monedas, ó por otras razones por las que Nieves estuvo tan propicia?

Vamos por partes á dilucidarlo.

V.

Desde que el larguirucho de Pablito, comunicó á su contrahecho colega la agradable visión descubierta por la rejilla de alambre, no cesó su mente de soñar con las perfecciones de la sobrina de su amo. Y cuando merced á las locuras de este se aliñó su rostro, y se cubrieron las ventanas de su ropilla, decidió nada menos que la conquista de aquella inexpugnable fortaleza. ¿Mas cómo verla ni hablarla?

En las ausencias de D. Lucas del despacho, con la agilidad de un mono se encaramaba hasta el tragaluz, y con las largas tijeras de la escribanía levantaba las esquinas del paño interpuesto, dirigiendo sus lúbricas miradas al patio interior. Dos ó tres

veces le sorprendió María de las Nieves en aquella postura, y sea por el gesto suplicante del mozalvete ó porque no la desagradase el atrevimiento, nada dijo al tio, contentándose con sonreirse al subir la escalera, enseñando unos robustos cimientos, y esto más tuvo que añadir Pablo al cúmulo de perfecciones que la descubría.

El cabezudo, aunque su corta inteligencia no le demostraba el alcance de los ejercicios gimnásticos del pasante mayor, sudaba y trasudaba temeroso de que asomara el cuello D. Lucas, y se diera todo por perdido.

Pablo lo tranquilizaba regalándole algunos trozos de tabaco negro que eran las delicias del imberbe.

Así las cosas, cogió un fuerte catarro el viejo, y tuvo que franquearse la puerta al muchacho para leerle pliegos y recogerle algunas firmas de urgencia. Aprovechó la ocasión el tuno, y al cruzar los corredores entregó á la Nieves un muy doblado billete con un corazón traspasado de aguda flecha y no cortos renglones, prodigio de muchas veladas caligráficas. Á la niña le estorbaba lo blanco de los ojos para tales lecturas, pero lo guardó en el corpiño, y no puso mala cara al atrevido, aunque previniéndole que no volviese á papelearla.

Al pronto no quiso franquearse con la mandadera; pero esta, que conocía la aguja de marear, y que por algo le llovian mendrugos y desperdicios en la cesta, en uno de los coloquios que tenían en lo más recóndito de la despensa, la dijo:

—Fuera necesario estar ciegos para no conocer la voluntad quo te profesa el amo. No desperdicies la ocasión, que poderoso caballero es don dinero. La gallina vieja hace el caldo, y no hay nada más horrible que la necesidad. Sábete, hija, que con un caldero viejo se remienda uno nuevo, y ya tendrás en tu tierra algun gañán de seis palmos por quién te despepites. Espera, espera, que el tiempo todo lo alcanza. Lo importante es que no se escape de la jaula el pajaro que está para caer.

—Ese es mi deseo, tia Mónica, contestó la taimada, y aunque fuera Matusalen apechugaría con sus arrugas, por tal de llamarme doña, y tener alepines y gitanillas. Pero á usted me confío, no es de mi pueblo el galán que me reservo, sino de la oficina, en la persona del escribiente más crecido, que me ha endosado este geroglífico, ignorando sin duda que no se leer ni escribir.

—Trae, paloma, ¡y qué corazón y como gotea tinta! Afortunadamente, tengo un primo sochantre, que lo mismo se deletrea un alfabeto que entona un responso. Mañana sabrás el contenido.

Y sin leerlo, cualquiera puede figurárselo. La declaración amorosa más incendiaria y churrigueresca que puede salir de una pluma de ganso. Tales las usaba el bueno del escriba.

Por el pronto no obtuvo contestación, pero la Mónica movió el pandero, terminando por varias entrevistas peligrosas por ser á la hora del canto del gallo y por una ventana que se abría sobre la cuesta.

Así andaba el negocio, cuando la franca declaración de D. Lucas. Desde aquel instante fué declarado Pablillo suplente, y se le previno que cesaban las conferencias hasta segunda órden. La palurda tenía una gramática parda de primera fuerza. Si enamorado estaba el jóven, más le superaba el viejo. Este quiso dar el último golpe. Reunió cuantas alhajas poseía, todo el oro que había amontonado con sus rapiñas y avaricias, y hasta los títulos de sus haciendas, y colocándolos en magnífica perspectiva en un arcón de dos llaves, lo enseñó majestuosamente á su futura. Esta vez al mirarlo por poco se desmaya de veras.

—Cuanto aquí ves, mayor que el dote de una duquesa, será para tí, si es leal y verdadero tu cariño.

No exageramos al afirmar que María de las Nieves hizo cuantos juramentos se le exigian, y que desde entonces su ídolo, la ilusión de su mente, fué la nueva *arca de la alianza*, causa eficiente y primordial del nudo que principiaba á entretegerse.

Á pesar de las prohibiciones, Pablillo no dejaba su ejercicios aéreos, suspirando que partía los corazones. Es decir, los que fueran sensibles, porque el del maltrecho se daba á Lucifer, amenazando con irse para no envolverse en semejante fregado.

La Mónica, que conocía el pié de que cojeaba la montañesa, convencía al chico, y hasta lo aquietó con la promesa de una futura entrevista.

Dos amonestaciones iban corridas en San Pedro, y se discutía en el patio chancilleresco la forma y

modo de la cencerrada para el dia del lance, con aquiescencia del Sr. General Presidente, cuando entró en su despacho el escribano. No se hallaba en él Pablillo, sino el compañero. Este se le acercó temblando y alargándole un papel le dijo:

—No me descubraís, señor, por la Vírgen, que estoy inocente de todo.

Lo leyó D. Lucas, se puso lívido que daba espantó, y preguntó enronquecido:

—¿Cuándo hablarán?

—Esta noche á las doce.

—Toma un doblón, y vete con cualquier pretexto; á observar á los cómplices.

Lleno de disimulada ira subió á sus habitaciones, pero de repente pensó:—¿Y si es una calumnia de ese reptil, por envidia á su compañero?

Santo Tomás, ver y creer, aguardemos.

Y sosegado por completo se puso á la mesa, donde fueron tantos los primores culinarios que le presentó la sobrina, y tanto el mimo con que le excitaba el apetito, que al bajar por las escaleras estaba en ánimos de extrangular al inicuo delator.

No obstante, como los viejos son desconfiados y duermen poco, despues de haber hecho mil carantoñas á la muchacha, elogiando la condimentación del chocolate que con bollos de las monjas le sirviera, y rezadas las Animas, se retiró á descansar, corriendo con gran estrépito las llaves, pero en falso, y vestido se echó en el lecho.¡ Qué horas tan largas le parecieron las trascurridas hasta escuchar la campanada de las doce!

Momentos despues oyó un ténue silbido por la parte del costado de la casa, y ruido de pasos en los corredores. Miró por el ojo de la llave, descubriendo á su futura que descalza y con una linterna sorda que encubría con las manos, abrió una reja que daba al sitio donde se escuchara la señal.

Don Lucas sufrió un paroxismo de furor, pero volviendo en sí, y confiado en la oscuridad, se acercó á gatas hasta ponerse en el quicio de una puerta, desde donde poder escuchar el diálogo de los traidores.

—Quiero saberlo todo, murmuraba: este es el castigo por haber malgastado parte de mi oro, de ese adorado metal que nunca engaña, y que siempre se muestra reluciente y consolador á quien lo posee.

Nieves tenia la voz gruesa, y aunque hablaba muy bajo, era facil percibir sus frases.

—No te enceles, bobalicón, decía á su novio, es como si me casara con el estante de pino de la oficina. Quizás sea más moderno que mi tio. Cuando se muera, que procuraremos lo verifique pronto, entonces se celebrará nuestro bodorrio, y con sus peluconas nos daremos vida de príncipes.

El muchacho parecía responder gimoteando.

—Anda, simple, no tardaremos un año en estar en mi tierra, donde nos han de llamar usias. ¡Si vieras que rico es el vejestorio! Tiene diez sacos llenos de onzas de oro mejicanas.

Don Lucas se desgarraba el pecho con las uñas. No quiso escuchar más, y arrastrándose volvió á su

alcoba echando espumarajos de rabia. Más de una hora se le fué pensando su línea de conducta, hasta que ya decidido, quedose como insultado en el lecho.

VI.

Quien á la mañana siguiente hubiera contemplado el rostro placentero y francote con que se presentó el escribano á la hora del desayuno, cómo había de suponer la horrible tempestad de la víspera.

Solo el cerco amoratado de sus ojos fuera la señal inequívoca, pero las gafas ceñidas más que de ordinario, lo estorbara.

—Cobíjate Nieves, le dijo á su sobrina; que te acompañe la Mónica, y compras casa de los Genoveses dos piezas de lienzo de hilo. Yo cuidaré de la casa, que tengo que arreglar unos legajos. El domingo es la tercera, que no te se olvide, futura dueña.

—¿Qué ha de olvidárseme, si lo estoy deseando?

—Ya me consta, le replicó con una sonrisa endiablada el presunto.

Despues pasó á la oficina y envió á recados distantes á los dos escribientes. Cuando se quedó solo, corrió el cerrojo de la puerta de en medio, dedicán-

dose á una faena superior á sus fuerzas. Segun las crónicas, el arcon que contenía sus tesoros fué desocupado y estos enterrados en el más oscuro rincón del edificio, ocupando el sitio de las monedas los talegos de cañamazo rellenos del escombro que sacara del agujero.

Cuando los ausentes dieron la vuelta, era imposible notar nada de cuanto había sucedido.

Pero su avanzada edad, y el terrible disgusto de la traición experimentada acabaron con su salud. Como una leona combatió la Nieves contra la dolencia, temerosa de que se le escapara su fortuna, pero en balde. El doctor declaró que el escribano se moría, confirmándose más con un síncope que experimentara.

Entonces la alcoba se vió invadida por Pablo y la Mónica, que ayudaban á la sobrina á la apertura del arcón, llamándose todos á la parte.

Cuando sonaron las primeras vueltas de la llave, Don Lucas hizo un profundo extremecimiento, que aterró á los circunstantes, espirando con una sonrisa diabólica.

Sin cuidarse de su protector siguieron en su criminal tarea. Pero el desencanto fué cruel. *Las peluconas* se habían vuelto guijarrros, y únicamente estaba un papel arrugado que Pablo, conociendo la letra de su compañero, se metió en el bolsillo.

Fué preciso dar noticia de la defunción, y entonces otro colega de D. Lucas se presentó incautándose del resto de la hacienda y notificando á María de las Nieves que estaba allí demás, pues los herederos

eran otros deudos, que residian en Castilla, según disposición testamentaria de fecha muy reciente. Diez doblones que le entregaron, la dejaba para los lutos.

La venganza fué terrible. Pablito leyó á su amante la denuncia del contrahecho y desapareció.

Aquella misma noche recibió el delator una terrible puñalada. El criminal no pudo ser descubierto, afirmándose de público que Pablo se había enganchado en una bandera para Flandes.

El tema de las conversaciones fué, como era de esperarse, el testamento y la burla de la futura, á quien demostraba tan grande amor. Algunos vecinos que advirtieron las entrevistas de la reja, dieron en el quid, y por la punta del hilo se devanó toda la madeja.

María de las Nieves, lloró de corage bastantes dias; pero al fin la Mónica, que lo mismo era para un barrido que para un fregado, la colocó de ama de gobierno, con un señor canónigo, y allí concluyó de engordar de tal manera que semejaba á un tonel viviente.

VII.

Mientras los herederos llegaron á la capital, la casa estuvo cerrada, tomando el aire triste y medroso de un edificio sin moradores. Cuando la abrieron de nuevo, afirman que el cuadro estaba pintado en el sitio en que hoy se encuentra. ¿Quién fué el autor? Se ignora. El vulgo afirmaba en aquel entonces, y se refiere al presente, que el alma en pena del escribano andaba en el ajo, y que la figura del *Padre Eterno*, indicando un sitio que nadie descubrirá, es la careta con que se encubre Don Lucas, cuyo espíritu maligno incrustado en la pared, obtiene compensación de su desventura en el goce que le proporcionan cuantos avariciosos se dedican á investigar su tesoro.

LA CASA DE LA YEDRA. [1]

Tradición.

I.

Si ha nacido para amar
ó bién para ser amada,
es cosa de averiguar,
en la esclava de Aliatar,
un caudillo de Granada.

Moro de estirpe y valía
y deudo del soberano,
ya mostró su bizarría;
¡cuando olvidará el cristiano
la rota de la *Ajarquía!*

Allí cual tigre sediento
tiñó de sangre la tierra;
bién han sufrido escarmiento
los que con loco ardimiento
remontaron á la sierra.

(1) Leida en el gran teatro de Isabel la Católica, en la solemne distribución de premios del Certámen del Liceo en Junio de 1886.

Fueles el destino avaro:
yace rendido el león
y sin brillo aquel sol claro,
mientras alza *Gibralfaro*
rojo y triunfante pendón.

Y es que Málaga orgullosa
celebra el triunfo también;
¡qué presa tan codiciosa!
¡qué botín! y cuánta hermosa
para el impúdico harém.

Por eso júbilo exhala,
y es del caudillo la gala
amoroso conducir,
á una doncella que iguala
la nieve del *Solair*. (1)

Ya siente amantes destellos,
sus manos al talle cruza,
y mira ser los más bellos
los largos rubios cabellos
de la vírgen andaluza.

Un fuego desconocido
abrasa su corazón,
que apresura su latido,
y casi desvanecido
la sostiene en el arzón.

---

(1) Así denominan los árabes á la Sierra Nevada.

Jamás tan grande hermosura
ni pena mayor se mira:
ya le envidian su ventura
cuando al corcel apresura
bajo la puerta de Elvira.

Y es que sueña en ocultar
el tesoro que recaba,
creyendo un siglo tardar
su palacio en franquear,
el que tiene en la *Alhacaba*.

Estancia donde primores
labraron manos divinas
para gozar sus amores,
las que habitan en las flores,
las houríes granadinas.

Y allí entre el lujo que impera
sin darse razón de nada,
amargo pesar la altera,
que es la rosa trasplantada
de los campos de Antequera.

Y no es que ofensa ni ultraje
reciba de su señor;
que en rendido vasallaje,
su vida á cambio de amor
le diera el abencerraje.

Por eso al mirar su pena
se olvida de sus enojos

y el desdén que le enagena,
y solo vive en los ojos
de la hermosa nazarena.

Tal vez aguarda en su anhelo
que el cariño que atesora
logre derretir el hielo,
como disipa la aurora
la oscura sombra del cielo.

II.

De ese palacio al confín,
en oculto camarín
se libra ruda batalla;
es una pena sin fín
que se siente y que se calla.

Ya la esposa favorita
en el musulmán no impera
y con los celos se irrita,
y es la africana pantera
que vengarse necesita.

Sus ilusiones han muerto
y todo en ella pregona

ódio, rabia y desconcierto;
¡quién amansa la leona
cuando ruge en el desierto!

¿Quién diera á la mora altiva
esos terribles pesares?
¿Quién halla de amor cautiva
á Zaida, la joya esquiva
del alcaide de Comares?

¿Quién de tan pronta mudanza
puede calmar los desvelos,
si cual torbellino avanza
de una perdida esperanza
el fantasma de los celos?

Nadie: si del bién perdido
el recuerdo nos abruma,
es fuerza darlo al olvido,
que es del mar enfurecido
ola que se vuelve espuma.
. . . . . .

Ella entre tanto gemía,
y él constante en su pasión
aguarda vencer un día;
que algo logra la porfía
en luchas del corazón.

Y lucha que en el retiro
entre jóvenes se labra,
que se concluya no admiro,

si hay de por medio un suspiro
ó una sentida palabra.

Que á veces llega á ocurrir
despues de tanto insistir,
que en los fingidos agravios
los ojos van á decir
lo que se callan los labios.

Y algo parecido hubiera,
puesto que escucha el infiel,
despues de tan larga espera,
una frase lisonjera
de la divina Isabel.

Con rubor en el semblante,
hecha un capullo de grana,
tímida dice á su amante:
—Si juras mi Dios, constante
te querrá la castellana.

Aliatar, de gozo ciego,
cayó rendido á sus piés:
quizá conceda su ruego;
mientras el cuadro á través
contemplan ojos de fuego.

Es la Zaida: en su furor
lo oye todo por su mal;
produce el mirarla horror;
entra, y agudo puñal
clava á su antiguo señor.

Huye de aquel aposento;
y él lanza el último aliento
ante quien dió vida y alma,
como se troncha una palma
al rudo soplo del viento.

Y ella, que los dulces lazos
de un amor nunca sentido
mira romperse en pedazos,
lanzando triste gemido
se arroja y muere en sus brazos.

III.

El valor y la hermosura
pues tanto el cariño abarca.
es separarlos locura;
tengan juntos sepultura,
que así lo ordena el Monarca.

Y, notoria maravilla;
á poco, una yerbecilla
brota del muro en la piedra;
aquella débil semilla
se hace trepadora yedra.

Nadie el portento rechaza,

más bién al hecho se enlaza,
y respetan el palacio;
que ya su anchuroso espacio
la verde yedra lo abraza.

Y el vulgo afirma severo
que, logra dicha y fortuna,
el amante verdadero,
que un tallo corta ligero
en clara noche de luna.

IV.

Quien el *Albaicín* visita,
del tiempo ve la carcoma
que con pujanza infinita
ya agujerea una ermita,
ó un edificio desploma.

Y en las torres altaneras
que ostentaban las banderas
de los rudos vencedores,
crecen silvestres higueras
y nopales punzadores.

Y apenas de su furor
se ha podido reservar

de algún muro al interior
el *solo Dios vencedor,*
la divisa de Alhamar.

Así el palacio aludido
en ruinas hoy convertido,
es amenaza constante,
y á gente sirve de nido
pobretona y maleante. (1)

Pero el vulgo con fé santa
la tradición no quebranta,
y afirma á propios y extraños,
que hasta hace cuarenta años
vivió robusta la planta.

Dando todos por seguro
sin dudas ni vacilar,
que en misterioso conjuro,
se uniera la yedra al muro,
como Isabel á Aliatar.

Y aún se refiere la historia
de quien arrancarla ordena,
y abominan su memoria,
que su poesía y su gloria
al pueblo siempre enagena.

Que si uno del otro en pos
al rayo amante que alumbra

(1) Hoy cuesta de la Alhacaba, núm. 40

pudieron morir los dos,
no choque, que se acostumbra
en esta tierra de Dios.

Pues de sus dones colmada
tanto enaltecerla quiso,
que á su belleza preciada,
no le llaman paraiso,
porque se nombra Granada.

LA CASA DEL VOTO.

Leyenda.

I.

La jóven se llamaba Dolores.

Su padre tejía capotes allá por el año de 1715, en la calle del Agua, en una fábrica de lanas, y era hombre de bién todos los dias excepto los domingos y los lunes.

Lo que ahorraba del jornal lo gastaba en embriagarse hasta caer en las calles, ó ser la irrisión de sus compañeros.

El maestro regañaba á menudo al *Perete*, apodo que tenía el infeliz de Pedro Sanchez.

—Lo digo por tu bién. Siguiendo esa conducta enfermarás y entonces tu pobre hija tendrá que pedir limosna. Recuerda que es hermosa como un sol, que la dejas abandonada y la expones á muchos peligros. Si te quitaras de la bebida y recogieras á tu suegra que la acompañara, tu hogar pudiera ser en lo sucesivo otra cosa. Eres hábil en el arte. Si prometes obedecerme te daré tarea para la semana.

—No se canse usted, señor Tomás. Lo que hago

está en la masa de la sangre. Bebo para olvidar á mi mujer. Quisiera estar siempre relleno de aguardiente. Mi hija es un ángel, que me aguanta con una caridad y un amor que cuando estoy fresco lo conozco, y eso que mis manos ayudan á mi locura; así es, que desgraciado del que la mire con malos ojos. No podrían escribir los oidores de la Chancillería los delitos que cometería para vengarla. En cuanto á la tia Brígida, doblemos esa hoja; yo vivo en la placeta de Luque, y ella en la Isla; pero si la viera atravesar la calle de San Luis, para venir á mi casa, entonces la vuelta sería llevándola entre cuatro. Tengo mis motivos.

—Injustificados, Perete, sin fundamento. Era lógico que se enfureciera cuando golpeabas á su hija.

—Pero me maldijo, y así me veo, añadió con ronca voz. Y tengo dentro un gusano que me roe las entrañas, y me lo ha enviado ella, porque es bruja.

—Sosiegate, infeliz, le decía el maestro; ese daño que sientes es producto de las bebidas espirituosas. Toma sendos vasos de tila, y despues me darás las gracias.

El hombre prometía enmendarse. Cinco dias estaba tranquilo, aunque taciturno y silencioso, y la pobre hija esperaba de la Vírgen, de quién era muy devota, que el milagro continuase. Pero los buenos propósitos faltaban; y medio loco, desatalentado volvía de noche, golpeando á la muchacha y haciendo añicos los restos de su miserable ajuar.

Cuando la abuela recibía noticias, por los vecinos, del desastre, redoblaba su enojo, y mesándose los cabellos, decía:

—Dios me ha dejado en el mundo para que vea el castigo de ese asesino, y me dará vida para que proteja á mi pobrecita Dolores.

Estas frases llegaban también á oidos del Perete y aumentaban su rabia.

En la calle próxima habitaba un oficial de carpintero llamado José Martinez, de veinte y cinco años de edad, y huérfano.

Una parienta lejana lo asistía, y contra la costumbre de muchos de su clase, no tenía vicios, ganando un crecido jornal en las obras de la ciudad. Oía misa y era mayordomo de las benditas Ánimas, muy estimado en aquellos contornos. Este puso los puntos en Dolores, pronto á contraer matrimonio, empleando sus ahorros; pero recibió dos repulsas, una de la favorecida, y otra de la Brígida, á quien fué á tomarle parecer.

¡Cosa extraña! La jóven, modelo de hermosura y de honestidad, con la gracia peculiar de las andaluzas y el sello africano en sus negros ojos y en su moreno cútis, aunque libre de todo pensamiento amoroso, sea por los disgustos de su padre ó porque el artesano no le agradase, le contestó con benevolencia que estimaba su distinción, pero que nunca pensaba en adquirir obligaciones. La vieja fué más explícita.

—Aguanta tu cariño, José, le respondió, ese inícuo que ha quitado del mundo á mi hija, y ahora

repite lo mismo con mi nieta, es un abismo insuperable entre todo lo que sea ventura en la familia. Dios, que desde lo alto ve lo que pasa, sabrá disponer lo conveniente.

Y agarrando la rueca, con cuya ayuda mantenía sus cortas obligaciones, le daba vueltas vertiginosas, repitiendo:

—He de ver el castigo, he de verlo, y pronto.

II.

Perete, como buén egoista, tampoco aprobaba las pretensiones del carpintero. Pensar que podian quitarle el dominio de aquella mártir que le cuidaba como un ángel, y habituarse á la idea de vivir con un yerno que le echase en cara sus vicios, era cosa que le sumía en la desesperación.

Así es, que en una de sus borracheras lo insultó y quiso maltratarlo, concluyendo por quedar tendido en sus umbrales. José se hizo el prudente aguandando la pena del desvío en solicitud de mejores ocasiones, y en este estado trascurrieron algunos meses.

Por entonces llegaron á Granada varios capitanes de compañía, para enganchar voluntarios para las Américas.

Entre ellos vino D. Alfonso de Saldivar, galán y

pendenciero, tan útil en los campos de batalla como perjudicial en las ciudades. Protegido de la córte, sin otra ley que su capricho, tenía en su historia más de un borrón que empañaba su valor heróico delante del enemigo.

Buscando tunos y valentones que llevarse allende los mares, recorría los barrios, y en la taberna del arco de Fajalauza, entre otras conversaciones, le celebró su sargento la hermosura sin par de Dolores.

Hízole seña de que callase, y aquella noche tuvieron una conversación en secreto, en un cuarto del casarón anchuroso y triste que despues se llamara de *los Migueletes.*

Mientras, el tejedor en su delirio producido por el aguardiente, formó el designio de asesinar á su suegra. Abstraido en ese pensamiento no reparaba en la ronda que á su domicilio hacían pájaros de mal agüero. En cambio el bueno de José, no dormía, temiendo algún mal, que su lealtad le indicaba sin conocerlo.

Vino el dia festivo, y Perete, que había trabajado como un negro para aumentar la soldada, despues de la comida se entró á beber. Fué tanto el aguardiente que consumiera, que al salir á la calle llevaba el rostro amoratado y la vista incierta.

Cuando llegó al sitio de la morada de Brígida, con el cuchillo en la mano para cumplir su venganza, aquella, que estaba en su puerta, no se movió siquiera, sino que le dijo:

—Infame, acuérdate de mi pobre Josefa.

Como herido de un rayo cayó en el suelo, víctima de un ataque cerebral, producido más que todo por el alcoholismo. Tan malo se puso, y tan sin conocimiento, que la abuela tuvo que prevenir á la nieta, y entre cuatro trabajadores hacer que lo llevaran á su domicilio.

Al dar las Ánimas, Dolores le dijo:

—Idos, madre Brígida, no sea que despierte y os vea. Esto se le suele pasar con agua fresca, y es preciso evitar mayores disgustos.

—El cielo lo confunda; á mí quererme asesinar, cuando sabe que quedé para su castigo. Esta ya no pasa; tu mucha bondad le hace más daño que beneficio y mañana el señor Corregidor, tendrá que enterarse de este nuevo crímen.

La rencorosa anciana, se fué murmurando imprecaciones, y la humilde vivienda quedó, al parecer, sumida en el silencio.

Cuatro horas despues, Dolores, que no se había desnudado velando á su padre, sintió abrir la puerta con una llave ganzúa. Temblando de miedo, se acurrucó contra el enfermo, sin poder articular un grito, cuando seis hombres con el traje de alguaciles del Santo Oficio, la asieron por los brazos y amordazándola, la llevaron á una cerrada litera apostada en la esquina inmediata.

Perete abrió en aquel momento los ojos, y al ver que se llevaban su hija prorrumpió en gritos roncos, queriendo levantarse y sacudir su letargo. En vano. Una terrible parálisis le tenía clavado para siempre en el lecho.

Un hombre presenciaba oculto en la sombra la terrible escena. José el carpintero. Cuando la litera echó á andar conducida por cuatro robustos jayanes, se puso en su seguimiento. Pero no habían entrado en la calle de San Buenaventura, cuando por detrás le dieron terribles golpes en la cabeza, cayendo atontado sobre el pavimento. Solo escuchó entre blasfemias estas palabras.

—Dadle fuerte, á ver si así satisface su curiosidad.

III.

Cuando al otro dia fueron á participarle á Brígida las dos opuestas noticias de que su yerno agonizaba, y que su nieta no parecía, creyó perder la cabeza.

Se trasladó enseguida casa de aquel, que en el parasismo de su rabia solo podía balbucear.

—Me la han robado... la Inquisición... los hombres negros...

No volvió á pronunciar palabra. El tener á la suegra á la vista, terminó lo que el ataque apoplético comenzara. Murió en seguida, siendo acompañado su cadáver por el maestro y operarios del telar.

Lo que el vecindario tuvo que darle á la lengua ante sucesos tan inesperados, no necesita explicación. Hasta José, el hombre más pacífico de la parroquia, encontrársele molido y asendereado con una semana sin trabajar, la primera sin duda en luengos años, era para que lloviesen los comentarios, y las conjeturas formadas llegasen á punto de lo maravilloso. Mas en balde. Ninguno sabía nada. Brígida, despues de ponerse de acuerdo con el carpintero, se encerró en un mutismo absoluto, trasladándose á la habitación mortuoria, con la indispensable rueca por exclusiva compañera.

Si embargo, las declaraciones del yerno, y el afecto que le profesaba á la honrada Dolores, hizo que personas de valimiento se acercasen al Santo Tribunal, recibiendo las mayores seguridades de que nadie había ordenado prender á la jóven, contra la que no resultaba cargo ni anotación en registros de los adversarios de la fé.

El misterio estuvo medio aclarado á los quince dias, al presentarse una mañana Dolores en su habitación.

Con mirarla se comprendían sus sufrimientos. Era una sombra de lo que fué. Interrogada por la justicia, dijo como había sido robada, poniéndole una mordaza y una venda en el rostro, ignorando las personas y al sitio donde la condujeron. Que no vió la luz y estuvo adormecida casi siempre. Que por último se halló al amanecer sentada en un banco de piedra en el puente de las Cornetas, dirigiéndose al despertar á su morada.

Lo ocurrido á su padre y á ella la puso á los bordes del sepulcro. José acompañaba á la anciana y no le faltaron recursos de ninguna clase.

Sin embargo, la Dolores estaba resuelta á morir, y ya perdían la esperanza de que se medicinase, sus desconsolados guardadores, cuando en el momento más inesperado aceptó todos los auxilios, demostrando una energía y una docilidad inexplicables. ¿Qué pasaba? Llorosa y ruborizada lo confesó á la abuela y á José. Había sentido un sér en sus entrañas y necesitaba vivir. El crímen daba sus frutos. El carpintero entonces, en un arranque de bondad y de cariño le ofreció casarse con ella y evitar lo que pudiera decirse de su honra. Dolores le dió sinceras gracias, rogándole no las desamparase, pero no aceptó la propuesta.

—Aunque ignoro su nombre y sus señas, mi hijo tiene un padre. Dios no puede tolerar que esto quede así, y en su infinita misericordia confío.

El bondadoso artesano accedió á todo, siempre que le dejasen ser como uno de la familia.

La vieja, brillándole la mirada que metía espanto, murmuraba:

—Ya he visto el castigo de uno, me queda el de otros. Para algo me tiene Su Majestad en el mundo.

Despues se marchaba al dintel de la Iglesia fijándose en cuantos hidalgos entraban á los piadosos ejercicios. Algunos trataban de darla limosna, pero respondía huraña y feroz.

—Yo nada necesito; tengo de sobra con mi rue-

ca. Busco otra cosa, y en la cara descubriré quién ha sido el verdugo de mi nieta.

Cuando Dolores pudo abandonar el lecho, lo primero que hizo fué arrodillarse ante un cuadro en lienzo de la Santísima Vírgen, diciéndola:

—Madre de afligidos, hago solemne voto de tener una luz constante alumbrando tu divina imágen, si intercedes con tu amantísimo Hijo para que este desgraciado sér de mi alma, encuentre el autor de sus dias, y no sufra las penas que me combaten.

IV.

Han trascurrido diez y seis años. La jóven había dado á luz una preciosa niña, vivo retrato de su madre, pero más fina, más elegante, más señora, por decirlo así, que la descendiente del humilde tejedor. La nobleza de su raza se le notaba al mirarla, y á estar equipada con los trajes y tocados de las damas castellanas, hubiera sido la principal figura entre ellas. Siempre acompañada de Dolores y la abuela, y de noche de José, que la contemplaba como un servidor, pues tal dominio ejércía sobre él, vivian respectivamente tranquilas y en la abundancia, pues eran las dos excelentes costureras. Mas persona viviente no traspasaba sus umbrales. La

luz seguía ardiendo ante la imágen, y la esperanza del milagro se conservaba en los corazones.

La Brígida, ya con ochenta y seis navidades, rugosa y flaca, pero ágil, no se cansaba de repetir su estribillo.

—He de verlo, para algo se me concede tan larga vida.

Excusado es añadir que idolatraba á su biznieta.

Una hermosa mañana de Setiembre, á la hora que el sol brilla con toda su esplendidez, los moradores de aquellos contornos tuvieron motivo para recrearse con una nueva sorpresa.

Un caballero como de veinte y cinco años, de una belleza notable, vestido con lujo, y ginete en un arrogante corcel castaño, seguido de un paje ataviado á la flamenca y montando una jaca cordobesa, acompañados de un ministril del distrito, se detuvieron, desmontando en la mezquina placeta de Luque.

—¿Es aquí donde vive la honrada señora Dolores Sanchez? preguntó el hidalgo al corchete.

—En frente nació y mora Dolores Sachez, la hija de Perete. El señorío no se le conoce en el cuartel, y en cuanto á lo de honrada, sí lo es como la primera; pero tiene una hija, y no le han leido la epístola de San Pablo en la parroquia.

—Sois un galopín y un murmurador, le interrumpió el mancebo; tomad este doblón y bebed á la salud de tan respetable dama, y de su noble hija, que es tan alta, que casi no podrías hablarla sino de rodillas.

Saludó humildemente el de la vara y á poco rato ya sabía la historia el Albaicín por entero.

Sobre ascuas estaban las mujeres con la extraña aparición, y aunque la hora, la franca fisonomía de los visitantes, y el ir acompañados de un dependiente de la justicia, quitaban todo recelo, destacaron no obstante una chiquilla en aviso de José, que trabajaba en su casa, en la callejuela de las Cuestecillas.

—¿Dais permiso? preguntó descubriendo su cabeza con toda cortesanía el recien llegado.

El paje cuidaba de los animales.

—Entrad, si es para bien, le respondió Dolores mirando á la imágen de la Vírgen.

El caballero tomó asiento. Su rubia y rizada cabellera, la expresión de belleza varonil de su rostro las tranquilizó por completo. María, la rosa gentil de diez y seis abriles no apartaba la vista del jóven. Y cosa extraña. Ámbos tenían un parecido, un algo de semejanza que resaltaba en el instante. Llegó José. La vieja se acurrucó en un ángulo.

—Lo que tengo que hablaros, importa no sea ahora público, señora, añadió.

—Puede decirse, estamos en familia, caballero. Es mi abuela, mi hija, y este hombre, el único consuelo y protector que nos resta.

—No han de faltaros, Dolores; mas, siendo así, escuchadme. ¿Recordais á un arrogante capitan llamado D. Alfonso de Zaldivar?

—No señor, dijo con seguridad la interrogada.

—¡Cómo? ¿No vísteis su figura? ¿Pudísteis olvidarla acaso?

—Nunca; ignoro de quién hablais.

—¡Me habré engañado! Pero si no es posible. Las señas son exactas, y me basta contemplar á esta noble y bellísima doncella.

—Explicaos, por Jesucristo, dijo José. ¿Qué quereis y quién os envía?

—Seré franco, pero imitadme. Vengo de América, y cuatro dias hace de Cádiz, y aunque he de establecerme con mi madre en esta ciudad, mi primer trabajo ha sido cumplir la voluntad sagrada de un moribundo. Don Alfonso era mi tio, y de su boca escuché parte de la locura, que no llamaré crímen, visto su arrepentimiento, que cometió con vuestra inocencia. Pero aunque obligada y todo, dificulto que teniendo tan bellas prendas personales no se presentara para que no lo pudiéseis olvidar.

—Me llevaron á una habitación subterránea, y aletargada casi siempre, no puedo dar cuenta de aquellos actos.

—Así eran tan horribles sus remordimientos. Pobre señora, bastante habeis sufrido. Y el resultado sin duda fué....

—Mi hija María, que hasta el presente ignora, como yo, quién fuera su padre.

—Pero no así mi deudo. El infame sargento que era el instigador de sus vicios, le avisó el nacimiento de esta dama, y de haberos entregado una fuerte suma de dinero.

—No es verdad; desconozco á ese sujeto.

—Y lo creo. Ya pagó caro su fechoría. Pues bién, ahora se trata de reparar el daño causado. Don Al-

fonso, á pesar de sus extravíos, era un cumplido militar. Sus eminentes servicios le valieron repetidos ascensos y mercedes de la corona. Ha muerto soltero, pues desde vuestra aventura, parecía que un crespon fúnebre velaba sus placeres. Al encargarme de este difícil cometido, me confesó que os había abandonado en un paseo público y sin sentido, en el acto de marcharse de Granada. Que como tantas otras, creyó olvidar su villanía, pero que no lo consiguió jamás. Que cuantos informes tomaba le decían vuestra excelente condición y las penas que devorabais. En la creencia de que en lo posible había reparado el mal, dejó trascurrieran tan largos años, pero que al saber lo verdadero, hubiese abandonado el Nuevo Mundo á no haberle sorprendido la muerte. Me entregó documentos en forma que os dejo, en los que reconoce como su hija y única heredera á la vuestra, os dota con esplendidez, y os pide vuestro perdón y vuestras oraciones. Estas escrituras están en debida forma. Podeis consultarlas con cuantos letrados os parezca, y recibiros á placer de mí las sumas y bienes que he de entregaros.

Dolores, levantándose, se prosternó con su hija ante la Vírgen, rezando una corta oración. Despues dijo:

—Que Dios lo perdone como yo lo hago, y María unirá sus plegarias á mis súplicas. Nada necesito, caballero, todo para su hija. El milagro se ha verificado, que el cielo no abandona á los afligidos que en él confian.

—Como gusteis, pero al menos recibid esta sortija, que me dijo os entregara, como símbolo de perdón.

—La acepto, ya que mi hija será feliz á cambio de mi desdicha.

El llanto acudió á todos los ojos, hasta á los de la abuela, que exclamaba:

—Por algo vivo, ya puede disponer de mí Su Divina Majestad; ya estoy vengada.

—Ahora, exclamó levantándose D. Fadrique de Mendoza, el bizarro conductor de las plácidas nuevas, solo me resta me reconozcais como vuestro primo, vos D.ª María de Zaldivar, Marquesa de Fuente del Águila, y vos, señora, mientras disponeis otra cosa, me concedais permiso para venir á saludaros.

É inclinándose ante ambas, que le contestaron:

—Cuando gusteis, señor, montó á caballo en dirección á la ciudad.

Ni ellas ni José salían de su asombro.

—Si es un sueño, murmuraban, es muy hermoso; pero los papeles están aquí. Id, José, y que los examine por caridad el Sr. Cura.

Este volvió despues de un largo rato.

—Todo es verdad, les dijo, no solo el Sr. Cura, sino un relator de la Chancillería, á quien trabajo, me lo aseguran, y se ofrecen á servirnos.

Desde que corrió la noticia de sus riquezas, de todas partes llovían los ofrecimientos.

V.

Dios mejoró sus horas en la descendencia del infortunado Perete.

Los primos, á las pocas veces de tratarse, conocieron que habían nacido el uno para el otro, y la boda no se hizo esperar, ocupando una suntuosa vivienda en el Campo del Príncipe, con la madre del esposo, uniendo así, nobleza, amor y caudal.

Dolores no quiso cambiar en nada su modo de ser. Únicamente adornó su casa de una manera más conveniente, tomando dos sirvientas para la anciana ya impedida, que era feliz cada vez que su biznieta la visitaba.

Cuando esta le presentó un robusto niño, que era su cuarta generación, volvió sonriendo á su estribillo de siempre.

—Para algo estoy en este mundo, esto me quedaba que ver. El Señor sea loado.

Al honradísimo carpintero, ya viejo solterón y consultado como oráculo en la feligresía, se le prohibió trabajar por su ahijada la Sra. Marquesa, y obediente como de costumbre se fué á vivir con ellos, siendo el acompañante en las visitas á su antiguo barrio, en cuyo acto era doblemente dichoso.

Todavía se conserva en la placeta el cuadro de la imágen, con su luz encendida por las noches, en un nicho en la fachada principal, que por lo extraño de su arquitectura choca á los que la contemplan por vez primera, y que conserva la tradición de la *Vírgen del Voto*.

LA GOLILLA DE CARTUJA.

Leyenda.

I.

Ciudad de las mil torres, patria mia, hoy vuelvo otra vez á admirarte.

La luna aparece con todo su esplendor en el firmamento, y abandono mi rincón de *las Tres Estrellas*, para aspirar un poco de aire en las campestres alturas, que el abrasado Agosto convierte en desolados eriales.

La antigua iglesia de San Gregorio me guía al callejón de la *Albérzana*, cuya casa aún conserva restos de sus poscedores moriscos; descubro á la izquierda los derruidos torreones de la formidable cerca de la primitiva *Iliberis*, y cruzando la senda que abrieran los invasores franceses para comunicarse con los pueblos de Levante, entro en el accidentado terreno de montecillos y barrancos que conducen al célebre *panderete de las Brujas*.

¡Qué cuadro tan encantador se descubre desde la *Golilla*, á quien dá actualmente nombre el renombrado monasterio de la Cartuja!

Granada parece un transunto del soñado Paraiso. Al lejos, el alto pico del Veleta refleja los rayos de plata del astro de la noche; y en el opuesto lado, la volcánica Sierra de Elvira ostenta la elevadísima atalaya donde los vigías musulmanes avisaban á la corte de Alhamar las talas de los guerreros de Castilla.

Á la espalda, forman el marco las empinadas crestas de los montes de Alfacar y de Cogollos; y la nebulosa *Parapanda*, señaladora de lluvias, se extiende hasta tocar con la sierra de Alhama, á cuyos piés anida aquella población, que fuera llave de la comarca granadina, y que conquistó el famoso Marqués de Cádiz, como desquite de la sangrienta sorpresa de Zahara. Y enmedio, fertilizada por las unidas corrientes del Dauro y del Genil, se presenta la dilatada Vega, con sus frondosas huertas, sus risueños caseríos y sus viñedos y olivares, como mansión de eterno deleite, como tesoro de poesía, como lugar de todas las bienandanzas.

Y la soñadora imaginación, al querer descubrir aún más espacio entre la apartada bruma, mira al cabo de las dehesas de saludable frescura de la Nevada Sierra, en el camino que busca la candente arena de la costa, al paisaje que el *suspiro del moro* designó con nombre eterno, y se figura divisar, despues de tantos siglos, el rostro varonil de Aixa, escuchando las amargas palabras de despedida de Boabdil el desventurado.

Y entonces, reconcentrando el pensamiento en tantas grandezas perdidas, desciendo del mirador

hasta la valiosa Acequia de *Ainadamar*, y tropieza mi vista con los informes restos del magnífico *Albercón de las Damas*, lago en pequeño que se llenaba con las cristalinas aguas del famoso *Nacimiento*, y donde los caballeros muslimes daban combates navales á sus damas, como diferente y no visto espectáculo de los torneos de Bib-rambla, y de los saraos del maravilloso palacio árabe.

Porque aquellos guerreros que conquistaron para su cuna el nombre de la *Damasco de Occidente*, eran la flor de la galantería y el espejo de los amantes. Y desde el magnífico *Rey de Arjona*, jefe de la dinastía de Nazar, hasta el mal aventurado que hubo de entregar las llaves de su reino al conquistador, todos ellos rendían culto firmísimo y respetuoso, á la belleza y al amor.

Hoy cubren enredadoras zarzas y tupidas yedras los vestigios del anchuroso receptáculo, que aún no ha devorado el tiempo, y donde los dorados esquifes de los walíes musulmanes, cubiertos de preciadas sedas sus bordes y remos, cruzaban las tranquilas ondas, y en las tribunas desde cuyo dorado circuito las beldades agarenas arrojaban flores y vertían perfumes sobre el vencedor, solo se descubren tierras endurecidas por los rayos del sol de estío, y huecos informes donde anidan asustadizos reptiles.

Todo pasa, y la nación que se desgarra en intestinas discordias, bién lo dice el verdadero Evangelio, no puede subsistir entre las demás. En cambio, la fé de Cristo, que forma los mártires y los héroes,

construyó también el suntuosísimo Monasterio dedicado á San Bruno, cuya cerca de tapias detiene mis pasos, y que es maravilla del arte, admiración de propios y de extraños, y emblema de la inmortal hazaña que su elevación ocasionara.

Porque el gran Gonzalo de Córdoba, nuevo Cid de la Reconquista, no podía menos de pensar que Dios es la fuente de todo bién, y el que presta su fortaleza al guerrero, y el que con su milagrosa ayuda lo salva de los peligros más inminentes. Así es, que cuando el arrojado caudillo, llevado de su ardimiento, cayó en traidora emboscada, en las vertientes del cerro que designamos, su confianza en el Todopoderoso, más aún que el empuje de su lanza, le hizo tornar con vida á los reales de Santafé. Y el voto que elevó al cielo en el momento del peligro, debía cumplirlo, como ferviente cristiano, y sus huertas de *la Alcudia*, y otros bienes de su patrimonio fueron entregados á los frailes cartujos, que llevaron á efecto la voluntad del triunfador de Italia.

Los años han pasado, reduciendo á polvo ciudades y fortalezas, borrando recuerdos y glorias, pero la Cruz del Redentor se eleva en la Cartuja granadina, y causan asombro sus frescos, que parecen terminados ayer, y los embutidos de nácar, plata y márfil de sus puertas, y el perfume de la madera de los estantes de su primorosa sacristía, indican que un poder sobrenatural vela por el edificio, que detendrá siempre el vendabal de las pasiones mundanales.

. . . . . .

Pero dejemos ahora las cosas celestes, y ocupémonos un poco de las de la tierra.

II.

Hay que volver atrás cerca de cuatro siglos.

En la subida á mano izquierda del entonces *Castillo del Aceituno*, pegada á la muralla de *la cerca de D. Gonzalo*, como una escrecencia de aquella argamasa fortísima que desafía aún las inclemencias del tiempo, se descubría una casucha miserable de un solo piso á teja vana, con un huertecillo cercado de pinchos, con unas raquíticas higueras por toda vegetación.

Había muy pocos años que ocurriera la conquista de Granada, y la ciudad conservaba todo su aspecto árabe, y el vecindario era morisco en su inmensa mayoría.

Una vieja harapienta, de aceitunada tez, pero ágil y vigorosa, habitaba en el sitio descrito.

Llamábase *Ruhania*, que significa en castellano fantasma, y era de raza desconocida.

Sola moraba, perdiéndose de dia, y apareciendo por las noches.

Su pobreza y su fealdad la ponían á salvo de otros peligros.

Sin embargo, los naturales la respetaban, y los conquistadores la tenían por una despreciable hechicera.

Pero la forma de sus hechizos no deberían ser nada de amorosos, porque ni una sola mujer traspasaba sus umbrales.

Eran hombres, moros se entiende, y de distintas edades y condiciones.

Para visitarla, se buscaban las noches más oscuras y perturbadas por los elementos.

Ácaso hubiérase podido verlos entrar, pero salir, nunca.

Para averiguar el secreto, era necesario que levantando el repugnante jergón que le servía de lecho, se apretase un disimulado resorte, y apareciese la entrada de un oscuro subterráneo donde aquellos se congregaban.

Horas despues, por la entrada ruinosa de una pequeña cueva que daba á la hoy cuesta de San Antonio, aparecían por intervalos bultos humanos saliendo con las mayores precauciones.

¿Tendrían alguna conexión con los de la vieja?

Ya se vé, los moriscos, en el orgullo de su estirpe y de su antiguo poderío, sobrellevaban con mal disimulado enojo el yugo que les imponían los altivos conquistadores.

Si deseamos conocer este misterioso subterráneo, es menester aventurarnos en una escursión con la anciana.

Una noche volvió de la ciudad más tarde que de costumbre. Llevaba en la cadera un saco cuidado-

samente atado, y por apoyo un grueso palo de encina.

En su habitación la esperaba un extraño compañero. Vestido con el traje de uso de los esclavos musulmanes, un negro robusto, estaba sentado en el escabel junto al hogar.

La vieja sin chocarle la aparición, dijo:

—Eblis, estoy pronta. Marchemos.

Y sin más conversación abrieron la trampa. Entraron en la mina á que se bajaba por una pendiente escalera, y recorriendo las sinuosidades del terreno, sin más luz que la que arrojaba una tea de pino que encendió el esclavo, dieron con la salida. Ya en el campo, como prácticos en las veredas y sin arredrarles la oscuridad, ascendieron hasta la *Golilla*.

En la cúspide, con unos extraños ingredientes produjeron una pequeña luz azulada, pero muy viva, á la que á poco rato respondieron desde las opuestas colinas otras semejantes

—Ya están las brujas en su aquelarre, decían santiguándose las mujeres de los soldados, ó las aldeanas venidas de tierras gallegas á cultivar los feudos repartidos á sus señores. Va á ser preciso abandonar esta pícara tierra de moros, ó encerrarse bajo las tejas en cuanto se recen las oraciones.

Y así lo verificaban, no dejando de mover las lenguas hasta la salida de la aurora.

Mientras, Ruhania y el negro prestaban la mayor atención. Trascurrió una hora, y ténues silbidos como los de una culebra en los matorrales, llegaron á escucharse, y á poco como reptiles deslizándose

contra el suelo, aparecieron unos tras de otros hasta quince hombres, armados de puñales y de ballestas. Á cada uno fué entregando la maga un puñado de medallas de las que contenía el saco que trajo de la ciudad, y concluidas de repartir apagó la llama que le servía para señales, murmurando en lengua árabe.

—Cuando la nueva luna aparezca en el firmamento, se repetirán los avisos para que deis razón de vuestras comisiones. Que Allah os ilumine y guarde.

Como por encanto desaparecieron, y enseguida la vieja y el nubio volvieron á ganar su cubil.

Las contínuas llamaradas que se producían en el cerro, no podían escapar á la vigilancia de los centinelas de Mondejar. Este dió severas órdenes á los alcaldes del crímen de la nueva Chancillería, y los espiones y alguaciles se pusieron sobre la pista.

Un mes no había trascurrido desde la última salida de Ruhana, cuando en su vivienda y á las altas horas de la noche, tres moros con trajes de arcabuceros conversaban en voz baja.

—Es preciso que vuelvas á encender tus llamaradas. Necesito saber el número de hombres de corazón con que se cuenta para nuestro plan. Mahoma no puede permitir que sus mezquitas sean profanadas, y que las vírgenes mahometanas, tengan que enseñar su rostro á los impíos.

—Pero nos vigilan, Faráx, eso lo sabemos todos y cualquier imprudencia sería la muerte.

—Tienes miedo; ¡tú, la que no sueña sino en vengar á tus hijos muertos en las orillas del Genil!

Nada de dudas. Los santones lo dicen. Pronto ó tarde, vendrá un rey á recoger la herencia del desdichado Boabdil, y es necesario que sepa los que han de verter su sangre en las batallas.

—Cúmplase tu deseo, moro. Eblis, sígueme.

—Nosotros te acompañaremos, á participar de los peligros.

—Guardaos para mejor ocasión; para combatir sois pocos, y para mi empresa muchos.

Entonces se retiraron, y ella tomó su acostumbrado camino, seguida del espantable servidor.

Al verificar la subida de costumbre no pudieron descubrir unos bultos que recatándose les seguían desde la mina del agua.

Absortos en su temeraria empresa, y confiados en el silencio y en las tinieblas, llegaron al sitio y produjeron la primera llamarada.

Una descarga de arcabucería atronó el espacio, pero sin herirles.

Á los ministriles y gente de curia, el Marqués alcaide había añadido una compañía de sus más decididos veteranos.

La Golilla estaba cercada como con una espesa muralla.

—Bién lo dije, somos perdidos, y apagó instantáneamente la luz.

—No moriré sin llevarme algunas víctimas á los espacios, le replicó Eblis, armando una ballesta.

Las balas habían silbado sin herirles.

—Aguarda, voy á poner en juego mis artes. Si encuentro salida, sígueme.

El capitán ordenó que los paisanos y los suyos, fuesen estrechando el círculo, como si se tratase de acorralar unas fieras.

Los primeros no las tenían todas consigo. Eran mejores para registrar las casas en busca de multas y socaliñas, que no andar en aventuras campales y peligrosos trasnochamientos.

De pronto la cúspide se inflamó como por arte mágica, y dentro de una aureola de color violeta, vieron los atónitos cercadores á la horrible vieja desmelenada maldiciéndolos, y al terrible negro que encarando su arma, dejó tendido al alcalde del crímen de un saetazo en el pecho.

—Es la bruja y el demonio que ha acudido á sus evocaciones, exclamaron en coro los de justicia. Sálvese el que pueda, y como jauría desbandada, uno cae otro levanta, abandonaron el lugar.

Era soldado de corazón duro, el que mandaba la tropa. Mandó estrechar las filas, añadiendo:

—Diablos ó séres humanos han de pagar sus crímenes. Á ese fuego responderemos con otro mayor. Y rociando con pólvora los arbustos y yerbas agostadas, se produjo una inmensa hoguera cuyas oleadas de humo no cesaron hasta los primeros rayos del dia.

Los arcabuceros continuaban en sus puestos.

—No han podido escaparse, dijo el capitan, sus huesos ó sus cenizas las encontraremos en las alturas.

—Mi capitán, buscaremos en vano, he creido verlos volando fuera de las llamas, y áun que el diablo apoyó sus garras en mi casco

Y en ello decía verdad el soldado. No era de los más decididos y los dejó pasar sin hacer uso de sus armas.

Despues de un escrupuloso registro, tuvieron que retirarse avergonzados de su hazaña.

Los moriscos se agitaban siempre, y no cesaron de estar dispuestos hasta que estalló la sangrienta rebelión de las Alpujarras.

No volvieron á descubrirse luces de aquella especie en la *Golilla*, pero bastó lo sucedido para que los espíritus débiles creyesen á puño cerrado en las proezas de Satanás en aquel sitio, denominado desde entónces *el panderón de las Brujas*.

LA CASA DEL CARNERO.

Tradición.

I.

Érase que se era, lector amable, y va de cuento, una noche más oscura que clara, del mes de Noviembre del año de 1742.

Granada, como todas las ciudades de España por aquellos tiempos, tenía la costumbre de que sus moradores se recogiesen temprano, pues no existían, no sé si por desgracia ó por fortuna, casinos y teatros, y reuniones que acabasen con la madrugada. Se encontraban, como desde los primeros tiempos, casas de pecado, mancebías y garitos, que el mundo siempre fué mundo, y la especie humana frágil y maleante. Pero se evitaba el escándalo, las rondas y los alguaciles no sosegaban en su persecución, é ibamos viviendo, salvo alguno que otro garrotazo al revolver de una esquina, ó el nada apacible grito de «muerto soy» que resonaba en algun oscuro paraje, á el que siempre sucedía el no menos terrorífico de «favor á la justicia.»

Por eso, chocaba al vecindario que se oyese ruido en cualquiera vivienda despues del toque de

ánimas, y que el resplandor de una luz franquease las rendijas de las ventanas.

Y no era el reflejo de una luz, sino el de muchas más, el que se notaba salir de la gran reja de un antiguo edificio situado en la callejuela sombría que desemboca en la placeta de la Concepción. De vez en cuando reprimidos sollozos se escuchaban, y ese rumor que se produce por distintas conversaciones en voz baja.

Tratábase de un *velatorio*. Había fallecido el dueño de la casa, desgraciadamente sin confesión, motivado por un repentino accidente, y esto era el tema obligado de los diálogos, y sobre todo el de la filípica que el padre lector del cercano convento de la Victoria, enderezaba á los oyentes, con su añadidura de diablos en perspectiva, y de necesidad de un fuerte exorcismo para que los *malos* desalojasen la habitación y el cuerpo del difunto.

Así es, que el miedo se había apoderado de los ánimos, especialmente de las mujeres, que ya se figuraban ir en andas con Lucifer, aunque algunas por tal de acompañarse con varon, dieran por bién empleado el sucedido.

—Consuélese usted, señora Marta, decía otra viuda añeja, á la de pocas horas antes. Nuestras oraciones lograrán el eterno descanso del alma de D. Restituto.

—Nunca se me quitará la pena de no haber visto entrar por estos humildes umbrales al Santo Viático para mi esposo. Cuánto me aflije Su Divina Majestad.

—Nuestros pecados, nuestros delitos, añadía el fraile, con voz extentórea. Ya se lo dije en distintas ocasiones á su cónyuge. Es necesario tener muy limpia la conciencia, porque la muerte llega sin avisar, y su cuello corto, y constitución apoplética daban seguro indicio. Pero ya impetraremos el perdón del Ser Supremo, con trescientas misas que se aplicarán por el eterno descanso de su alma.

—Las que fueren necesarias, P. Francisco, aunque tenga que vender los zarcillos de lazo que me regaló cuando la boda.

—Como sabe que el platero es su compadre y se los devolverá enseguida, por eso viene tan mística la de los lutos, murmuró la mujer de un alférez de los tercios al oido de otra militara, que se sonrió al escucharla.

—Pues si se murió por tener el cuello grueso, lo que es el buen Padre, no llega ni al amanecer, dijo una descarada mozuela por lo bajo á otra jóven muy linda que aparentaba llorar tapándose con el abanico.

—Si la mandadera dice que la causa de su enfermedad, fué beberse de un solo trago una botella de aguardiente de guindas que parecía una tinaja. ¡El pescuezo qué tiene que ver en estos entrecijos! Pues á morrillo y á gordinflón, pocos habrá que le ganen al presente.

—Julianita, decía un caballerito como un espárrago á otra damisela sentada á su lado, deja caer el pañuelo y al recogerlo alargaré una carta.

—Jesús, no me atrevo, que mamá está con cien

ojos. Pero antes de la última palabra ya estaba el lienzo en el esterado.

—Niña, vente aquí orilla, le dijo la mamá que se había apercibido de la maniobra.

—Á buena hora mangas verdes, añadió para sí, el abogado D. Lucas, que era muy visita de la casa.

Juliana se puso en pié para obedecer la órden, pero tuvo la desgracia de tropezar con las piernas de una señora que se había quedado dormida, cuyos ronquidos achacaban á sollozos, y rodó cuan larga era por los suelos.

La carcajada fué universal. En los duelos, mientras más sérios y cariacontecidos están los concurrentes, el menor detalle basta para dar suelta á la hilaridad que estaba contenida.

Por fin, se restableció la calma, no sin que durasen un buen cuarto de hora los comentarios, amén de un par de pellizcos que la autora de sus dias, propinó á la desgraciada.

El fraile levantó el campo rezando unas oraciones, cuando el chisporrotear de la cera en la vecina habitación avisó de que necesitaban despavilarse las velas.

Era costumbre antigua en los pésames recogerse en la sala principal, dejando al muerto en otra habiración cercana, con cuatro ú ocho luces, sin más compañía que el criado ó muchacho encargado de atizarlas. Este, que era un zagalón medio simple, se había dormido, y cuando le despertaron se levantó tan soliviantado que echó á rodar los candeleros, dando el más espantoso grito.

Ni un rayo que hubiese caido en la tertulia, produjera más confusión ni mayor espanto. Ninguno encontraba la puerta para huir, en la creencia de que el difunto resucitaba, ó se lo llevaban los enemigos; todo eran gritos y ahora verdaderos sollozos, distinguiéndose la viuda que agarrada del platero, tiritaba como un calenturiento. El fraile se habia refugiado en la despensa, los novios en el comedor, y las militaras en la alcoba.

Por fin se restableció el órden despues de nuevas carreras, fueron asomándose de puntillas á los umbrales del cuarto mortuorio, y así que se convencieron de que no daba acuerdo de su persona, se retiraron, no sin haberse sorbido antes sendas tazas de tila y de calaguala, que fueron de chocolate para el padre lector y el sexo barbudo, por aquello de que los duelos con pan son menos, cuando ya el lucero que avisa la hora de las migas á los pastores, asomaba en el firmamento, y causando algún escándalo en las rondas de *pan* y *huevo*, encontrar tan caracterizadas personas en las calles.

II.

Trascurrió una Noche-buena despues de los sucesos referidos, y la Sra. Marta pasó á segundas nupcias con el artífice, yéndose á vivir á una tienda en

la Alcaicería. ¿Qué motivara el repentino cambio de domicilio? Pues tuvo muy fácil explicación. El público, desde la noche del velatorio miraba con prevención aquella morada, en la creencia de que el espíritu del difunto andaba trasteando por los rincones. Aumentaban las habladurías las sirvientas, regañábales la dueña que se burlaba de semejantes preocupaciones, y que no temiendo en vida al esposo, era lógico no asustarse de él cuando muerto.

Pero una tarde, á las tres semanas de contraido el segundo matrimonio, á Marta le ocurrió entretenerse en regar las macetas colocadas en el patio. Bajó diligente, y de la carbonera entreabierta vió salir un precioso borrego con los cuernos de oro. Apenas daba crédito á sus ojos ante la presencia del animalillo, que despues de ponérsele delante como interceptándole el camino, tomó carrera y le arrimó tan fuerte topetada en las nalgas que cayó á lo largo en los escalones. Desde aquel punto y hora no sosegó la viuda en cambiar de domicilio, pues aunque el platero hizo minucioso registro en todos los ángulos, no halló ni señales del lanudo duende, sino un cardenal, y no romano, en las carnes de su nueva cónyuge.

De público se atribuyó el suceso á venganza marital, afirmando muchas hembras, que el espectáculo de un esposo convertido en carnero no era ninguna obra nueva, ni materia para medidas tan radicales.

Sola se quedó la casa, hasta que adoptaron la receta de dedicarla para albergue de vecinos. Al-

quilaron hasta los últimos rincones; pero siempre en el aniversario ocurría algo que tenía los ánimos en espectación, y creciendo de pública voz y fama la pésima reputación del edificio.

Hace bastantes años, que un maestro barbero y sangrador, como se titulaba, de nombre Aguilar, habitaba en ella. No era el buen rapista de los asustadizos ni dengosos, antes bién, lo mismo asistía á ver una ejecución de seis ó siete malhechores, que á llevar un cirio en las procesiones de la parroquia. Aunque algunas veces me burlaba más de lo justo de su frac de color indefinible, y de su peluca de desiguales tintas, pues era el sujeto petimetre en el vestir, y amante de las hijas de Eva, no por eso dejábamos de compartir amigablemente, y escuchar yo con paciencia sus largas disertaciones sobre la valía de los tiempos antiguos, y de las excelencias de la Inquisición que quemaba, y del real Acuerdo, que mandaba engarrotar por docenas todos los domingos. Sabía mi afición á las leyendas, y á los cuentos maravillosos que acaecieran en lo que antes formaba la ciudad antigua, ó sea el Albaicín y sus comarcanos, y una mañana que nos encontramos solos, preguntándole sobre la certeza de los *espantos* que se achacaban á su vivienda, me dijo:

—Yo por mi parte soy como Santo Tomás, ver y creer; porque los ruidos que escucho á media noche tanto pueden ser de espíritus foletos, como de ratas hambrientas ó de gatos enamorados. Pero lo que sí puedo decirle es la relación siguiente, en

que fué protagonista Claudia Jimenez, prima segunda de mi primera esposa.

«Era mi parienta mujer de un rastillador de cáñamo, tan enemigo de trabajar como de beberse un azumbre de vino de las caserías. Afirmába que el no doblar la raspa consistía en que le dañaba el pecho el polvillo que levantaba la hilaza; y para cuyo remedio el sorbo era el único y exclusivo antídoto. Así es, que andaba la procesión de las ánimas por los estómagos, y la correa de sujetarse las pretinas, por todo el cuerpo de la desgraciada Claudia, cada vez que esta hablaba de su necesidad de jornales y del mantenimiento de la prole. Dios la había criado tan fecunda que diera á luz ocho hijos, con su correspondiente apéndice de gemelos. En una ocasión en que los golpes superaron al hambre, que es cuanto hay que decir, la mujer se hartó, y como era chata, y á las de poca naríz dicen que las tienta siete veces al dia el diablo, sin duda se encomendara á la majestad caida, para salir de la triste situación en que se encontraba. No lo escuché nunca de sus lábios, pero como se alborotó el cotarro con lo que allí acontecía, claro es, que Satanás tuvo que ser el principal actor de la comedia.

Si hay *miedo* es porque existe un tesoro, se dijo la mujer; pues en hallarlo consiste mi salvación. Desde entonces, á horas desusadas y aprovechando noches tormentosas y dias de interminable lluvia, bajaba en la soledad al lavadero, que era una pieza lóbrega, oscura y triste y en el más apartado rincón del edificio. Si en él llamó, como vulgarmente se

dice, «al diablo con dos tejas,» no pobré afirmarlo ni contradecirlo; material había de un colgadizo que se hundiera, y ella capaz de cualquier desaguisado con tal de satisfacer el apetito y cubrir la desnudez de sus vástagos.

Lo que contaba, era que en una ocasión que una fuerte tormenta descargaba por la Ciudad, por la parte del rio Darro, al brillar un terrible relámpago, escuchó unos gritos indefinibles dentro de la pared donde estaban los cauchiles. Gozosa por esperar el desenlace del misterio, puso atento el oido, y hasta tres veces escuchó los mismos sones, el último más lejano y apagado. Iba á perder la esperanza, cuando notó en el suelo una cosa que se movía. Fijó la vista, y era un ovillo de hilo que rodaba vertiginosamente, sin descubrirse quién le daba tan fuerte impulso. Animosa ante un objeto tan poco temible, quiso sujetar la hebra, pero siempre se le iba de las manos. Por fin pudo coger el cabo, y desliándose la condujo á un oscuro sótano lindando á una destartalada cochera, donde de pronto brilló una luz, y á sus reflejos pudo descubrir el pacífico rumiante de los dorados cuernos, que lanzó un triste berrido, hundiéndose en el piso como por escotillón, sin que quedaran despues señales visibles de ninguna clase de agujero.

Refiere que ya asustada se encerró en su cuarto, y que siempre que bajaba al pilón, una luz se encendía sola, recorría las cuatro esquinas del lavadero y despues se apagaba instantáneamente.

Lo cierto es, añadió Aguilar, que la parienta se

mudó á poco, y algo más que la iluminación encontraría, porque los percales cubrieron sus miembros, y los de la prole, y hubo hasta capa de paño de Ohanes, para el consorte, amén de traje interior completo, como si lo hubiese equipado el arzobispo.»

III.

Tal es la tradición de la *Casa del Carnero*, en la callejuela así denominada. Si no os contentais con mi dicho y sois curiosos, subid una noche oscura el tercio empedrado de la cuesta de Santa Inés, torced á mano derecha, entrando en el sombrío trayecto. Al llegar á su comedio, descubrireis una gran puerta cochera, ruinosa y desvencijada, que se abre á una plazoleta, á la que dá el tragaluz del edificio mencionado.

Si vuestro valor os lo permite, deteneos un poco apoyados contra las elevadas paredes del convento, y tal vez, como á mí ha sucedido, escucheis un lamentable grito, luego aparecerse un fuego fátuo, una lucecilla fosfórica que se enciende, que se apaga, que vuelve á iluminar, y que últimamente desaparece. Despues, si las piernas siguen firmes, estiradlas en busca del átrio de la Concepción, donde yo

me refugié para convencerme de si era sueño ó realidad lo que me ocurría.

En cuanto al *Carnero*, no lo conozco, gracias al Señor; pero sí medito que en todas épocas y circunstancias, la transformación de los maridos hasta en las leyendas, se hace desgraciadamente en animales de cuatro orejas.

EL CRISTO DE LAS TINIEBLAS. [1]

Tradición.

I.

Corto en bienes de fortuna,
pero con timbres de hidalgo,
vive en la hermosa Granada
el capitán Pedro Dávalos.
En la *cuesta del Chapiz*,
subiendo, á derecha mano,
se descubre un casarón
antiguo y destartalado.
Pero si grietas y escombros
acusan sus muchos años,
rejas tiene reforzadas,
y enorme cerrojo al tranco.
Tal vez inmenso tesoro
guarda el capitán bizarro,
en la enemiga Alpujarra
habido en duro rebato;

(1) Romance leido en la sesión literaria celebrada en 1883 en el gran teatro de Isabel la Católica.

ó recompensa á la herida
á su bandera salvando;
que tiene D. Juan de Austria,
largas la bolsa y las manos,
para castigar Monfíes
y premiar á los soldados.
Ó tal vez, y es lo posible,
el bién que reserva tanto,
consista en una doncella
de talle airoso y gallardo,
que á el *Salvador* lleva á misa,
solo en domingo, y temprano.
Ello es que el buen capitán,
duerme poco, cela harto,
y es su mansión, fortaleza
de muy difícil asalto.

II.

Rubia, como el sol naciente,
bella, cual rosa de Mayo,
dulce, como el aura suave,
pura, como el lirio blanco,
hechizo de quien la mira,
desesperación de tantos,
puerto que buscan ansiosos

corazones abrasados,
es la niña, es Isabel,
imán de su viejo hermano,
quien á monja la destina,
su gusto sin consultarlo.
Pero ella, que al fin es ella
(y ya decimos sobrado),
tocas monjiles desaira,
y quiere por rezos, cantos.
Que á vigilancias supremas
hay ardides temerarios,
y para las puertas, llaves,
y limas, para candados.

III.

Galán entre los mancebos
es Félix el estudiante;
tanto de libros entiende
como de esgrima y de naipes.
Y puntea una vihuela
con tanta gracia y donaire,
que á sus acordes sonidos
las hembras se van de calle.
Es mozo de veinte abriles,
moreno, con ojos grandes,

y la sal de Andalucía
retratada en el semblante.
Quiso la suerte asistiera
(¡qué cosas la suerte hace!)
á la Iglesia, en que á Isabel
amaneciendo la traen,
y verla, y quedar cautivo,
empresa fué de un instante,
formando con sus miradas,
nudo que no se deshace.
Por eso cuando la ronda
pasa silenciosa y grave,
y las Ánimas resuenan,
y la oscuridad se esparce,
de la vecina calleja
un bulto embozado sale,
y de la casa ya dicha
un ventanillo se abre.
En voz baja se murmuran
de amor cariñosas frases,
y muchas veces la aurora
les obliga á retirarse.

IV.

Es Nuño de Ballesteros,
mozo de sangre y de bríos;
con Don Pedro hizo la guerra,

siendo despues muy amigos.
Está frenético, loco,
de Isabel por los hechizos;
pero sus cálculos son
machacar en hierro frio.
El hermano quiere votos,
y en la jóven ya no hay sitio
para otro amor que el de Félix,
que la ocupa los sentidos.
Por eso Nuño rechaza
juveniles atavíos,
y en su boca dan los celos.
maldiciones ó gemidos.

V.

Era un martes de Noviembre,
la noche triste y oscura,
no suenan voces humanas,
solo el caer de la lluvia.
En la casa de Don Pedro
ni el menor ruido se escucha,
mas hay quién vigila atento
oculto entre la penumbra.
Tras largo rato de espera,
se ve una sombra confusa

que por el balcón arroja
un objeto que relumbra.
Es una llave pequeña
y un pliego que se la junta,
que lo recoge el que aguarda,
y lo besa con ternura.
Sigue la calle adelante,
quiere leerlo sin duda,
y por eso no descubre
que hay quien camina en su busca.
Pues un embozado marca
sus pisadas una á una,
con el sombrero en los ojos,
y con la espada desnuda.

VI.

Entrando en el *Albaicin*,
del *Mentidero* á la vuelta,
á espaldas de la del *Pino*,
existe una callejuela.
Para unos huertos servía
antes, y despues de senda,
y en la esquina se ostentaba
de Cristo la santa enseña.
Un nicho entre la pared,

el débil lienzo reserva,
y un pequeñuelo farol
una devoción ostenta.
Allí el bizarro estudiante
henchido de gozo llega,
desdobla el billete, y lee
las anheladas promesas.
—«Amor, que apurando está,
»me obliga á falta tan grave,
»que mi honra cosida va
»á el estremo de la llave.
»Mas si merezco reproche
»por esta pasión tan fiel,
»no reflexiono, esta noche
»será tu esposa,
Isabel.»

—La llave, ó te mato al punto,
dice una voz que amedrenta;
la espada Félix empuña,
antes su pecho atraviesan.
—Asesino, grita el jóven;
no espire, Señor, sin verla,
y sus pasos vacilantes
de sangre la calle riegan.
Nuño se quedó aterrado,
al Cristo su vista eleva,
y ¡perdón! exclama ansioso;
pero las crónicas cuentan,
que un acento sobrehumano
que solo el oirlo aterra,

le responde: —No hay perdón,
para quién traidor acecha.

VII.

Cuatro meses trascurridos
de tan horrorosa escena,
en la parroquia cercana
una boda se celebra.
En el rostro del galán
aún la palidéz se muestra,
en cambio tiñe el rubor,
las megillas de la bella.
El capitán los conduce
más gustoso que con pena,
pues él recogió á el herido
en el umbral de la puerta,
y sabedor de la historia,
hace lo que honor le ordena.

También en otro lugar
ocurren cosas diversas.
Á la mitad de la noche,
cuando no hay luna ni estrellas,
ante la imágen del Cristo
medroso bulto se acerca.

La ténue luz del farol
apaga, y aquel descuelga,
y asombrados los vecinos,
no saben si jura ó reza.
Luego se pierde en la sombra,
y oscura la calle queda,
dando ocasión á que el vulgo
que la tradición conserva,
llame á la imágen del Cristo,
el Cristo de las Tinieblas. (1)

---

(1) En la actualidad puede verse en la callejuela llamada del Pino, á espaldas de la calle de San Buenaventura, un lienzo antiquísimo, roto, y fijado en la pared, en un nicho, donde, conservando su manera de estar escrito, se lee lo siguiente:

+

Á devo-
cion de
Pedro Ballestero.

La imágen ha desaparecido en lo roto de la pintura.

LOS SIETE DUENDES BLANCOS.

I.

¡Puerta de Bib-Monaita, famoso torreón, último resto de la Alcazaba de Damasco! ¡Ay! que ya el Cadí no tremola en tus dinteles el estandarte rojo llamando á las tribus Zenetes á la guerra.

Tus elevadas almenas ostentan hoy una prosáica baranda de hierro, y en la plataforma donde se apilaban los armas arrojadizas, tiestos de claveles y alelíes los reemplazan, y por las barbacanas y canalones que despedian pez hirviente sobre el enemigo, solo escurren las gotas del rocío que se detienen en las trepadoras yedras que cubren y se enlazan á las enormes grietas que los tiempos han causado en los baluartes arábigos.

El palacio edificado por el célebre caudillo Aben-Abuz, aquel gallo de viento con su caballero lanza en ristre, símbolo de la vigilancia que debe tener todo capitan fronterizo, es así mismo inmensa casa de vecinos, y en el cercano de *Dar la Horra,* cubren sus ajimeces calados, mamposterías sin estilo, y donde sonaron las guzlas de las doncellas nazaritas, se escuchan las tristes salmodías de las vírgenes cristianas.

Alah Akbar, Dios es todo poderoso, y lo que está escrito en el libro del destino, tiene que cumplirse

hasta su terminación, según voluntad del que todo lo puede.

Los pecados de la gente mora, que esgrimian sus alfanges entre sí, sin defender la madre patria, causaron su total ruina, y las llaves de la ciudad, espejo del orbe, se entregaron por un rey desventurado á los dichosos conquistadores.

Estaba escrito, y es necesario acatar las órdenes del Hacedor Supremo.

Pero en el viejo Albaicín, en esta cuna de la lealtad á su religión y á sus reyes, aunque se enseñorearon los castellanos de todos sus contornos, los genios del Islam permanecieron fieles guardadores de sus fortalezas y murallas, y en los subterráneos desconocidos é insondables que están abiertos en las entrañas de esta colina, en cada agujero olvidado, en cada ruina en que el descreido transeunte ni siquiera repara, están ocultos, ocupados en sus misteriosas tareas, impenetrables como séres de mundos distintos, pero que han jurado no abandonar sus mansiones favoritas, hasta que llegue la hora de la restauración de la media luna.

Porque la tradición lo dice, y los hijos del Profeta, en Tetuán la santa, y en Mequinez la invencible, legan á sus primogénitos las llaves de las casas que habitaron sus antepasados en este barrio, seguros de que llegará un dia en que volverán á tomar posesión de sus hogares.

Está escrito, y ved por qué los espíritus invisibles se agitan en los espacios. ¿Quereis saberlo? pues escuchad.

II.

Era la media noche del dia 2 de Enero del año de 1792. Tres siglos justos habían transcurrido de la caida del último trono mahometano en la península ibérica. Á lo crudo del invierno se aumentaba el pavor que produce el firmamento lleno de negras nubes.

Un ruido inexplicable y misterioso dejóse oir en cada torre abandonada, ó en cada lienzo de muralla de las antiguas fortalezas. Una especie de enanos con blancas barbas cuya edad era indescifrable, pero que se mostraban alegres y robustos como jóvenes, se dejaban ver reuniéndose con apresuramiento, y marchando sin ser notados, como si un talisman los protegiera, á reunirse en la plataforma de la Puerta Monaita. Eran un enjambre, un hormigueo; acudiendo también los silfos y gnomos que guardan los estanques cristalinos y los jardines maravillosos de los Alcázares de Alhamar.

Cuando todos estuvieron congregados, el más anciano habló de esta manera.

—Genios del Islamismo, hermanos mios, dejo el oculto subterráneo del ya casi arruinado castillo de *Iznarroman*, para venir, como cada cien años, á ver si es llegada la hora apetecida. Que este poder má-

gico que nos hace impalpables, no perturbe con el más ténue rumor el sueño de los aborrecidos conquistadores, hasta que su despertar sea tan terrible, como ha de serlo nuestra venganza.

Hermanos, lo escrito se cumple. La hora ha llegado...

La campanada de la una sonó en la Torre de la Vela.

Entonces, como desprendido de la átmósfera, bajó una gasa celeste á la manera de un globo, que rodeó las alturas de la Puerta.

Los enanos la recibieron sin conmoverse. Del seno de aquella que se desvaneció en el instante, brotaron siete bellísimas hadas con largos ropajes blancos y un cinturon formado con una cinta de diferente color cada una.

De pié, en medio del círculo de hombrecillos misteriosos, dijo la del ceñidor morado:

—Llevo la enseña de los caballeros Zegríes. Desde el fondo del África, en que habitamos, las tribus de aquella raza están prontas á abandonar sus abrasados arenales por las vegas andaluzas.

—Los nobles abencerrajes, añadió la de la insignia negra, los que á pesar de sus hondos agravios no olvidaron, como muchos de su familia, su religión y su monarca, visten de luto allá en el fondo *del Sahára*, pero afilan sus alfanges de generación en generación, para teñirlos en sangre castellana.

—Mi color es encarnado, habló la que representaba los ínclitos Gomeles. Los reinos de Fez acudirán en masa al llamamiento.

—Los Alabeces conservan de unos en otros su signo de esperanza, respondió el hada ceñida de verde.

—De Marruecos vendrán con los anteriores los nobles Gazules y Mazas, dijeron las adornadas con emblemas azules y amarillos.

—De las gargantas del Átlas bajarán como un torrente desvastador los ginetes Venegas, con sus tocas blancas y sus lanzas de dos hierros, añadió la última.

—Haga el Profeta que el Corán sea la unica luz que ilumine el mundo.

Pues estamos reunidos, marchemos á cumplir con nuestro deber. Estas palabras fueron pronunciadas por el presidente de aquella extraña asamblea.

Y las hadas, ocultándose de nuevo en su nube mensajera, y los genios batiendo sus alas de encage, formaron inusitado ejército aéreo, y fueron á posarse en los seculares árboles que arraigan en las frondosas alamedas que forman la entrada de la *Puerta de la Justicia* en la Alhambra. Allí, unos sobre los pretiles del Pilar de Cárlos V, otros, en los intersticios de la muralla de la *puerta de Hierro*, y los restantes entre el desnudo ramaje, inmóviles, sin respirar siquiera, aguardaron á que se realizara la tradición nazarita. Todo en vano. El alba apareciendo por la elevada Montaña del *Sol* y *del aire*, hizo que se dispersaran los espíritus, á las frases del genio de Iznarroman, que decía:

—Aún pesa el anatema sobre la raza árabe. *La*

Mano simbólica que se descubre en el primer arco de la puerta de la Justicia, no se ha movido á coger *la llave* que se ostenta en el segundo, que es la señal exacta de la vuelta de nuestro imperio. Aguardemos otro siglo: lo que está escrito se cumple, y la hora del triunfo sonará.

III.

Ya murmuran las viejas comadres de la Alhacaba y el Zenete, que quedan siete años tan solo, para que vuelvan á poblarse los aires de aquellos duendes y endriagos que en la noche mencionada, ocasionaron con sus juntas y trasiegos tan grandes sustos á sus abuelas, las que en los lavaderos y corrales de vecinos la referian de generación en generación. Porque los genios, por muchas virtudes mágicas de que disfruten, no pueden totalmente escapar de la vista y de las murmuraciones de ciertos séres humanos, en los que si bien se pesa, hay más de brujería y de malignidad, que en cuantos entes fantásticos nos suministran las antiguas leyendas.

¿Se realizará la profecía arábiga en 1892?

¡Quién lo sabe!

Todo depende de la voluntad de aquel que do-

mina en los cielos y en la tierra, que presta su luz resplandeciente á la inteligencia del hombre, y que castiga inesperadamente sus faltas, pues como dice una de las inscripciones del Salon de Embajadores,

«El mal se toma en cuenta, pues ciertamente ve Dios las iniquidades.»

FIN.

INDICE.

	Págs.
Introducción	5
Las rosas azules	7
La casa del arco	25
El porton de baqueta	44
La gallina con los pollos de oro	58
Sol de Nieve	74
El ramo milagroso	81
Ruiseñor	96
El Padre Eterno	105
La casa de la yedra	127
La casa del voto	137
La casa del carnero	165
El Cristo de las tinieblas	176
Los siete duendes blancos	185

LS
A2565d

377847

Afan de Ribera, Antonio Joaquín
Los días del Albaicín.

DATE

NAME OF BORROWER

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED